

EL COLEGIO DE MÉXICO
CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

LAS RAZONES DE LA SINRAZÓN.
UNA EXPLICACIÓN DE POLÍTICA INTERNA
DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA EN MÉXICO.

TESIS QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN
RELACIONES INTERNACIONALES PRESENTA

LUIS DE PABLO HAMMEKEN

MÉXICO, D.F.
2003



*A ti,
que eres el amor de mi vida.*

**BIBLIOTECA DANIEL COSIO VILLERAS
EL COLEGIO DE MEXICO**

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, a quienes debo todo lo que soy,

A mis cuatro abuelos, hoy tan presentes como siempre,

A Romana Falcón, sin cuya dirección hubiera sido imposible la realización de esta tesis,

A Lorenzo Meyer, por su generoso apoyo,

A Celia Toro, por el interés mostrado desde el inicio en este trabajo y por sus siempre acertados comentarios,

A Oscar, Pepe y Guillermo por haber estado siempre conmigo,

A Gisela, Paola, Bárbara, Javier, Flavio, Johannes, Iván, Froylán, Aldonza y Alejandro, cuya amistad fue el motor que me impulsó durante los años de la licenciatura,

A Enrique, Evelyn y todos mis amigos que todavía están en el camino,

Mil gracias.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
I LOS MEXICANOS Y LA EMPERATRIZ	13
Un proyecto mexicano.....	13
José Manuel Hidalgo y la emperatriz	21
Eugenia de Montijo	27
Biarritz y sus secuelas	32
II LUIS NAPOLEÓN Y SU ‘GRAN DESIGNIO’	40
Napoleón, el pequeño	40
“El pensamiento más profundo del Segundo Imperio”	44
La puesta en marcha.....	54
III EL CUERPO LEGISLATIVO.....	61
El papel de las asambleas.....	61
El imperio en transición	65
México y el cuerpo legislativo	68
IV LA OPINIÓN PÚBLICA.....	76
El Segundo Imperio y el “pueblo”	76
El imaginario político de los franceses	82
México y la opinión pública francesa	91
La intervención y sus opositores.....	98
V LA CIRCUNSTANCIA INTERNACIONAL.....	105
Paz en Europa.....	105
Guerra en América.....	111
EPÍLOGO Y CONCLUSIÓN.....	118
FUENTES.....	125

**La razón de la sinrazón que a mi
razón se hace, de tal manera mi
razón enflaquece, que con razón
me quejo de la vuestra fermosura.**

MIGUEL DE CERVANTES

INTRODUCCIÓN

En 1861, el gobierno imperial francés decidió que enviaría a una parte considerable de su ejército del otro lado del Atlántico para intervenir en México e instaurar ahí una monarquía constitucional. Aunque la idea era ya vieja y varios monarquistas mexicanos llevaban años tratando de convencer a las cortes europeas de la necesidad de tal acción, no fue sino hasta ese momento cuando una serie de circunstancias coincidieron para que uno de estos gobiernos, el de Francia, accediera a sus demandas y se aventurara a tomar cartas en el asunto. El resultado de esta acción es conocido por todo aquel que esté familiarizado con la historia de México.

Las primeras tropas intervencionistas, originalmente compuestas por fuerzas inglesas, españolas y francesas, desembarcaron en Veracruz entre diciembre de 1861 y enero de 1862. El gobierno liberal entró en negociaciones con ellas y consiguió, mediante los tratados de La Soledad, que se retiraran los ejércitos inglés y español, cuyos gobiernos, más que buscar cambiar al Estado mexicano, se interesaron en asegurar el pago de sus obligaciones internacionales.

Francia se quedó sola, resuelta a imponer una monarquía en México con el apoyo de un numeroso y disciplinado ejército expedicionario y los restos de las tropas del partido conservador, derrotado en la Guerra de Reforma. El ejército francés fue mandado sucesivamente por Lorencez, Forey y Bazaine. El primero sufrió un revés frente a Puebla el 5 de mayo y consiguió unificar a la gran mayoría del pueblo mexicano en su contra. El segundo

diezmó al ejército liberal; se hizo de la capital de la República; nombró a una junta de gobierno encargada de elegir a los miembros de la Asamblea de Notables y al Ejecutivo provisional. El tercero, mientras los “notables”, de acuerdo con Napoleón III, ofrecían la corona del imperio mexicano a Fernando Maximiliano de Habsburgo, dominó buena parte del país y obligó al gobierno de Juárez a establecerse en Paso del Norte, a un paso de la frontera con Estados Unidos.

En la *Historia Mínima de México*, Luis González sintetiza de este modo la experiencia del segundo imperio mexicano y las razones de su caída:

Maximiliano aceptó la corona; se comprometió con Napoleón III, por los convenios de Miramar, a pagar por gastos de la intervención francesa la crecida suma de 260 millones de francos y llegó a las playas mexicanas el 28 de mayo de 1864. Maximiliano, archiduque de Austria, casado con la princesa belga Carlota Amalia, era de índole romántica, gustaba de la naturaleza, creía firmemente en la bondad del buen salvaje y en el ideario liberal. Por lo mismo, acabó por desconcertar a los conservadores que lo trajeron. Hecho a la idea de que “la gran mayoría de México era liberal y exigía el programa del progreso en el sentido más verdadero de la palabra”, repite la obra de sus enemigos: exige paso oficial para los documentos pontificios; decreta la tolerancia de cultos y la nacionalización de los bienes eclesiásticos; seculariza los cementerios; crea el registro civil, y expide leyes sobre salarios y condiciones de trabajo, pensiones y montepíos y sistema decimal de pesas y medidas.¹

Con todo, las leyes imperiales no pudieron ser aplicadas más que en muy contados casos. Estados Unidos, al terminar la guerra civil, empezó a presionar a Francia para que retirara su ejército. “Por su parte —dice González— el emperador francés, para defenderse de Prusia, se vio en la necesidad de recoger a las tropas sostenedoras del imperio en México.”² Sin el apoyo militar europeo, Maximiliano no pudo resistir el empuje de los ejércitos liberales comandados por Mariano Escobedo, Ramón Corona y Porfirio Díaz. Se rindió en

¹ Luis González, “El periodo formativo” en *Historia Mínima de México*, México, El Colegio de México, 1973. pp.116-117.

² *Ibid.* p.118.

Querétaro el 15 de mayo de 1867 y fue fusilado en el Cerro de las Campanas el 19 de junio, junto con los generales Miramón y Mejía.

Para Daniel Cosío Villegas, el fusilamiento de Maximiliano marca el inicio de la historia moderna de México: “La victoria de la República sobre el Imperio —sostiene— y del partido liberal sobre el conservador, pareció abrirle a México el paraíso en que había soñado desde el Grito de Dolores, al iniciarse el movimiento emancipador de España.”³ Después va más allá y explica:

La derrota de la intervención extranjera dejaba a México libre de la presión exterior, incluso de Estados Unidos, porque, habiendo tomado este país el partido de la República, era ahora amigo y aliado. La victoria política y militar del grupo liberal sobre el conservador significaba el término de agrias disputas que con bastante frecuencia se llevaron al campo de batalla. Parecía pues que, por primera vez en su ya larga y agitada historia, México estaba libre de acechanzas exteriores e interiores, y que, por lo tanto, iba a gozar de la paz y la tranquilidad necesarias para dedicar todo su esfuerzo y su tiempo a salir de la pobreza, reanimando su economía con la explotación de sus abundantes riquezas naturales.⁴

Visto a la luz de los acontecimientos posteriores, la instauración del imperio del príncipe entomólogo puede parecer una empresa descabellada, antinatural, destinada a fracasar como de hecho lo hizo. Sin embargo, en 1861, el gobierno de Francia optó por invertir grandes recursos, materiales y humanos, para ponerla en práctica. Ahora bien, ¿cuáles fueron las circunstancias en Francia que hicieron que se tomara esta decisión? ¿Qué fue lo que motivó a los gobernantes del Segundo Imperio francés a adherirse a un proyecto político que *a posteriori* parece tan absurdo? Estas son las preguntas que intentaré responder en la tesis.

Al hacer historia hay muchos quienes han caído, como en un mal hábito, en la tentación del determinismo, en el supuesto de que todo cuanto ha sucedido tuvo que haber suce-

³ Daniel Cosío Villegas, “El tramo moderno” en *Ibid.* p.121.

⁴ *Loc. cit.*

dido así y no de otra manera. Así, por ejemplo, refiriéndose a la intervención francesa en México, Christian Shefer escribió en 1939: “La Historia, de acuerdo con nuestra concepción actual, tiene como axioma que lo que sea que no ocurrió no pudo haber ocurrido”.⁵ Los verdaderos historiadores, según este autor de la vieja escuela, estudian los hechos y no las posibilidades. Si se aplica esta máxima, el proyecto mexicano era una imposibilidad, en tanto que falló. Yo creo, en cambio, que, como escribiera André Maurois:

No existe un pasado privilegiado... Existe una infinidad de pasados, todos igualmente válidos... En todos y cada uno de los instantes del Tiempo, por breves que los supongamos, la línea de los acontecimientos se bifurca, como el tronco de un árbol al que le nacieran ramas gemelas⁶

1861 fue uno de esos instantes en el que la línea de los acontecimientos se bifurca. Si nos situamos ahí, se abre la posibilidad de que Napoleón hubiera decidido no intervenir en México, así como de que la intervención hubiera resultado exitosa. Si no existe un Hado que determine en forma inexorable el destino de los hombres, sin que éstos puedan hacer nada para evitarlo, como en una tragedia griega, cabe entonces preguntarse por qué actuaron como lo hicieron, por qué pasó lo que pasó y no cualquier otra cosa.

Yo no me propongo juzgar la decisión de intervenir en México, sino mostrar algunas de las razones por las que se tomó. No podría, para propósitos de este trabajo, tomar en cuenta todos los factores que condicionaron de un modo u otro dicha política —mi análisis no considera, entre otras, la variable económica— por lo que me limito a explicar aquellos que, a mi modo de ver, fueron más importantes.

Aunque no puede negarse la relevancia de las circunstancias externas que determinaron esta decisión, me propongo privilegiar en mi argumento a la política interna francesa

⁵ Citado en Albert Guérard, Napoleon III, Cambridge, Harvard University Press, 1943.

⁶ Citado en Niall Ferguson, “Historia Virtual: hacia una historia caótica del pasado” en Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...? Madrid, Taurus, 1998, p.13.

como variable independiente, por ser la menos explicada en la literatura sobre el tema. Aparentemente, un análisis de toma de decisiones como éste no tendría lugar tratándose de un régimen autoritario: si cualquier decisión importante recae exclusivamente en la persona del Emperador, ¿qué importan entonces los demás actores y sus posibles motivaciones e intereses? Y es que, en efecto, el Segundo Imperio francés cabe perfectamente en la definición clásica de regímenes autoritarios⁷ proporcionada por Juan J. Linz en 1964:

Sistemas políticos con pluralismo político limitado, no responsable, sin una ideología elaborada como guía, pero con claras mentalidades, sin movilización política extensiva ni intensiva, excepto en algunos momentos de su desarrollo y en los cuales un líder u ocasionalmente un grupo pequeño ejerce el poder dentro de límites mal definidos formalmente, pero en realidad, bastante predecibles.⁸

Así pues, una de las características definitorias del autoritarismo, es el pluralismo político limitado. Limitado sí, pero no nulo. Esto significa que son varios los actores que participan de una u otra manera en el proceso de toma de decisiones, incluso en el caso de la política exterior, considerada tradicionalmente como un “deporte de príncipes”.

Así, aunque varios autores presentan a la intervención francesa como una disposición individual del Emperador o la Emperatriz, la verdad no puede ser tan simple. No en un sistema tan complejo como ése. Haría falta que un estado fuese una autocracia absoluta para que la voluntad de un solo hombre o los caprichos de su mujer fueran razón suficiente para una política tan trascendental como una invasión armada, y ése no era el caso del Segundo Imperio. De hecho, la Francia de Napoleón III era considerada, en su época, uno de los estados más democráticos de Europa.

⁷ Aunque el concepto de autoritarismo es difícil de limitar y definir, es claro que el régimen de Napoleón III era autoritario. Véase el Diccionario de Política de N. Bobbio, I. Matelucci y G. Pasquino, trad. J. Aricó, M. Soler y J. Tula, 6a ed. México, Siglo XXI, 1999, *infra*. AUTORITARISMO

⁸ Juan J. Linz, “An authoritarian regime: the case of Spain” en Erick Allard y Yrjo Littunen (eds.) Cleavages, Ideologies and Party Systems. Helsinki, Westermack Society, 1964.

Son muchos los filósofos, psicólogos, politólogos, sociólogos y académicos en general que han intentado explicar las razones por las que un Estado va a la guerra. En 1954, el politólogo norteamericano Kenneth N. Waltz hizo un aporte importante, en el campo de las Relaciones Internacionales, en esta búsqueda, con su libro *Man, the State and War*.⁹ Éste es un análisis teórico que presenta varias explicaciones del conflicto internacional y las clasifica en tres categorías o imágenes. La primera se centra en la esencia misma del ser humano, al que se supone belicoso por naturaleza, y busca los motivos de la guerra en el comportamiento individual de quienes la deciden (los estadistas). Pero el estudio del hombre no puede hacerse si no se estudia a la sociedad y ésta, a su vez, no puede entenderse si no se entiende al Estado. La segunda imagen, pues, se concentra en la estructura interna de los Estados y busca en la interrelación de sus instituciones políticas las causas de los conflictos internacionales, como de cualquier otra política exterior. Por último, las explicaciones de tercera imagen encuentran la causa del conflicto en el sistema internacional: parten del supuesto de que cada Estado persigue su propio interés de la manera que considera mejor. La fuerza es un medio de conseguir los objetivos externos de los Estados ya que no existe un proceso consistente y confiable de resolver los conflictos de intereses que, inevitablemente, surgen entre unidades semejantes en una condición de anarquía.

Aunque, para un neorrealista como Waltz, es esta última imagen, la que explica a la guerra como un resultado de la balanza de poder entre los estados, la que parece más satisfactoria, él mismo reconoce, tras analizar las implicaciones teóricas y prácticas de cada una de las tres imágenes, que “la moda de una imagen varía de acuerdo al tiempo y al lugar,

⁹ Kenneth N. Waltz, *Man, the State and War. A Theoretical Analysis*, Nueva York, Columbia University Press, 1954.

pero ninguna, por sí sola, es nunca totalmente adecuada”.¹⁰ Para dar cuenta cabal de las causas de cualquier conflicto bélico, concluye, es necesario considerar las tres imágenes, no como excluyentes, sino como complementarias. Las últimas palabras del libro son muy claras en ese sentido:

La tercera imagen describe el marco de la política mundial, pero sin la primera y la segunda imagen, no puede haber conocimiento de las fuerzas que determinan las políticas de cada Estado. La primera y la segunda imagen describen las fuerzas en la política mundial, pero sin la tercera es imposible evaluar su importancia o predecir sus resultados.¹¹

Por lo anterior, considero conveniente, para dar una explicación lo más completa posible sobre la decisión del Segundo Imperio francés de intervenir en México e instaurar ahí una monarquía, utilizar las tres imágenes propuestas por Waltz. Siguiendo el mismo orden lógico empleado por este autor, me propongo empezar analizando las motivaciones de los actores individuales para seguir con la política interna y terminar con una descripción del sistema internacional. A diferencia de otras investigaciones que comienzan describiendo las circunstancias en que se tomó determinada decisión y continúan explicando los motivos de la decisión en sí, la mía empezará por referirse a lo que Waltz llama “las fuerzas que determinan la política de cada Estado” y terminará hablando del ‘marco’ sin el que “es imposible evaluar la importancia de estas fuerzas o predecir sus resultados”. En otras palabras se irá de lo particular a lo general, se hablará primero de las decisiones y después del contexto en el que se tomaron. Así, los capítulos de la tesis se sucederán de la forma que explico a continuación.

El primero de septiembre de 1861 Napoleón III y su esposa, Eugenia de Montijo, se encontraban con la corte imperial veraneando en su residencia de reposo de Biarritz, la “Vi-

¹⁰ *Ibid.* p.225.

¹¹ *Ibid.* p.238.

lla Eugenia”. Esa tarde, según refiere Conte Corti, un mexicano, José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar fue en busca de la Emperatriz, a quien halló ocupada en sus labores de costura. “Majestad —le dijo al oído— acabo de recibir cartas muy importantes; los sucesos nos favorecen y creo que la idea de la Intervención y el Imperio se puede realizar. Quisiera decírselo al Emperador.” Eugenia le miró de hito en hito, dejó su costura a un lado y sin decir palabra se dirigió al gabinete de su marido, al que minutos más tarde fue llamado el mexicano. “Cuenta usted al Emperador lo que me acaba de decir”, ordenó la Emperatriz.

A continuación, siempre según Corti, Hidalgo informó a Napoleón, antes incluso de que éste recibiera los despachos correspondientes del Ministerio de Asuntos Exteriores, que los representantes de Francia e Inglaterra habían roto con el gobierno de Juárez. En la conversación que siguió entre los tres personajes quedó claro que la Emperatriz estaba encantada con la “aventura mexicana” propuesta por Hidalgo y que el Emperador estaba más que dispuesto a llevarlo a cabo. Incluso se discutió, en esa misma entrevista, el posible candidato a ocupar el trono de México y fue la propia Eugenia quién sugirió el nombre del archiduque Maximiliano de Habsburgo.

¿Cómo fue que un exiliado mexicano pudo ganarse la confianza de la Emperatriz de los franceses y que su proyecto logró despertar tal entusiasmo en la soberana? A esta pregunta intentaré responder en el primer capítulo de la tesis, donde, después de relatar brevemente la manera en que la idea de una monarquía en México apoyada por alguna potencia europea fue tomando forma en la mente de los conservadores mexicanos, describiré el proceso en que se consolidó la relación personal entre Eugenia de Montijo e Hidalgo y cómo éste y otros exiliados mexicanos que abogaban por la intervención europea, aprovecharon esta relación para atacar el flanco español de la Emperatriz, haciendo especial hincapié en la opresión en que vivían los españoles y sus descendientes en la antigua colonia, condena-

dos a desaparecer por la acción de Estados Unidos si una nación poderosa, latina y católica como Francia, no acudía en su auxilio.

La Emperatriz Eugenia fue usada como chivo expiatorio al que se atribuyeron todos los errores del Imperio, especialmente después de la caída de éste en 1871. Su origen extranjero la hace blanco fácil del chauvinismo francés. Por ello, la versión que explica la intervención, una de las políticas más desastrosas del Segundo Imperio, como resultado de una intriga fraguada entre una española y un grupo de mexicanos, ha sido muy popular.

Ahora bien, aunque la influencia que Eugenia ejercía sobre su esposo es innegable, ni todo el entusiasmo y buena voluntad de la Emperatriz habrían sido suficientes para convencer a Napoleón III de adherirse al proyecto intervencionista, si él no lo hubiera considerado deseable y conveniente para sus intereses y los de Francia. En efecto, aún antes de convertirse en emperador, Bonaparte había acariciado la idea de establecer un imperio constitucional en el Nuevo Mundo —en su idea original, el imperio agruparía a las inestables repúblicas de América Central y estaría encabezado por él mismo— La consolidación y evolución de este proyecto, que llegaría a ser conocido como ‘El Gran Designio’ de Napoleón III, será el objeto del segundo capítulo.

Los dos primeros capítulos son lo que Waltz llama explicaciones de primera imagen, pues se centran en personajes individuales e incluyen consideraciones psicológicas como elementos para explicar una política determinada. En este caso, se trata de las dos personalidades más poderosas del Segundo Imperio: Napoleón III y Eugenia de Montijo. Ambos tuvieron fuerte interés personal en el proyecto de la intervención y jugaron papeles decisivos en su puesta en práctica.

Empero, como ya he señalado, en 1861 Francia no era una autocracia absoluta, sino un imperio parlamentario. Precisamente el año anterior, se habían llevado a cabo reformas

constitucionales de corte liberal que otorgaban al Cuerpo Legislativo mayor poder y autonomía frente al Emperador. Dadas estas condiciones, la aprobación del Parlamento era condición *sine qua non* para que el proyecto mexicano pudiese llevarse a cabo. En el tercer capítulo, pues, me propongo analizar brevemente el papel de la Asamblea en la toma de decisiones de política exterior del Segundo Imperio, para después describir la posición de los legisladores de los diferentes partidos respecto a la Intervención, especialmente la de cinco diputados republicanos que siempre se opusieron a ella y que, sin embargo, no lograron impedirlo.

La legitimidad del Imperio se derivaba, al menos en parte, de la voluntad popular. No tan sólo los miembros del cuerpo legislativo eran electos por los ciudadanos, sino que la propia fundación del Imperio y coronación de Napoleón III habían sido sancionadas por un plebiscito. El “pueblo” era una referencia constante del Emperador y sus ministros, por lo que la opinión pública es un factor que debe tomarse en cuenta para explicar las decisiones gubernamentales. Por ello, pretendo explorar en el cuarto capítulo lo que podemos llamar el imaginario político de los franceses de la época, mezcla heterogénea de romanticismo, catolicismo, positivismo y liberalismo. A la luz de lo anterior, intentaré explicar cómo se percibía el problema mexicano, cuál se consideraba el deber de Francia y por qué se aceptó la Intervención prácticamente sin oposición.

El fracaso final del proyecto intervencionista, simbolizado por el fusilamiento de Maximiliano en Querétaro, prueba la existencia de un grave error de cálculo por parte de quienes lo llevaron a cabo. Se creyó que la amplia mayoría de la sociedad mexicana apoyaría al Imperio, lo cual debía garantizar su supervivencia. Ésta era, como lo demostrarían los acontecimientos, una falsa percepción, pero, como espero dejar claro en este capítulo, no

sólo fueron víctimas de ella las élites políticas francesas, sino toda la opinión pública, según se manifestaba en la prensa.

Los capítulos 3 y 4 constituyen la parte central de la tesis y contienen algunos de sus argumentos más importantes. Son explicaciones de segunda imagen, es decir, centradas en la política interna del Segundo Imperio francés, cuya complejidad se vio reflejada en el Segundo Imperio mexicano. Aquí reside, en mi opinión, la originalidad del trabajo, pues la intervención francesa en México casi no ha sido explicada en función a la interrelación de instituciones y fuerzas políticas dentro de Francia.

Aunque el Emperador, la Emperatriz, cada ministro, cada diputado y cada ciudadano francés hubiesen apoyado la idea intervencionista, ésta no hubiera dejado de ser una entelequia si la circunstancia internacional no hubiera sido propicia. Por ello, aunque mi tesis se centra en la política interna del Segundo Imperio, considero necesario mencionar las condiciones externas que hicieron posible la intervención. La inestabilidad política en México, la guerra civil en Estados Unidos, la paz en Italia, la alianza de Francia con las otras potencias europeas, fueron todos factores que se alinearon en 1861 y permitieron la acción del Imperio Napoleónico y de las que pienso tratar sumariamente en el quinto y último capítulo. Se trata, para volver a emplear términos waltzeanos, de una explicación de tercera imagen.

La hipótesis central que servirá de guía a mi argumento es que una visión de corte realista que viera al Estado francés como un actor unificado y racional y que intentara dar cuenta de su política exterior únicamente en función de la balanza de poder internacional, resultaría, en el mejor de los casos, insuficiente para explicar la Intervención en México. Como lo intentaré demostrar, la idea del imperio trasatlántico era perfectamente acorde con las necesidades, principios e intereses de amplios sectores de la clase política y de la socie-

dad francesa. De hecho, si no hubiera sido así, el proyecto no se habría podido llevar a cabo.

Así, una lectura acertada de la política francesa, tal y como era en 1861, fue vital para que los exiliados monárquicos mexicanos pudieran aprovechar la circunstancia para avanzar sus fines y determinar así el destino de su propio país. La tesis pretende mostrar, pues, una forma en la que la dinámica interna de un Estado y la interacción de sus diversos actores políticos puede ser usada por individuos con intereses particulares para afectar directa y dramáticamente la historia de otro Estado.

La bibliografía existente sobre la Intervención Francesa en particular y sobre el Segundo Imperio francés en general es enormemente amplia. Desgraciadamente, en este país es casi imposible el acceso a fuentes primarias útiles para mi objeto de estudio —la vida política de Francia— por lo que la investigación está basada principalmente en fuentes secundarias. Esto no representa, en realidad, un obstáculo grave para el desarrollo del trabajo, ni siquiera en la sección dedicada a la opinión pública, en la que los escritos y publicaciones de la época podrían resultar de gran utilidad. Y es que los autores de los libros consultados hacen tantas referencias y alusiones, tantas citas y reproducciones textuales de materiales extraídos de diversos archivos (informes oficiales, correspondencia privada y diplomática, artículos periodísticos, etc.) que la consulta directa de estos documentos no es, en mi opinión, indispensable. Hay que reconocer, de cualquier modo, que la falta de fuentes primarias que no hayan sido publicadas ni usadas en otros análisis sobre el tema redonda negativamente en la originalidad de la tesis. Esto constituye una de sus mayores limitaciones.

1.- LOS MEXICANOS Y LA EMPERATRIZ

Un proyecto mexicano

Desde el siglo XVI nuestra historia, fragmento de la de España, había sido una apasionada negación de la modernidad naciente: Reforma, Ilustración y todo lo demás. Al principiar el siglo XIX decidimos que seríamos lo que ya eran los Estados Unidos: una nación moderna. El ingreso a la modernidad exigía un sacrificio: el de nosotros mismos.

OCTAVIO PAZ

Vista por un observador del siglo XXI, la idea de establecer una monarquía en México, una monarquía encabezada por un príncipe europeo, pudiera parecer un despropósito, algo que echaría por tierra los triunfos logrados en la gesta de independencia y haría inútiles los sacrificios y la sangre derramada por la causa de la libertad, un claro retroceso histórico. Sin embargo, para muchos mexicanos de la primera mitad del siglo XIX, no se trataba, en modo alguno, de una idea descabellada.

Lo que Josefina Zoraida Vázquez llama “los primeros tropiezos”¹² de México como país independiente fueron tantos y tan graves, que muchos no consideraban posible que la nueva nación sobreviviera por sí sola. El creciente poderío de Estados Unidos, con su doctrina Monroe y su Destino Manifiesto, representaba una clara amenaza, no sólo para la autonomía del Estado mexicano, sino para su existencia misma. No eran pocos los mexicanos que temían por su lengua, su raza y su religión, ante las claras pretensiones expansionistas del vecino del norte. Como dice Fuentes Mares, “la vecindad con Estados Unidos ha sido, y es, *factum* y *factotum* de la historia mexicana, hecho y hacedor de consecuencias inexora-

¹² J. Z. Vázquez, “Los primeros tropiezos” en Historia General de México México, El Colegio de México, 1976, Tomo 3, p.1.

bles, porque del hecho geográfico nació el temor, luego la experiencia de atentados innumerables y en la base un activo residuo de antipatías recíprocas.”¹³

No es raro, dadas las circunstancias, que el fantasma de Estados Unidos presida los proyectos monárquicos mexicanos, que no nacieron, en realidad, del capricho o mala fe de pocos, sino del temor de muchos.¹⁴ Y no se trataba de un miedo irracional. Basta hojear la historia de las primeras décadas de la vida independiente de México para entender por qué sus protagonistas no podían estar seguros de un desenlace feliz. En algunos momentos, ni centralistas ni federalistas parecían capaces de defender su proyecto de nación frente a los embates del exterior. La república era virtualmente insostenible.

Para toda la generación de mexicanos que vivieron como niños la paz y la prosperidad relativa del virreinato y que, ya mayores, experimentaron los horrores de la invasión estadounidense y el oprobio del tratado Guadalupe-Hidalgo, la nostalgia del pasado monárquico era, si no justificada, si muy comprensible. En opinión de muchos de estos hombres, presas de un temor patológico hacia el vecino del norte, “México necesitaba construir un dique que contuviera a la bestia acicalada por el Destino Manifiesto y era incapaz de hacerlo solo.”¹⁵

Hay que tener en cuenta, empero, que en aquella época Estados Unidos no representaba únicamente el peligro. Era también el símbolo del federalismo, de la república, de la igualdad y de la democracia. Era, en una palabra, el futuro. Europa, por su parte, era el portaestandarte de la tradición, la monarquía, de los estamentos y los fueros, del catolicismo, en fin, del pasado. Quienes deseaban la ayuda de España, Francia o Inglaterra como defen-

¹³ José Fuentes Mares, La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana, México, El Colegio de México, 1976, p. 7.

¹⁴ *Loc. cit.*

¹⁵ Erika Pani, Para mexicanizar el Segundo Imperio: el imaginario político de los imperialistas, México, El Colegio de México, CEH, Instituto Mora, 2001, p.193.

sa de la amenaza estadounidense no eran, ni pretendían ser, progresistas; salvo si con esto se alude al progreso material que sólo podía emanar de un Estado fuerte y estable, gobernado necesariamente, según ellos, por un monarca.¹⁶

Gastón García Cantú, siempre implacable en sus juicios sobre la Derecha, lo explica de otro modo: “El objetivo del Partido Conservador —establecer la monarquía con un príncipe europeo— era la única forma para obstaculizar la independencia y su principio fundamental: la abolición de la esclavitud que impediría la acumulación del capital en la gran propiedad agraria.”¹⁷ Esta interpretación resalta el móvil económico de los imperialistas, el cual, en mi opinión, no se contrapone a los deseos de paz y estabilidad de los que hablan autores como Fuentes Mares o Pani, sino que los complementa.

Lucas Alamán respondió como nadie a tales incentivos. Digno hijo de su circunstancia, supo captar a la perfección la incertidumbre de su generación. Sus ideas sintetizaban, de forma lógica y coherente, las inquietudes de sectores importantes —en términos cualitativos y acaso también cuantitativos— de la sociedad mexicana. Como hispanista convencido que era, presenció con horror los intentos estadounidenses sobre Texas y la pérdida definitiva de la provincia en 1836. Si México no quería correr con la suerte de Texas, pensaba Alamán, debía recurrir a Europa.¹⁸

Además de conservador, realista e innegablemente inteligente, Alamán era un hombre de acción. Ya en 1830, como secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de Anastasio Bustamante, había gestionado el apoyo británico para instaurar una monarquía mexicana. Quince años más tarde, como canciller de Mariano Paredes, volvía los ojos a España: en 1845 entabló pláticas con el ministro español, don Salvador Bermúdez de Castro, con miras

¹⁶ Para una descripción detallada del imaginario político de los imperialistas mexicanos, ver *ibid.* pp.23-54.

¹⁷ G. García Cantú, *La intervención francesa en México*, México, Editorial Clfo, 1998, p.33.

¹⁸ Fuentes Mares, *op. cit.*, p.8.

a “trastornar las instituciones republicanas [por si éstas no se hallaran ya bastante trastornadas] y a levantar la monarquía, poniendo en el trono un príncipe o princesa de la casa real de España”.¹⁹ Incluso se mencionó el nombre del infante Enrique de Borbón, hermano de la reina Isabel, como candidato al trono de México.

La guerra con Estados Unidos y la caída del gobierno de Paredes dieron al traste con los planes de Alamán. Sin embargo, el descorazonador resultado de la invasión norteamericana y la probada fragilidad de las instituciones de la República, dejaron clara la urgencia de una intervención europea. En 1853, esta vez como Jefe del último gobierno de Santa Anna, Alamán volvió a intentarlo. Bajo su dirección, diplomáticos mexicanos, franceses y españoles, empezaron a discutir los términos de un acuerdo que haría posible la realización del Plan de Iguala, cuyo artículo 4º decía “Fernando VII, y en sus casos los de su dinastía u otra reinante serán los emperadores, para hallarnos con un monarca ya hecho y precaver los resultados funestos de la ambición”.²⁰

Esta vez fue la muerte lo que frustró los planes de Lucas Alamán, quien falleció el 2 de junio de 1853 y fue sustituido en la cancillería por su discípulo, Manuel Díez de Bonilla. Meses después, la humillación infringida por el Tratado de la Mesilla firmado el 3 de diciembre resolvió por fin a Santa Anna a dar el paso largamente aconsejado por su difunto ministro, y el primero de julio del año siguiente dirigió al ministro mexicano en Madrid, don José María Gutiérrez Estrada, la carta que le autorizaba gestionar oficialmente el establecimiento de la monarquía.

Desde 1840 Gutiérrez Estrada vivía en Europa, convencido de que sólo una monarquía con un príncipe católico de sangre real en el trono podía salvar a su patria. Autor de

¹⁹ El plan Paredes-Alamán en: Legajo de papeles reservados de Fernando VII, caja 297, legajo 4º, Archivo General del Patrimonio Nacional en el Palacio Real de Madrid, citado en *ibid.* p.11.

²⁰ Citado en García Cantú, *op. cit.* p.33.

varios panfletos y abogado de todos los planes monárquicos fraguados en esa y la siguiente década, debió haberse alegrado mucho al recibir el comunicado de su presidente, en el que se leía:

...Teniendo confianza en el patriotismo de D. José María Gutiérrez de Estrada, le confiero por las presentes los plenos poderes necesarios para que cerca de las Cortes de Londres, Madrid, París y Viena, pueda entrar en arreglos y hacer los debidos ofrecimientos para alcanzar de todos estos gobiernos, o de cualquiera de ellos, el establecimiento de una monarquía derivada de alguna de las casas dinásticas de esas potencias, bajo las calidades y condiciones que por instrucciones especiales se establecen.²¹

Armado con dicha autorización principió Gutiérrez Estrada su peregrinación por las capitales del Viejo Continente, presentando su proyecto a monarcas y ministros con tal insistencia que llegó a hacerse odioso en más de una corte. Mientras tanto, Díez de Bonilla reiteraba ante el nuevo ministro de Francia en México, Alexis de Gabriac, la necesidad de una intervención europea para contener la amenaza estadounidense. A partir de entonces, el vizconde de Gabriac se convirtió en un aliado valioso de los intervencionistas.

La revolución de Ayutla y la caída del dictador pusieron fin a las negociaciones y enfriaron el interés que pudo existir en Europa por el establecimiento de una monarquía en México. Obligado por el nuevo gobierno a dejar la legación en Madrid, Gutiérrez Estrada terminó por refugiarse en su palacio de Roma, “más agrio el carácter y la obsesión más viva.”²²

Las medidas liberales del gobierno de Juan Álvarez contribuyeron a radicalizar las posturas y engrosaron el número de exiliados mexicanos que, en Europa, trabajaban por la causa monárquica. Así, por ejemplo, a raíz de una rebelión que se oponía a las leyes anticlericales y que fue sofocada por el general Comonfort en Puebla, el gobierno confiscó en

²¹ Citado en Fuentes Mares, *op. cit.*, p.15.

²² *Ibid.* p. 30.

esta ciudad los bienes de la Iglesia y expulsó del país a los clérigos involucrados en el levantamiento, entre ellos al obispo de Puebla, don Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, quien se trasladó a Roma y ahí se convirtió en discípulo de primera fila de Pío IX.²³

Era Labastida uno de los conservadores más convencidos, más recalcitrantes, más puros entre los intervencionistas mexicanos. Como tal, temía al futuro que Estados Unidos amenazaba con imponer y añoraba el pasado que Europa ofrecía reconquistar. Según escribió, pretender establecer la igualdad en la sociedad era “tiránico y brutal”, pues destruía “no sólo todas las tradiciones, todos los derechos antiguos y hereditarios, sino también toda indiferencia, toda dignidad y toda resistencia”.²⁴

Durante los dos años siguientes, Labastida fungió como representante de la reacción mexicana ante el Sumo Pontífice, con quien, al parecer, llegó a establecer una estrecha relación personal. Sin embargo, y por razones desconocidas, el obispo decidió regresar a América en 1858. Al no poder entrar a México, cuyas costas se hallaban en poder de los liberales, viajó a Nueva York donde estableció su residencia. Durante su ausencia, las reformas liberales continuaron y también la oposición clerical. El resultado natural fue una guerra civil que estalló a principios de 1858. Ambos bandos se esforzaban por ganar a su causa el reconocimiento y el apoyo del mundo externo. Para el bando conservador, encabezado por el general Miramón, era de particular importancia, por obvias razones, la relación con la Santa Sede. Por ello se decidió enviar en misión extraordinaria, como Ministro Ple-

²³ Patricia Galeana, México y el Mundo. Historia de sus relaciones exteriores Tomo III, México, Senado de la República, 1990, p.81.

²⁴ Labastida y Dávalos, 1858, p. 26 citado en E. Pani, *op. cit.* p.38.

nipotenciario, al hombre más adecuado para el cargo: Monseñor Labastida, quien, para tal fin, se embarcó de regreso a Europa.²⁵

Sobra decir que durante su estancia en la Ciudad Eterna, el obispo hizo cuanto estuvo en su poder para convencer a Pío IX de la necesidad de una monarquía mexicana instaurada con la ayuda de una intervención europea. Tampoco desaprovechó la oportunidad de ponerse en contacto con Gutiérrez Estrada.²⁶ Labastida no fue, empero, el único diplomático enviado a Europa por el gobierno conservador durante la Guerra de Reforma que aprovechó su cargo para trabajar por la causa intervencionista: lo mismo hicieron Tomás Murphy en Londres y, más importante aún, Juan Nepomuceno Almonte en París.

Ninguno de estos personajes tenía como misión explícita solicitar el apoyo de los gobiernos europeos para establecer en México una “monarquía derivada de alguna de sus casas dinásticas” —para emplear las palabras de Santa Anna— pero, siendo todos ellos hombres de su generación, conservadores, fervientes católicos y testigos del caos reinante en su país, era algo natural el que pensarán, hablaran e intrigaran a favor de lo único que, según ellos, podía salvar a su patria: la intervención. La urgencia y la necesidad de esta medida creció, a los ojos de estos diplomáticos, al llegar a su conocimiento la noticia de la firma del tratado McLane-Ocampo, el cual representaba para ellos una clara advertencia: de no lograrse una victoria pronta y definitiva del “partido sano” (conservador), México sucumbiría irremediabilmente al expansionismo de Estados Unidos.²⁷

Por ello, cuando Don Juan N. Almonte celebró en París un convenio con el embajador español en Francia, Alejandro Mon, por medio del cual se comprometía a otorgar importan-

²⁵ Para mayor información sobre la misión diplomática de Labastida cerca de la Santa Sede, ver mi trabajo al respecto presentado para el curso Historia de las Relaciones Exteriores de México en 2001.

²⁶ *Vid.* la correspondencia de Labastida con Francisco Javier Miranda en Genaro García, Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos, Biblioteca Porrúa (51) México, Porrúa, 1972.

²⁷ *Vid.* Fuentes Mares, *op. cit.* pp. 22-30.

tes concesiones a cambio del apoyo de Su Majestad Católica al bando conservador, probablemente no creía estar comprometiendo la independencia nacional, como él la entendía. Por el contrario, pensaba estar salvándola. No en vano era hijo de José María Morelos.

Lo que ni Labastida ni Murphy ni Almonte veían, o no querían ver, era que solicitar la ayuda de España significaba comprometer la soberanía nacional en forma equivalente a lo que hacía el bando contrario al pedir el apoyo de Estados Unidos. Los conservadores estaban convencidos de que las ideas en nombre de las cuales actuaban representaban el sentimiento de la nación mexicana, al menos de “la parte sana” de ésta. Se negaban a aceptar el hecho de que gran parte de la población creía en los ideales republicanos defendidos por los liberales, en nombre de los cuales invocaban el apoyo estadounidense, como ellos lo hacían con el europeo.

El primer día del año 1861, el ejército liberal hizo su entrada triunfal en la Ciudad de México. Después de tres años de lucha, la guerra había terminado y la victoria era para “el partido demagogo”, como los conservadores llamaban a los defensores de la Constitución del 57. Los representantes del gobierno mexicano en el extranjero ya no abogarían por más causa que la de la república, al menos no los representantes oficiales. Sin embargo, la Historia estaba por ofrecer a los partidarios de la monarquía una oportunidad única que no iban a dejar pasar.

José Manuel Hidalgo y la emperatriz

México parece fijar la atención de la emperatriz Eugenia. Me ha hecho de este país una descripción encantadora. Esta empresa lejana, caballeresca, aventurera, que recuerda la gran época de su patria, sonrío a su imaginación meridional.

CONDE DE HÜBNER.

Cuando José María Gutiérrez Estrada recibió la autorización de Santa Anna para cabildear en las cortes europeas y lograr su intervención para el establecimiento de la monarquía mexicana, en 1854, comprendió que era una tarea demasiado pesada para él solo y escogió como hombre de confianza a un joven diplomático que por entonces era segundo secretario de la legación mexicana en Londres. Su nombre era José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar.

Nacido en 1826, Hidalgo era descendiente de una aristocrática familia andaluza. Cuando tenía apenas veintiún años se enfrentó con los ejércitos invasores en la batalla de Churubusco, hecho que, sin amargar su carácter ni endurecer sus maneras, le confirió un halo de heroísmo a su persona. Después fue enviado a Europa como aprendiz de diplomático. En Roma tuvo la oportunidad de conocer a Pío IX e incluso de ganarse su simpatía. Y es que, con su aspecto agradable, su talle alto y delgado, su carácter dulce y sus modales finos, don José Manuel sabía hacerse querer por todo el mundo, “especialmente -dice el Conde Corti con un dejo de malicia- en los círculos femeninos.”²⁸

Fue posiblemente el encanto personal de Hidalgo y Esnaurrizar lo que convenció a Gutiérrez Estrada de emplear sus servicios. Fue una elección acertada. Así, en 1854 Hidalgo recibió de México el nombramiento como secretario en la embajada de Madrid junto con una carta confidencial de Díez de Bonilla ordenándole colaborar con Gutiérrez Estrada y

²⁸ Egon Cesar Comte Corti, Maximilien et Charlotte de Mexique Trad. al francés por J. Vernay, París, Librairie Plon, 1927, p.24.

mantener sus órdenes en el más estricto secreto, aún frente a su propio jefe, el embajador mexicano en España.²⁹ La idea era ofrecer el trono de México al infante don Juan, pero, como lo dice el propio Hidalgo en una carta a don Francisco de Paula Arrangoiz, “Coincidió con mi viaje a Madrid la revolución [de Ayutla], luego vino la guerra de Crimea, y al año siguiente cayó del poder el mismo general Santa Anna, lo cual dio punto por entonces a esta negociación”.³⁰

Descorazonado por estos acontecimientos, Gutiérrez Estrada dejó Madrid y se refugió en el Palacio Marescotti de Roma. Sin misión que seguir ni jefe al que obedecer, Hidalgo permaneció en Madrid como secretario de la embajada mexicana hasta que, en 1857, se negó a jurar la constitución y, como cientos más, fue cesado de su puesto por el gobierno liberal. El golpe tacubayista le reintegró a la nómina de servicio, ahora como secretario de la Legación en París, pero el triunfo final de Juárez lo dejó desempleado nuevamente.³¹ Nada de eso le impidió seguir siendo leal a Gutiérrez Estrada y al proyecto intervencionista.

En la época en que Hidalgo vivía en la capital española, doña Manuela Fitzpatrick, condesa de Montijo, reunía en su palacio de la Plaza del Ángel y en su finca de Carabanchel a lo más distinguido de la sociedad madrileña. Como hombre de mundo que era, don José Manuel no tardó en hacerse asiduo de sus tertulias. Según Corti, fue ahí donde Hidalgo conoció a Eugenia, la hija menor de doña Manuela y la futura emperatriz de los franceses.³² Eso es improbable, ya que, cuando Hidalgo llegó a Madrid en 1854, Eugenia llevaba ya un año casada con Napoleón III, vivía en París y no asistía a las reuniones maternas. Sin em-

²⁹ Vid. las “Notas secretas de M. Hidalgo para desarrollarse el día que convenga escribir la historia de la fundación del imperio mexicano” citadas en *loc. cit.*

³⁰ Citado en García Cantú, *op. cit.* p.36.

³¹ Fuentes Mares, *op. cit.* p. 31.

³² Corti, *op. cit.* p.26.

bargo, Hidalgo sí entabló relaciones de amistad con la señora de la casa y con su hija mayor, Paca, duquesa de Alba.³³

Cuenta Hidalgo que cierto día de 1857, hallándose cesante de su empleo en Madrid, y dirigiéndose a París, se detuvo en Bayona para cambiar de carruaje. Antes de poder sacudirse el polvo del camino, se encontró de frente con la emperatriz Eugenia, quien se hallaba en la ciudad para asistir a una corrida de toros. Hidalgo no sólo tuvo la fortuna de ser presentado a la soberana sino que además, a instancias de la madre y la hermana de ésta que la acompañaban, tuvo el privilegio de ser invitado a la excursión marítima que la emperatriz emprendería al día siguiente.³⁴

Además de elegante y encantador, Hidalgo era lo bastante inteligente para no dejar pasar aquella oportunidad. Aprovechó la excursión para presentar ante los ojos de Eugenia la situación desesperada en la que se encontraba su país y le mostró la necesidad de establecer la monarquía en México, como único medio para salvarlo de la anarquía o, peor aún, de la anexión a Estados Unidos. Él sabía que, como española, ella sería sensible a la amenaza de supresión del elemento hispano de la antigua colonia, pero también sabía que, como emperatriz de los franceses, no podía actuar en nombre de España. Por eso, sin mencionar a la antigua metrópoli, Hidalgo habló del peligro que corrían en el Nuevo Continente la raza latina y la fe católica, dos cosas en las que Eugenia creía y amaba.³⁵

A sus treinta y un años, este *bon vivant* mexicano no tenía nada en común con Gutiérrez Estrada y su monomanía intervencionista. Aunque el fin que ambos perseguían era el mismo, los medios empleados para lograrlo eran totalmente distintos. En los meses que siguieron a su primer encuentro con la emperatriz, Hidalgo se dejaba ver en todas las recep-

³³ Fuentes Mares, *op .cit.* p. 31.

³⁴ Hidalgo, "Apuntes para la historia del imperio" en *Cartas*, México, 1960 citado en *loc. cit.*

³⁵ Corti, *op. cit.* p.26

ciones de las Tullerías y Saint-Cloud, y sobre todo en las fiestas campestres donde una etiqueta más relajada permitía el acceso fácil a Sus Majestades. Sin perder de vista su objetivo, cuidaba mucho de no resultar inoportuno; desde el primer momento tuvo el cuidado de no mencionar demasiado ni demasiado directamente el problema de su interés, precaución que a Gutiérrez Estrada nunca se le ocurrió.

En cuanto a Napoleón —escribiría más tarde Hidalgo— era necesario tacto, precisamente por que yo era su huésped, pues aún un particular encontraría muy inconveniente que, teniendo un huésped al que hubiese ofrecido ocuparse de un asunto estuviese todo el día hablándole de él, sin dejarle atender a los suyos [...] El emperador era el árbitro de Europa y no cesaba de trabajar con aquella calma proverbial y aquel eterno cigarrillo con tabaco lavado en té, y si yo le dijera todo el día '*le Mexique*', habría hecho cobrarle horror al negocio y al negociador.³⁶

En poco tiempo, el joven secretario de la legación mexicana en París había logrado despertar en la emperatriz Eugenia el entusiasmo por el proyecto intervencionista. Más aún, se había ganado el aprecio y la confianza absoluta de la soberana, al grado de tener acceso a las habitaciones de la emperatriz por una escalera secreta (privilegio que nunca utilizó para fines equívocos, según todos los historiadores). Gracias a ella, Hidalgo se convirtió en una figura popular en la corte. Napoleón, sin embargo, se mostraba más difícil de convencer.

Cierto día de 1858, al terminar de comer en el palacio de Compiègne, el emperador se levantó de la mesa y, tomando a Hidalgo del brazo para pasar al salón, le preguntó por la situación de México. “Las noticias son muy malas, y el país se hundirá si Vuestra Majestad no le ayuda” respondió Hidalgo. Esta respuesta agradó a Bonaparte, quien condujo a Hidalgo al antepecho de una ventana y habló con él sobre la cuestión por media hora, lapso que aprovechó el mexicano para insistir en el viejo sueño de la intervención y para abonar en

³⁶ Hidalgo, “Apuntes para la historia del imperio” en *Cartas*, México, 1960 citado en *op. cit.* p.34.

Napoleón la inquietud que ya había sembrado en Eugenia. El emperador seguía mostrando reservas.

—Para eso se necesita un ejército, millones... y además un príncipe— dijo con su habitual voz opaca.

—¿Sabe Vuestra Majestad —repuso Hidalgo— que se habló de don Juan de Borbón?

Napoleón no respondió de inmediato. Se acercó a la mesa, se sirvió una copa de vino y dijo: “Hemos pensado en el duque de Aumale, pero él no quiere”.³⁷

Hidalgo estaba sorprendido. Por lo visto, el emperador estaba decidido, tanto como para haber propuesto a un príncipe francés, incluso para haber iniciado pláticas, en fin, para haber ofrecido su patrocinio al proyecto. Si Napoleón III había hablado con Aumale y él no había aceptado, ya hablaría con otro y con otro hasta dar con quien sí aceptara. El éxito había recompensado la cautela del joven diplomático. Todo lo que Gutiérrez Estrada no había logrado ni con documentos oficiales ni con años de insistencia en diferentes capitales europeas, Hidalgo lo conseguía con encanto y *savoir faire*. En una corte tan frívola como la del Segundo Imperio francés, eso era mucho más valioso.

De cualquier modo, la propuesta de Hidalgo y Esnaurrizar no carecía de contenido. En aquellos días redactó un opúsculo que tituló *Algunas indicaciones acerca de la intervención europea en México*,³⁸ destinado a probar que la nacionalidad mexicana desaparecería de no salvarla la intervención de Europa. En él razonaba Hidalgo que las potencias del Viejo Mundo no podían quedarse cruzadas de brazos mientras, del otro lado del Atlántico, Estados Unidos se hacía del dominio exclusivo del continente. Sugería, pues, la intervención conjunta de Inglaterra, Francia y España para instaurar una monarquía en suelo mexi-

³⁷ Diálogo narrado en Conte Corti, *op. cit.* p.62.

³⁸ Se encuentra como apéndice a su libro *Proyectos de Monarquía en México*, editado en París en 1867, reeditado en México en 1904 y 1962 por Editorial Jus.

cano. Para finalizar, Hidalgo esgrimía el argumento clave de los exiliados: que ellos representaban en Europa a la parte sana y más numerosa de la población mexicana, que, cuando los “demagogos” no lo impidieran, emergería para acoger “con sincero regocijo” a la intervención europea.³⁹

Poco después de publicado el opúsculo, en 1859 la cuestión italiana reclamó la atención de toda Francia, el emperador en persona partió a la Península Itálica a hacer la guerra a los austriacos y el asunto mexicano quedó relegado, al menos temporalmente. Aunque Hidalgo escribió que en ese tiempo decidió no hablar más del proyecto, lo cierto es que nunca se interesó más en él. La familiaridad de este *dandy* mexicano con la emperatriz seguía creciendo. Él sabía que mientras tuviera algún ascendente en ella, lo tendría también sobre el emperador, y sobre todo el imperio. Por ello, Hidalgo no dejó de alimentar el interés, por no decir la pasión, que ya había nacido en la mente de Eugenia por el sueño de la monarquía mexicana, hasta que éste se convirtiera en realidad.

Muchos años después, después incluso del fracaso del proyecto, la emperatriz dirigió a Hidalgo este gracioso reproche, que pone de manifiesto la importancia de la personalidad del diplomático: “Ah, si en vez de usted hubiera sido Gutiérrez Estrada quien solicitó la intervención, ¡ni un soldadito habría llegado a embarcarse!”⁴⁰

³⁹ Vid. Fuentes Mares, *op. cit.* p.35.

⁴⁰ Citado en *ibid.* p. 39.

Eugenia de Montijo

V.M., que siempre favorece las buenas causas parece visiblemente señalada por la Providencia para iniciar una obra que podría llamarse santa por la regeneración que está llamada a consumir y, sobre todo, por el nuevo impulso que ha de comunicar a la religión en un pueblo cuyas discordias civiles no han podido extinguir la ardiente fe católica de sus antepasados.

CARLOTA DE BÉLGICA A LA EMPERATRIZ EUGENIA.

Dice el abate Brasseur de Bourbourg en el segundo tomo de su *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale durant les siècles antérieurs a Christophe Colomb*, de 1859 :

Queda todavía en España un gran número de descendientes de Moctezuma II. Unos por la familia de Oca y Moctezuma; otros por doña Leonor de Moctezuma de México, que casaron con nobles españoles. Se unieron a las más ilustres familias de la península. La sangre del infortunado monarca mexicano, que murió siendo prisionero de Cortés, corrió en las venas de la antigua casa de Guzmán, de la que proviene Su Majestad, la emperatriz de los franceses.⁴¹

No creo que el dato sea verídico, ni que la emperatriz estuviera consciente de su supuesto parentesco con el emperador azteca, y menos que, como dice García Cantú, “no por otra razón se explica la frase con la que la emperatriz Eugenia exclamaba su íntimo interés por nuestro país: ¡Mi guerra de México!”⁴² Lo que sí es innegable es que, desde que oyera la propuesta de Hidalgo y Esnaurrizar, Eugenia de Montijo abrazó el proyecto de la intervención “con el mismo ardor que Isabel la Católica tomó la empresa de Colón”, en palabras del propio Hidalgo.⁴³

El padre de Eugenia, don Cipriano de Teba, conde de Montijo (y, efectivamente, descendiente de la casa de Guzmán) era un caballero ilustrado, liberal, admirador de las ideas de la Revolución Francesa, que había participado en la invasión napoleónica a España, co-

⁴¹ Citado en García Cantú, *op. cit.* p.85.

⁴² *Loc. cit.*

⁴³ Citado por Fuentes Mares, *op. cit.* p.37.

laborando, por supuesto, con los franceses. Aunque menos radical, su esposa, doña Manuela Fizpatrick, compartía con él la admiración a Napoleón (el primero) pues estaba convencida de que sólo un hombre fuerte, un ‘tirano genial’ como él podía salvar a Europa.⁴⁴ En consecuencia, desde su primera infancia, Eugenia escuchó hablar del primer imperio napoleónico como una época de oro, aprendió a adorar a Bonaparte, y a agradecer al cielo haber venido al mundo el día exacto en que se cumplían cinco años de la muerte del Gran Corso en Santa Helena. Ese día, fecha cargada de presagios, era el 5 de mayo.

Con todo su liberalismo y su afrancesamiento, los Montijo no dejaban de ser una familia española, respetable y católica. Toda su vida, Eugenia sería fiel a los principios recibidos en el hogar paterno. Como sus padres, creía en Dios y en la Razón, quería la libertad y el autoritarismo como medio de llevarla a cabo, amaba a España y a Francia y a algo llamado “la raza latina” que las englobaba a ambas.⁴⁵ Ideología contradictoria, pero perfecta para patrocinar un proyecto como el Imperio Mexicano.

En 1852 conoció en París al príncipe-presidente Luis Napoleón Bonaparte, a quien admiraba profundamente por su trayectoria política, por sus ideales, que coincidían completamente con los de ella, y por su apellido. Cuando fue coronado emperador, la admiración se trocó en idolatría. Pese a todo, siempre orgullosa y fiel a sus valores, Eugenia se negó a entablar con él relaciones ilícitas antes del matrimonio, según sus biógrafos. Su rectitud se vio recompensada cuando, el 29 de enero de 1853, se casó con él convirtiéndose en emperatriz de los franceses. Era una unión poco común, no sólo por la cuna relativamente

⁴⁴ Harold Kurtz, *The Empress Eugénie*, Londres, Hamish Hamilton, 1964, pp.3-11.

⁴⁵ “...En la Península Ibérica, las Antillas y la antigua América española, era moneda corriente la idea de ‘raza latina’ o ‘hispana’ para designar al conjunto de pueblos hispanoamericanos, a los que se identificaba como una comunidad étnico cultural, distinta a la anglosajona, y que tenía en España su matriz.” (Romana Falcón, *Las rasgaduras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1996. p.20.)

inferior de Eugenia, sino por que, cosa rara en los matrimonios principescos, ella se casaba enamorada de su marido.⁴⁶

Pronto, Napoleón se dio cuenta de que, además de bella, su mujer era notablemente inteligente —quizá más que él— y poseía un agudo sentido político. Por ello, empezó a confiar cada vez más en su consejo para los asuntos de Estado, especialmente en lo que se refiere a política exterior. Llegó a ser uno de los personajes más influyentes de la corte. En una visita no oficial que la pareja imperial hizo a Inglaterra en agosto de 1857, Eugenia impresionó a la reina Victoria (que no era fácil de impresionar) con su ingenio y sentido común. “Muy bien informada y leída —escribió de ella en su diario— mucho más sería de lo que la gente piensa, entiende de todos los asuntos de la época. Estoy segura de que el emperador haría bien en seguir su consejo”.⁴⁷

En la llamada “cuestión italiana”, la emperatriz era partidaria de defender el poder temporal del Papa. Creía que tal era el deber de Francia, como hija mayor de la Iglesia Católica. Esta y otras posturas le crearon fama de conservadora ultramontana, de católica intransigente, de tenerle más lealtad al Vaticano que a su propio imperio. Esto no era del todo exacto: para ella, luchar por la Iglesia era luchar por Francia. Temía a la amenaza del protestantismo por considerarlo contrario a los intereses de su nación y de su raza. No es raro, pues, que sintiera poca simpatía por el Destino Manifiesto de Estados Unidos ni que se sintiera identificada con la causa de los exiliados mexicanos.

Tanto por sus principios morales y religiosos, como por el amor que sentía por su esposo, la emperatriz Eugenia nunca tuvo amantes, pese a que no ignoraba las constantes infidelidades del emperador. A esto se debe, según Fernando del Paso, el que la emperatriz

⁴⁶ H. Kurtz, *op. cit.*, pp.45-52.

⁴⁷ Citado en *ibid.* pp.103.

se aburriera: a falta de aventuras galantes, necesitaba de una idea, de una idea grandiosa por la cual luchar, la cual ocupara su cerebro y su corazón. Y esa idea se la dio José Manuel Hidalgo.⁴⁸

Como ella misma reconocería más tarde, no fue sólo la santidad del proyecto lo que despertó su interés. También ayudó en algo que quien se lo propusiera fuera un mexicano joven y atractivo que hablaba bien francés y sabía de vinos, con el que podía conversar de ópera y literatura. Si en vez de Hidalgo hubiera sido el viejo Gutiérrez Estrada, quien le recordaba a Eugenia nada menos que a Felipe II, nunca se hubiera convencido del todo de la intervención.⁴⁹

Y es que la emperatriz no era tan conservadora ni tan española como sus detractores querían hacer creer. No era representante de la modernidad, pero tampoco del antiguo régimen, sino más bien de la época de transición en la que vivía. Si abogaba por la monarquía, no era porque creyera en el derecho divino de los reyes, sino porque la consideraba un medio para imponer el orden y la estabilidad, especialmente útil para un país que, como México, era presa del caos y la anarquía. Aunque temía que Estados Unidos acrecentara su territorio y su poderío a costa de esa nación criolla y católica, no deseaba que España recuperara su antigua colonia. Por ello, le molestaba que gente como Gutiérrez Estrada se refiriera a México como “la joya más preciada de la corona de Carlos V.”⁵⁰

Creía sinceramente en los valores del Segundo Imperio, en que sólo un gobierno fuerte y centralizado como el de Napoleón III podía garantizar el bienestar, incluso la libertad, de sus súbditos. Estaba convencida de que aquello que funcionaba tan bien para la nación

⁴⁸ Fernando del Paso, *Noticias del Imperio*, México, Diana, 1987, p.83.

⁴⁹ Cuando el emperador le preguntó a Eugenia su opinión sobre Gutiérrez Estrada, ella respondió: “Si ese hombre va a México, la gente creerá que la Inquisición ha regresado. Me habla como si fuera Felipe II vuelto a la vida. Lord Palmerston nunca aprobará a semejante hombre” (H. Kurtz, *op. cit.*, p.173)

⁵⁰ G. García Cantú, *op. cit.* p.85.

francesa funcionaría para cualquier otra nación. Cierta vez, cuando los españoles se quejaban de la injerencia de Francia, que presionaba a su gobierno para que entrara a la guerra de Crimea, la emperatriz se mostró indignada.

El emperador no desea interferir en los asuntos de otros países, —le escribió al duque de Alba— piensa que un tonto sabe más sobre sus propios asuntos que un sabio sobre los de los demás. Vosotros necesitáis a un hombre como él. Dicen que nadie es un héroe para su *valet* ni para su esposa: pues bien, yo admiro a mi marido cada vez más y desearía que pudierais tener a alguien tan capaz como él, si fuera posible encontrar a otro como él.⁵¹

Esta respuesta, aunque contradictoria, sintetiza la opinión de Eugenia sobre la intervención.

Aún antes de la caída del Segundo Imperio, pero sobre todo después, la emperatriz Eugenia fue usada como chivo expiatorio al que se atribuyeron todos los errores del gobierno imperial. El ejemplo más claro es precisamente la aventura mexicana. Su origen extranjero la hizo blanco fácil del odio de los franceses, como lo fueron Catalina de Médicis o María Antonieta. Tras el fracaso de la intervención y el fusilamiento de Maximiliano, muchos atribuyeron el proyecto y su realización exclusivamente a las intrigas de esta mujer andaluza, retrógrada y fanática como todos los españoles, para reintegrar la antigua colonia al Imperio Español.

Sin embargo, por lo explicado anteriormente, considero que Eugenia de Montijo actuó, en lo referente a México, más como emperatriz de Francia que como súbdito de España. Además, aunque es innegable la importancia del papel que la soberana jugó al presentar al emperador la propuesta de los exiliados mexicanos, también es cierto que la empresa nunca se hubiera llevado a cabo si no hubiera cuadrado a la perfección con los valores, ideas e intereses de Napoleón III, los cuales, si bien no eran compartidos por toda Francia,

⁵¹ Citado en H. Kurtz, *op. cit.* p.75.

servían, en alguna medida, como fundamento ideológico del Segundo Imperio. Tal es la hipótesis que intentaré demostrar en el siguiente capítulo.

Biarritz y sus secuelas

Seamos sinceros: ¿quién en mi situación no habría comprendido que debía aprovechar tan inesperadas circunstancias para realizar lo que en tanta buena fe creíamos necesario para salvar aquella nacionalidad y dar la paz y la tranquilidad?

JOSÉ MANUEL HIDALGO Y ESNAURRÍZAR

Tras el triunfo en la Guerra de Reforma y a causa de las precarias condiciones en que llegaba al poder, el presidente Juárez decidió suspender por dos años el pago de la deuda y convenciones extranjeras. Esto ocurrió en julio de 1861, pero la noticia no fue recibida hasta el primero de septiembre por José Manuel Hidalgo, quien se encontraba con el resto de la corte imperial en la residencia de reposo de los emperadores en Biarritz, la “Villa Eugenia”. Apenas leyó las cartas, Hidalgo supo que había llegado el momento de dar lo que él llamó su *grand coup*.

Con apoyo en documentos del archivo secreto de Maximiliano, consultados antes de su parcial destrucción en 1945, el conde Corti proporciona una versión muy detallada de lo ocurrido ese día.⁵² Al parecer, Hidalgo fue en busca de la emperatriz, que se encontraba con dos de sus damas haciendo labores de costura, y le dijo al oído: “Majestad, acabo de recibir unas cartas muy interesantes, los sucesos nos favorecen y creo que la idea de la intervención y el imperio se puede realizar. Quisiera decírselo al emperador.”

⁵² Toda la narración de la entrevista de Biarritz, sacada de Corti, *op. cit.* pp. 79-82. Una transcripción bastante fiel en español se halla en G. García Cantú, *op. cit.* pp. 89-91.

Eugenia lo miró, dejó a un lado la costura y, sin decir palabra, salió del salón. Poco después volvió para llamar a Hidalgo y entrar con él al despacho. “Cuenta usted al emperador lo que me acaba de decir” le dijo. Napoleón, que según Corti tenía en la mano una carta del rey de Siam, se la mostró a Hidalgo como curiosidad, la puso sobre su escritorio y encendió un cigarro, esperando lo que el mexicano tenía que decir.

Sire —empezó Hidalgo— hace mucho tiempo que había perdido las esperanzas de ver realizarse las ideas que ya hace cuatro años que tengo el honor de hablar a V. M., pero Inglaterra, del mismo modo que Francia y España, irritadas por la política de Juárez, enviarán barcos a nuestros puertos. Ahí tenemos, Majestad, la intervención inglesa que tanto necesitábamos. Francia no procederá sola, cosa que V. M. trató siempre de evitar. España hace tiempo que está dispuesta; el general de la Concha me dijo hace poco que dejó en La Habana seis mil hombres que están preparados para desembarcar en Veracruz, pero el gobierno de Madrid prefiere actuar de acuerdo con Francia y a ser posible con Inglaterra. Se podría pues enviar a Veracruz la escuadra francesa, inglesa y española y desembarcar seis mil españoles. México, ante las tres banderas unidas, reconocería todo el poder y la superioridad de esta alianza y la inmensa mayoría del país podría apoyarse sobre las potencias intervencionistas, aniquilar a los demagogos y proclamar la monarquía, que es lo único que puede salvar a la nación. Los Estados Unidos están sufriendo las calamidades de una guerra y, por otra parte, nunca se enfrentarán a las tres potencias unidas. Que se presente la bandera aliada, Sire, y yo respondo a V. M. que el país en masa se levantará y apoyará la bienhechora intervención.

Para Fuentes Mares, resulta difícil de creer que Napoleón se enterara por el mexicano de que Francia se disponía a enviar barcos de guerra a Veracruz.⁵³ Lo que sí es posible, a mi modo de ver, es que supiera por él de las intenciones de Inglaterra. Así cobra sentido la respuesta que, siempre según Corti, dio el emperador:

—Todavía no recibo los despachos de *monsieur* Thouvenel,⁵⁴ pero si Inglaterra y España están dispuestas a ir allá, y los intereses de Francia lo exigen, yo iré también, pero no enviaré más que una escuadra, sin tropas de desembarco. Si el país declara que desea orga-

⁵³ Fuentes Mares, *op. cit.* p. 82

⁵⁴ Edward Thouvenel, ministro francés de asuntos exteriores del 4 de enero de 1860 al 15 de octubre de 1862.

nizarse apoyándose en las potencias europeas, le tenderé la mano. Como usted dice, la situación actual de Estados Unidos es muy propicia.

Hidalgo, que no deseaba escuchar otra cosa, no cabía en sí de satisfacción. Ahora faltaba abordar la delicada cuestión del candidato al trono.

—Pase lo que pase —le dijo al emperador— se lo agradeceremos sólo a Francia. Permítame hacerle la pregunta a Su Majestad si ya tiene algún candidato en vista, pues los mexicanos lo aceptarían, viniendo de V. M., como si lo hubieran elegido ellos mismos.

—No tengo ninguno— respondió Napoleón.

Hidalgo sabía cuán grata sería una candidatura española para la emperatriz, quien seguía toda la conversación sin emitir palabra. Sin embargo, también comprendía el riesgo de que al adoptar como candidato a un príncipe Borbón, muchos pensarían en México que se trataba de una reconquista disfrazada por parte de la metrópoli.

—No podemos pensar en un príncipe español, —se aventuró a decir— el señor Mon⁵⁵ me ha dicho que es triste, pero no hay elección posible.

—En realidad —convino Eugenia, hablando por primera vez— es imposible una elección por ese lado y es una desgracia, porque si hubiera un príncipe de España, sería lo mejor.

Se mencionaron entonces varios nombres, pero ninguno que pareciera indicado. Unos no eran católicos y otros pertenecían a países de poca importancia política. Hidalgo recordó que el príncipe Richard von Metternich, embajador de Austria, se había opuesto a la candidatura del duque de Módena, por pertenecer a un país enemigo del suyo, pero quizá no se opondría si se tratara de un archiduque austriaco.

—¿Pero, qué archiduque?— preguntó la emperatriz.

⁵⁵ Alejandro Mon, embajador de España en París.

—Creo que se habló del archiduque Rainer— respondió el mexicano.

—Sí, pues el archiduque Maximiliano no aceptaría.

No, no aceptaría, convinieron Hidalgo y Napoleón. Después de todo, Fernando Maximiliano de Habsburgo no sólo era hermano del emperador Francisco José y segundo agnado de la corona, también era el más popular de su familia. Entonces, después de un prolongado silencio, Eugenia cerró su abanico de golpe y exclamó:

—Tengo el presentimiento de que sí aceptará.

La suerte estaba echada. Ya no se detendría la compleja maquinaria que había empezado a andar aquella tarde en Biarritz hasta que, años después, Maximiliano y Carlota fueran coronados emperadores de México.

Momentos después de su entrevista con los emperadores, Hidalgo habló con el conde Walewski.⁵⁶ “*Monsieur* Hidalgo —le dijo el ministro— recordará que, cuando yo era todavía canciller, usted me expresaba con frecuencia su deseo de ver intervenir a Francia en los asuntos de México. Yo siempre le dije que era algo imposible, pero ahora la situación ha cambiado y creo que el proyecto es factible. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?”⁵⁷

Inmediatamente, Hidalgo puso manos a la obra. Les telegrafió a José María Gutiérrez Estrada y a Juan Nepomuceno Almonte, quienes se encontraban en París, informándoles de lo sucedido. Ambos exiliados debieron alegrarse mucho al recibir las noticias de Biarritz, aunque Maximiliano no era el candidato más del agrado de Gutiérrez Estrada: él hubiera preferido a un príncipe más conservador como el duque de Módena. Con todo, cuando supo

⁵⁶ Alexandre Walewski, hijo natural de Napoleón I y María Walewska, como tal, primo hermano del emperador; ministro de exteriores desde 1852, ministro de estado desde 1860.

⁵⁷ Corti, *op. cit.* pp. 83.

que Napoleón ya había tomado la decisión, comprendió que debía tragarse sus dudas y viajar a Viena para sondear cómo sería recibida la oferta en la corte de los Habsburgo.⁵⁸

Sin embargo, pese a las garantías dadas por Walewski a Hidalgo en Biarritz, en el sentido de que el gobierno imperial se ponía al servicio de los intervencionistas, en París, Gutiérrez Estrada no pudo conseguir del ministerio de asuntos exteriores un pasaporte para trasladarse a la capital austriaca en calidad de enviado oficial. Para un liberal como el ministro Thouvenel, el viejo exiliado mexicano era un ultramontano fanático de ideas arcaicas, indigno de representar a Francia en una corte extranjera.⁵⁹ Así pues, Gutiérrez Estrada tuvo que quedarse en la capital francesa y desde ahí iniciar las negociaciones con Viena. Tampoco pudo don José María entrevistarse con el embajador Metternich por hallarse éste fuera de Francia, por lo que tuvo que hablar con el conde von Müllinen, encargado austriaco de negocios en París.

Por conducto de Müllinen, Gutiérrez Estrada pudo informar a Francisco José de la decisión del emperador francés. Dos semanas más tarde, recibió de Viena la esperada respuesta: el gobierno de Su Majestad Apostólica aceptaba la candidatura de un archiduque austriaco al trono de México a condición de contar con dos garantías: el apoyo no solamente moral sino material de las dos grandes potencias marítimas y el voto claramente emitido de México.⁶⁰

De la primera condición, ya se ocupaban los diplomáticos de Inglaterra, Francia y España, quienes, durante los meses de septiembre y octubre de 1861, trabajaban activamente para conformar la llamada Alianza Tripartita, todos intentando avanzar los intereses del país que cada uno representaba, muchas veces opuestos entre sí. Ya el 3 de septiembre,

⁵⁸ Fuentes Mares, *op. cit.* p. 86.

⁵⁹ Corti, *op. cit.* pp. 83.

⁶⁰ Fuentes Mares, *op. cit.* p.90.

Thouvenel había dicho a Juan Antonio de la Fuente, ministro plenipotenciario de México en París, cuando éste quiso explicarle la suspensión de pagos: “Hemos dado nuestras órdenes, de acuerdo con Inglaterra, para que una escuadra compuesta por buques de ambas naciones exija una satisfacción al gobierno mexicano. Vuestro gobierno sabrá por nuestro ministro y por nuestro almirante, cuáles son las demandas de Francia”.⁶¹

Aunque Napoleón no contaba todavía con el apoyo de Inglaterra, Thouvenel sabía que Su Majestad Británica no estaba dispuesta a permitir que un país como México se negara a cumplir, impunemente, sus compromisos internacionales, aunque fuera temporalmente. Fue por eso que el ministro inglés en México, Sir Charles Wyke había hecho como el francés Dubois de Saligny, arriando las banderas de sus respectivas legaciones al expirar el plazo que habían puesto al gobierno de Juárez para que derogara el decreto del 17 de julio, donde se decretaba la moratoria de pagos. Las represalias inglesas eran pues tan probables como las francesas.

Don Alejandro Mon, el embajador español en París, temía que su país quedara fuera de la jugada y se apresuró a informar a su gobierno que Francia e Inglaterra estaban listas para apoderarse de las aduanas de Veracruz y Tampico para reintegro de las cantidades que les debía México y que fuerzas navales se dirigían a esos puertos sin tomar en cuenta a España. La respuesta no se hizo esperar: el ministro de estado Saturnino Calderón Collantes telegrafió a Mon diciéndole que el gobierno de Isabel II estaba dispuesto a actuar enérgicamente, que se presentaría en costas mexicanas como correspondía a la dignidad de España.

⁶¹ De la Fuente al M.R.E. París, 4 de septiembre de 1861, en Notas de don Juan Ramón de la Fuente, ministro de México cerca de Napoleón III, AHDM, núm. 10, México, publicaciones de la SRE, 1924, p.27.

ña, y que lo haría con o sin el apoyo de las otras potencias. De este modo, el gobierno de Madrid, el menos poderoso de los tres países, se invitaba solo a la fiesta.⁶²

Los ingleses, por su parte, recelaban de la participación de España, pues temían que se persiguiera a los protestantes de México. Finalmente, empero, hacia el 20 de septiembre Londres tomó una decisión que consistía en prestar su concurso siempre que se invitara a participar a Estados Unidos y que no se llevaran miras de intervención en los asuntos internos del país. Aunque esto no cuadraba del todo con los intereses franceses y españoles, ambos lo aceptaron, sabiendo que sólo el poderío naval británico podía garantizar el éxito de la operación. De cualquier modo, embarcado en la guerra civil, Estados Unidos no aceptaría la invitación.⁶³

Así, después de discutirse varios proyectos y contraproyectos, se firmó en Londres el 31 de octubre la convención por la cual la reina de España (que quería intervenir, pero no podía), la reina de la Gran Bretaña (que podía pero no quería) y el emperador de los franceses (que quería y podía) se comprometían a adoptar las medidas necesarias para enviar a las costas de México fuerzas de mar y tierra combinadas, en número suficiente para tomar y ocupar las distintas fortalezas del litoral mexicano.⁶⁴ Para Napoleón, esto era sólo el comienzo del plan.

Por ese lado, Hidalgo, Gutiérrez Estrada y Almonte podían estar tranquilos, el asunto marchaba "*à la vapeur*". Lo único que les preocupaba era la excesiva participación de España en la expedición, lo cual podría despertar en México sospechas de reconquista. Napoleón había aceptado, incluso, que el cuerpo expedicionario quedara bajo las órdenes de un

⁶² Lilia Díaz, "El liberalismo militante" en Historia General de México, México, El Colegio de México, 1976, Tomo 3, p.125.

⁶³ *Ibid.* 126.

⁶⁴ *Ibid.* 126.

general español, probablemente para complacer a la emperatriz. La preocupación de los mexicanos creció cuando supieron que el elegido para el cargo era ni más ni menos que el general Juan Prim, conde de Reus, que tenía fama de bandido y, lo que es peor, de liberal, aún de republicano.⁶⁵ Prim, que estaba casado con una mexicana, estaba familiarizado con la circunstancia del país y tenía ideas bastante claras sobre él, quizá más que las de Gutiérrez Estrada o Hidalgo, quienes no habían estado en México en muchos años. Sus percepciones al respecto, moldeadas por su ideología, eran diametralmente opuestas a las de ellos.

Faltaba satisfacer la segunda condición requerida por Austria: el voto de la mayoría de los mexicanos. Aunque es claro que éste no existía, Gutiérrez Estrada no perdió el tiempo y escribió, no sólo al archiduque en cuestión, sino también a su hermano el emperador, a su suegro el rey de Bélgica, al Papa, y a todo a quien pudiera interesarle, asegurándoles que la inmensa mayoría de la población anhelaba la restauración del Imperio. Muchas voces se alzaron, en cambio, para advertir a Maximiliano de los peligros de la operación, algunas tan improbables como la del general Miramón, quien por entonces se hallaba en Europa y que declaró que en México no existía ningún partido monárquico; o la del obispo Labastida, quien expresó al embajador austriaco en Roma que un nuevo orden de cosas en México tropezaría con grandes dificultades y que era difícil, si no imposible, establecer ahí una autoridad duradera. Aunque el ministro austriaco de estado, el conde Rechberg, informó a Maximiliano de todas estas opiniones, éste prefirió no prestarles oído.⁶⁶

⁶⁵ Fuentes Mares, *op. cit.* pp. 92-93.

⁶⁶ L. Díaz, *art. cit.* p.124.

2.- LUIS NAPOLEÓN Y SU 'GRAN DESIGNIO'

Napoleón, el pequeño

Ídolo y sumo sacerdote. Heredero de un profeta incomprendido, profeta él mismo, responsable ante el pueblo y ante Dios, nos conduce al progreso y a la libertad por Gracia Napoleónica.

ÉMILE ZOLA

Cuando José Manuel Hidalgo y la emperatriz Eugenia discutían sus ideas sobre la intervención y el imperio mexicano, uno y otro pensaban en la manera de transmitir a Napoleón III su interés mutuo por el proyecto. Estaban seguros de que, en el Segundo Imperio francés, no se movía una hoja sin la voluntad del emperador; mucho menos podría moverse un ejército. Y era una voluntad realmente fuerte, nada fácil de manipular. Ni sus familiares más cercanos, ni sus ministros o consejeros, ni sus numerosas amantes, ni siquiera la misma emperatriz, pudieron nunca influir en él ni obligarlo a hacer algo de lo que no estuviera totalmente convencido.⁶⁷ No obstante, Eugenia, que conocía bien a su marido, sabía que no sería tan difícil contagiarle su entusiasmo por una empresa como aquella.

La personalidad de Napoleón el pequeño, como se refería despectivamente a él Victor Hugo para diferenciarlo de su ilustre tío, es casi imposible de definir. “¿Cómo, se pregunta Theodore Zeldin, se puede entender a un hombre que habló tan poco y escribió aún menos?”⁶⁸ En efecto, él, que era por naturaleza taciturno, adquirió en sus tiempos de conspirador la costumbre de no revelar a nadie sus verdaderas intenciones, de no dejar por escrito

⁶⁷ Alain Plessis, *De la fête impériale au mur des fédérés 1852-1871* París, Editions du Seui, 1979. p. 5.

⁶⁸ Theodore Zeldin, *The Political System of Napoleon III*, Londres, Macmillan, 1958. p.1.

nada que pudiera comprometerlo y de hablar lo menos posible. Sólo se pueden interpretar sus acciones, pero nunca conocer sus motivaciones, lo cual ha dificultado la tarea de sus biógrafos y producido todo tipo de opiniones sobre su persona.

Favre lo llamó “idiota”, Thiers, “cretino”, Hugo “títere insignificante” y “tirano de salón”.⁶⁹ Para otros, en cambio, fue un héroe, un profeta, casi un Mesías. Quizá quien mejor lo pudo definir fue Émile Zola, cuando se refirió al emperador como “un enigma, una esfinge”.⁷⁰ Al referirse a su vida personal, se le acusa de frívolo, de infiel, de deshonesto, pero también se habla de su generosidad, de su lealtad a sus amigos, de su altruismo. Como estadista resulta aún más contradictorio: autoritario, democrático, déspota, liberal, socialista sansimoniano, defensor de las nacionalidades e imperialista, todo al mismo tiempo. En palabras de Adrien Dansette, “demostró ser incapaz de controlar su diversidad: no pudo hacer una síntesis de sus heterogéneas aspiraciones: siguió actuando, al mismo tiempo, como sobrino de Napoleón, como exiliado político, como hombre de 1848.”⁷¹

Muchos sostienen que si Luis Napoleón, a quien atribuyen un carácter y una inteligencia mediocres, llegó al poder, se debió a una casualidad y a una suerte inmerecida, la suerte de haber nacido hijo de Luis Bonaparte y Hortensia de Beauharnais —hija, a su vez, de la emperatriz Josefina— y de haber estado en el lugar perfecto en el momento indicado. El golpe del 2 de diciembre y todo el Segundo Imperio no fueron, para ellos, sino el resultado de una conspiración de aventureros —desheredados del primer imperio— motivados por su ambición de poder.

⁶⁹ Vid. Jean-Francois Lecaillon, Napoleon III et le Mexique: Les illusions d'un grand dessein, París, Éditions L'Harmattan, 1994. p.44

⁷⁰ Citado por A. Plessis, *op. cit.* p. 6.

⁷¹ A. Dansette, Du 2 décembre au 4 septembre, París, Hachette, 1972 citado en *ibid.* p.9.

Pero detrás del *coup d'État* había un principio y no sólo codicia o ambición personal. Este principio puede llamarse 'bonapartismo'. Karl Marx lo identificó a la perfección en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. Albert Guérard lo explica muy claramente:

Bonapartismo no es napoleonismo: su meta no era la gloria marcial, sino el orden material. Quienes aclamaron los golpes de estado bonapartistas del 18 brumario y del 2 de diciembre anhelaban la tranquilidad, no la conquista. Cuando la anarquía amenaza, la propiedad demanda un gobierno fuerte y ofrece la corona al policía más eficiente: eso se llama "salvar a la sociedad". Si el policía recibe la bendición de la Iglesia, su efectividad crecerá. Pero primero debe controlar al ejército regular contra el ejército del desorden que naturalmente se congrega en los centros industriales. El propósito declarado del ejército, que es defender el honor y la herencia de la nación, la heroica tradición del soldado, el espectacular despliegue de banderas, uniformes, condecoraciones, el brillo de las bandas militares, apenas disfraza el hecho esencial que las tropas son una vasta fuerza policíaca en reserva. Mano firme, desorden reprimido, prosperidad restaurada: una fórmula que apela legítimamente a una mente conservadora. [...] Así que el materialismo está ligado a Napoleón III y a su régimen: orden material, prosperidad material, placeres materiales, todo sumado en una palabra: bonapartismo.⁷²

Como hombre de su época, Luis Napoleón había leído a los filósofos ilustrados; odiaba al antiguo régimen y a los Borbones, contra quienes se había rebelado en más de una ocasión; admiraba con ardor a su tío, Napoleón el grande, y creía estar destinado por la Providencia (porque también era católico) para continuar su obra en la tierra. Era cesarista: creía en la democracia encarnada en un hombre, un líder nacional por encima de clases sociales y partidos políticos, que gobernara "por la Gracia de Dios y la voluntad del pueblo", comprometido con la defensa del orden, pero no del privilegio.⁷³

Estaba consciente de los problemas de su siglo y buscaba una solución. Su fin, según la proclama del 2 de diciembre de 1851, era "terminar con la era de las revoluciones satisfaciendo las necesidades legítimas de los pueblos".⁷⁴ Esta noción era a la vez populista y anti-revolucionaria, ambiciosa hasta rayar en lo utópico y muy paternalista, ya que era él mis-

⁷² A. Guérard, *op.cit.*, pp.xvi-xvii.

⁷³ *Loc. cit.*

⁷⁴ Citado en A. Plessis, *op. cit.*, p.10.

mo, el líder elegido por el Destino, el único capaz de juzgar la legitimidad de las necesidades, no sólo del pueblo francés, sino de todos los pueblos de la Tierra.

En su folleto de 1839, titulado *Las ideas napoleónicas*, Bonaparte había expresado su convicción de que “en un gobierno de base democrática, sólo la cabeza tiene el poder de gobernar”. Esta cabeza, electa por el pueblo, sería la encarnación misma de la democracia y, en su nombre, tendría el derecho, incluso el deber, de incurrir en el autoritarismo. Es por eso que Napoleón III ha sido llamado el déspota democrático.⁷⁵

El carácter autoritario del régimen era evidente, no sólo por la suspensión de libertades individuales que se decretó a su inicio, sino también por el total desequilibrio de poder entre las instituciones que conformaban el gobierno. Por un lado estaba el jefe, el amo; por el otro sus “instrumentos”, para usar la expresión de Guérard,⁷⁶ que quiere decir que el emperador gobernaba *por medio de* los ministros, el Consejo de Estado, el Senado y el Cuerpo Legislativo. Así, las asambleas no fueron pensadas como contrapesos a su autoridad, sino como simples medios de gobierno. Los ministros, los consejeros, los senadores, los diputados, todos estaban obligados a jurar no sólo obediencia a la Constitución, sino también lealtad al emperador. Esta es, según Alain Plessis, la marca de un régimen personal.⁷⁷

La lista de las prerrogativas del emperador que aparece en el Título 3º de la Constitución parece infinita. Como jefe de estado, comanda el ejército y la marina, puede declarar la guerra y firmar la paz, concertar alianzas y tratados comerciales; es el principio y el fin del proceso legislativo, ya que de él parten las iniciativas de ley y es él quien aprueba y promulga cada *senatus consultum* y cada ley, sin que tenga que hacerlo en un plazo fijado por

⁷⁵ T. A. B. Corley, *Democratic Despot. A life of Napoleon III*, Londres, Barrie & Rockliff, 1961.

⁷⁶ L. Girard, *Problemes politiques et constitutionnelles du second Empire*, 1964, citado en A. Plessis, *op. cit.* p. 16.

⁷⁷ A. Plessis, *op. cit.* p. 16.

la constitución; la justicia es administrada en su nombre; él nombra a los miembros de su gabinete, del senado y del consejo de estado; él tiene que aprobar los nombramientos de prefectos, subprefectos y alcaldes.⁷⁸ Es curioso que fuera un hombre apodado “el pequeño” quien detentara un poder tan grande.

Por lo anterior, era claro que para realizar cualquier proyecto, en especial uno tan ambicioso como la intervención en México, no sólo se requería de la aprobación, sino también del apoyo decidido del emperador, como si éste fuese un monarca absoluto del *ancien régime*, cosa que era en más de un sentido. De nada serviría todo el entusiasmo de la emperatriz por el plan si ésta no lograba despertar el interés de su esposo. Sin embargo, y pese a lo impenetrable que era la mente de Napoleón III, cualquiera que hubiera observado el desarrollo de sus ideas, sabría que la “aventura mexicana” tenía todo lo necesario para llegar a apasionarlo.

“El pensamiento más profundo del Segundo Imperio”

Una rosa roja no es egoísta por que quiera ser una rosa roja, lo que sería terriblemente egoísta es que pretendiera que todas las demás flores del jardín fueran también rosas, y además rojas.

OSCAR WILDE.

Al anunciar a la asamblea la puesta en marcha de la expedición a México, Eugene Rouher, el ministro de comercio, agricultura y obras públicas, se refirió a ella como “el gran pensamiento (*la grande pensée*) del reino”.⁷⁹ Albert Guérard, uno de los biógrafos más dignos de confianza de Napoleón III, sostuvo que su plan para las Américas fue el pensamiento más

⁷⁸ *Ibid.*, pp.16-17.

⁷⁹ J.-F. Lecaillon, *op.cit.* p.45.

profundo, el concepto más significativo y la empresa más notable del Segundo Imperio francés.⁸⁰ Fue también, según Alfred J. y Kathryn A. Hanna, el menos comprendido de todos los planes europeos para explotar América, porque acabó en desastre antes de su realización.⁸¹ Y es que la intervención francesa en México fue solamente el principio del sueño de Bonaparte, de lo que los Hanna llaman su “siniestra conspiración contra Estados Unidos”. Pero una idea tan profunda, tan significativa, tan siniestra, tan grande, no pudo nacer de la noche a la mañana: necesitó de más de veinte años para cobrar forma en la mente del emperador.

Aún antes de estudiar a fondo las condiciones del Nuevo Mundo y de empezar a elaborar su Gran Designio, Luis Napoleón parece haber sentido la fascinación por su parentesco con las Américas. Hay que recordar que su abuela, la emperatriz Josefina, había nacido en Martinica. Cuando fracasó en 1836 su afán por inspirar al ejército para que se sublevara en Estrasburgo y devolviera el trono a los Bonaparte, el futuro emperador fue embarcado rumbo a los Estados Unidos. En Nueva York estudió las condiciones políticas, económicas y sociales de este país, todavía joven pero ya muy poderoso. Permaneció ahí tres meses antes de volver a Europa y refugiarse en Inglaterra. Pese a la brevedad de su estancia, ésta le permitió entender a cabalidad las palabras de Alexis de Tocqueville quien, por la misma época, profetizó que los Estados Unidos estaban “señalados por voluntad del Cielo para trastornar los destinos de la mitad del globo terráqueo”.⁸²

En agosto de 1840, contrató un pequeño barco de vapor y, con unos cincuenta secueles, desembarcó en el puerto francés de Boulogne, para realizar un segundo intento por

⁸⁰ *Vid. A. Guérard, op. cit.*

⁸¹ Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, Napoleón III y México, trad. E. de Champourcin, México, FCE, 1973, p.13.

⁸² Citado en Hanna, *op. cit.* p.17.

derribar a la Monarquía de Julio y restaurar el Imperio Napoleónico. La aventura resultó un completo fracaso. Luis Napoleón fue encarcelado en la fortaleza medieval de Ham, a orillas del Somme, donde, siglos atrás, fuera confinada Juana de Arco. Lejos de quebrar su voluntad, amargar su espíritu o frenar su ambición, los cinco años que estuvo recluido en lo que él mismo llamara “la universidad de Ham”, le sirvieron a Bonaparte para ampliar su cultura y cultivar su intelecto. Además de leer a una pléyade de autores clásicos y contemporáneos, aprovechó su cautiverio para escribir varios artículos y panfletos que conformaron el ideario político de toda su vida, incluyendo un *Manual de Artillería* y la monografía titulada *La extinción del pauperismo*, en donde se ve claramente reflejada la influencia del socialista utópico Henri de Saint-Simon.⁸³

Uno de los campos en donde Luis Napoleón concentró su atención fue la república de Nicaragua, pequeña, pero cuya situación era estratégica. Con el apoyo de un vasto acervo de datos proporcionados por el propio gobierno nicaragüense, Bonaparte cobró creciente interés en un proyecto para construir un canal que, uniendo varios lagos, atravesara el istmo centroamericano para comunicar el Océano Atlántico con el Pacífico. Varios estadistas de Nicaragua le extendieron, incluso, una invitación para que se encargara él mismo de dirigir la empresa. Su entusiasmo por el proyecto fue tal que pidió a su amigo Lord Malmesbury, cuando éste lo visitaba en la cárcel, que convenciese al gobierno británico para que apoyara la propuesta nicaragüense, proporcionara la protección y el crédito necesarios para la empresa e interviniera ante el rey de Francia para que le otorgara la libertad. El gobierno inglés, sin embargo, no respondió a la petición del prisionero.⁸⁴

⁸³ Vid. Guérard, *op. cit.*, pp. 48-72 y Corley pp.38-50.

⁸⁴ Corley, *op. cit.* p.47.

Siendo relativamente buen conocedor de las condiciones del Nuevo Mundo y del comercio internacional, Luis Napoleón sabía que un canal interoceánico tendría grandes consecuencias para la balanza de poder en el hemisferio occidental. Para él, el estímulo al comercio y la derrama de divisas en la región favorecerían la estabilidad política de los estados centroamericanos (él mismo pensó ponerse a la cabeza de alguno de ellos), los cuales, con la protección de alguna potencia europea, constituirían un dique para contener el expansionismo norteamericano. Después de escapar de la prisión de Ham y refugiarse de nueva cuenta en Inglaterra, Bonaparte expuso todas estas ideas en un folleto titulado *El Canal de Nicaragua*, publicado en Londres en 1846.⁸⁵ El pensamiento creador de Luis Napoleón a propósito de los proyectos de canales encontraría su manifestación perdurable en el importante papel que desempeñó, ya como emperador, en la construcción del canal de Suez.

Los acontecimientos que sacudieron Francia en 1848 y que llevaron a Bonaparte a la presidencia de la república y luego al trono del imperio con el nombre de Napoleón III, distrajeron su atención de sus planes respecto a las Américas, de los cuales, sin embargo, nunca se olvidó del todo. Regresaron, sin duda, a su mente cuando, en 1856, el marqués de Radenport pidió audiencia para hablarle de un país en el que hasta entonces no había puesto particular atención: México.

Oficial del Estado Mayor y agregado militar en la legación francesa de Washington, el joven marqués de Radenport fue mandado por su gobierno a México en 1847, con la misión de defender los derechos de los ciudadanos franceses en las regiones donde los invasores de Estados Unidos se abrían camino desde Veracruz rumbo a la capital. Sus experiencias durante la guerra hicieron que su antipatía por los norteamericanos y su afán expansionista se convirtiera en verdadero odio. Acabada la guerra y su misión diplomática, el mar-

⁸⁵ *Ibid.* p.241.

qués permaneció en México, donde trabó relación con varios conservadores mexicanos, con quienes compartía el miedo a Estados Unidos, a sus instituciones y a todo lo que representaban.⁸⁶ Al igual que su compatriota, el vizconde de Gabriac, Radenport llegó a convencerse de que lo único que podría salvar a la nación mexicana, católica y latina, era la instauración de una monarquía con el apoyo de una potencia europea, Francia de preferencia.⁸⁷

Aristócrata y conservador como era, el marqués vio con horror desfilar a los “pintos” de Juan Álvarez por las calles de la ciudad de México y caer el gobierno de Santa Anna y, con él, las últimas esperanzas de restaurar la monarquía mexicana. Escandalizado por las acciones liberales del nuevo gobierno, Radenport decidió tomar medidas drásticas y, a principios de 1856, partió para Europa con una idea fija en la mente: conseguir la intervención del emperador en México.

En París, Radenport se presentó en el *Quai d'Orsay* y entregó al conde Walewsky, por entonces ministro de asuntos exteriores, un documento titulado “Designio para la regeneración mexicana”. En él, el marqués sostenía que Europa debía despertar y darse cuenta de la situación de América y de su importancia para sus propios intereses. Según el “designio” de Radenport, la política de Estados Unidos en el hemisferio occidental era paralela a la de Rusia en Europa: así como Rusia protegía a la iglesia ortodoxa como medio de dominación en los países vecinos, Estados Unidos apoyaba a las instituciones democráticas. No mantenían un gran ejército, sino que empleaban a piratas y filibusteros como instrumentos para difundir el desorden en los países del continente. “Los republicanos de Norteamérica —decía— no son menos enérgicos ni menos hábiles que los zares.” Por consiguiente, los motivos que habían impulsado a Francia y a Inglaterra para detener la expansión rusa en

⁸⁶ Ver el primer capítulo de esta tesis.

⁸⁷ Hanna, *op. cit.* pp. 19-21.

Europa en la reciente Guerra de Crimea, deberían moverlas ahora para impedir nuevas adquisiciones territoriales de Estados Unidos a costa de México y otras naciones de la América Latina. De lo contrario, Europa se encontraría pronto con la potencia del norte dueña de todo el continente.⁸⁸

Radenport explicaba además que México nunca había tenido la oportunidad de desarrollar su fuerza y riqueza potenciales porque nunca había tenido un gobierno adecuado (léase monárquico). Sin embargo, con un pequeño apoyo por parte de Francia —sólo unos cuarenta oficiales y quinientos soldados— los mexicanos podrían “salvarse por sus propias manos” e instaurar una monarquía encabezada por un príncipe elegido por Napoleón III, iniciando la regeneración de México. Ni siquiera Estados Unidos podría oponerse a un monarca apoyado por la voluntad popular mexicana y respaldado por las potencias europeas. Unos cuantos años de “prudente gobierno”, sostenía el marqués, bastarían para colocar a México entre los Estados más ricos.⁸⁹

El valor de la nueva monarquía no se reduciría a México. Este país, con la cooperación del Imperio de Brasil permitiría que otros estados del continente fuesen rescatados de la anarquía o, lo que para Radenport era lo mismo, de la república. De este modo, se formaría un gran bloque latino, con Roma como cabeza espiritual y París como árbitro cultural y económico.⁹⁰ La perniciosa influencia de Estados Unidos no podría pues llegar más allá del Río Bravo.

Tal era justamente el fin último que tenían los proyectos de Luis Napoleón respecto al Canal de Nicaragua. Entonces había creído necesaria la ayuda financiera de Gran Bretaña; ahora que era emperador, él solo podía costear la empresa, especialmente si ésta resul-

⁸⁸ *Ibid.* p.24.

⁸⁹ *Ibid.* pp.24-25.

⁹⁰ *Ibid.* p.25.

taba tan barata como Radenport aseguraba. Se trataba de una causa humanitaria, de una utopía como las que a él le gustaban y que, por añadidura, podía aportar grandes beneficios materiales, políticos, económicos y geoestratégicos, al imperio que ahora encabezaba. Por ello, cuando finalmente concedió al marqués la audiencia que había solicitado hacía casi dos meses, y lo escuchó hablar de su plan para la regeneración de México, el cual coincidía tan exactamente con sus propias ideas, Napoleón III se sintió realmente entusiasmado. En la misma época, la emperatriz Eugenia experimentaba algo similar ante las palabras de José Manuel Hidalgo.

Cuando el emperador preguntó por el posible candidato al trono, Radenport sugirió al cuarto hijo de Luis Felipe de Orleans, el duque de Aumale, bajo cuyas órdenes había servido en Argelia. El emperador se mostró de acuerdo y, unos meses después de su entrevista, comunicó a Benjamin Disraeli, el primer ministro británico, “su deseo y disposición de ayudar al establecimiento de una dinastía europea en México”, y dijo que, “por su parte, no se opondría a que el duque de Aumale ascendiera a ese trono”.⁹¹

Radenport se apresuró a viajar a Gibraltar, donde vivía el duque, para hacerle la oferta de la corona. Más prudente que Maximiliano, Aumale estudió la propuesta y, tras haber evaluado los riesgos, terminó por rechazar el ofrecimiento. Radenport, que ignoraba que los exiliados mexicanos estaban considerando otros candidatos, como el infante don Juan o el duque de Módena, pensó que la negativa del francés pondría fin a su proyecto. Para colmo, el 14 de enero de 1858, un atentado fallido contra la vida del emperador por parte de un nacionalista italiano, sumió a Europa en una crisis internacional e hizo que Napoleón distra-

⁹¹ Citado en *ibid.* p.26.

jera su atención del Nuevo Mundo. Descorazonado, Radenport se embarcó de regreso a México.⁹²

Sin embargo, la idea que desde la prisión de Ham yacía latente en la mente del emperador de los franceses, seguía cobrando forma y tomando fuerza. La rivalidad con las otras potencias europeas, su frágil alianza con el Vaticano y su participación en la guerra de Italia, hicieron que Napoleón valorara más su papel de líder del mundo latino, el cual, pensaba, debía conformar un bloque unido, con Francia a la cabeza. En este esquema panlatinista, México ocupaba una posición clave. Ese vasto Estado que se abría a dos océanos tenía gran importancia estratégica: dominarlo significaba controlar el istmo de Tehuantepec, donde, eventualmente, podría realizarse el antiguo proyecto del canal, eje del comercio internacional; los puertos mexicanos, además, podrían ser usados como base de apoyo para la defensa de las posesiones francesas en el Caribe; por último, apoderarse de México implicaría ponerlo fuera del alcance de Estados Unidos, cuyo poderío ya se alzaba, amenazador, en el horizonte.⁹³

No se trataba, empero, de invadir México para convertirlo en una colonia francesa. No, como defensor del principio de la nacionalidad y del derecho de la soberanía popular, Napoleón no hubiera podido proponerlo. Además, ni Estados Unidos, ni Gran Bretaña, ni siquiera España, hubieran apoyado una conquista de ese tipo. Por lo demás, como lo señalara Radenport, eso no iba a ser necesario. Si, como insistían los conservadores mexicanos, la vasta mayoría de la población anhelaba el establecimiento de una monarquía y pedía la ayuda de Francia para lograr ese fin, todo lo que él tendría que hacer era proporcionar el impulso inicial, quizá elegir un príncipe para iniciar la nueva dinastía. Los mismos mexica-

⁹² *Ibid.* p.26.

⁹³ J.-F. Lecaillon, *op.cit.* p.47.

nos se encargarían del resto. Se trataba, después de todo, de una nación latina y católica: era pues natural que perteneciera, por voluntad propia, al área de influencia de Francia y no a la de Estados Unidos.

Seguramente, hubiera sido más consistente con este pensamiento nacionalista instaurar en México una dinastía española. Después de todo, los mexicanos no sólo compartían la raza y la religión de la ‘madre patria’, sino también su lengua y, dentro de la concepción romántica predominante en España, el papel del lenguaje era tal vez el más definitorio del carácter de un pueblo.⁹⁴ Abundaban por ello en la península, ideas y proyectos similares al designio napoleónico, pero con un tinte hispanista. Sin embargo, para un ‘hombre de 1848’ como Napoleón III, España representaba el oscurantismo medieval, el atraso, la negación de todo progreso. Borbón era para él sinónimo de retrógrada. Además, en Latinoamérica (término que el emperador prefería, por obvias razones, al de América Hispana o Española) una intervención de la antigua metrópoli traería inevitablemente reminiscencias de la época colonial, asociación que se quería evitar a toda costa. Francia, en cambio, sin dejar de ser católica y latina, representaba una opción más moderna, más racional y, sobre todo, más acorde con la mentalidad del emperador.

No se trataría, pues, sino de ayudar a los mexicanos a defenderse del imperialismo republicano, anglosajón y protestante. Iba a ser, como se diría más tarde, una “intervención humanitaria” para salvar a la nación mexicana, para regenerar sus condiciones materiales y morales.⁹⁵ Para ello sería necesario, según la concepción bonapartista, un gobierno fuerte y

⁹⁴ Romana Falcón, *op.cit.* p.21.

⁹⁵ En julio de 1864, el erudito británico Robert Hogarth Patterson publicó un artículo en la prestigiosa revista *Blackwood's Edinburgh Magazine* titulado “La idea napoleónica en México” en el que alababa el altruismo del proyecto de Bonaparte. Citado en Hanna, *op. cit.* pp. 13-14.

estable, autoritario y paternalista, creado a imagen y semejanza del Segundo Imperio francés. A fin de cuentas, ¿no iba a ser también un Segundo Imperio el mexicano?

Como todas las “intervenciones humanitarias”, el Gran Designio de Napoleón III no estaba exento de intereses materiales. La investigadora estadounidense Shirley J. Black sostiene la tesis de que el principal móvil del plan era económico: según ella, fueron las minas de plata mexicanas el verdadero objetivo de la intervención francesa.⁹⁶

A mediados del siglo XIX, el enorme flujo de oro recientemente descubierto en California y en Australia empezó a inundar el mercado europeo de este metal, desequilibrando gravemente el sistema monetario bimetálico. Dicho desbalance estaba a punto de provocar una severa crisis económica de no ser compensado por una entrada importante de plata. La necesidad se volvió más urgente cuando, debido a la Guerra de Secesión, fue bloqueada la exportación de algodón de Estados Unidos, el principal proveedor de Francia, por lo que hubo que comprárselo a la India. Ésta sólo aceptaba plata a cambio y era precisamente plata lo que Francia no tenía. La escasez de algodón hizo que los precios de la tela empezaran a aumentar peligrosamente. Según se creía entonces, este metal, cada vez más precioso, abundaba en Sonora, leyenda alimentada por las crónicas de los viajeros franceses. La explotación de sus minas podía ser la solución del problema. Si Francia se decidió a intervenir en México fue sobre todo, según Black, para apoderarse de las infinitas riquezas de este territorio tan desaprovechado y prácticamente despoblado, antes de que alguien más lo hiciera.⁹⁷

Con estos antecedentes, no fue difícil para los exiliados mexicanos convencer al emperador de la conveniencia de su proyecto. De hecho, él ya estaba convencido de antemano.

⁹⁶ Shirley J. Black, *Napoleon III and Mexican Silver*, Silverton, Co., Ferrell Publications, 2000.

⁹⁷ *Loc. cit.*

Ya no necesitaba oír razones ni recibir justificaciones; lo único que estaba esperando era una oportunidad para ejecutar su largamente madurado plan, y eso fue lo que Hidalgo le proporcionó en Biarritz, aquella tarde de 1861.

La puesta en marcha

La propuesta intervención en México por Inglaterra, Francia y España es, en mi opinión, una de las más monstruosas empresas registradas en los anales de la historia internacional.

-KARL MARX

En 1889, muchos años después de acabada la tragedia, Hidalgo escribió a García Pimentel: “Dice usted que es monárquico, pero será un monarquismo platónico que allí no tendrá nunca jamás sanción. No es posible que vuelva a presentarse el conjunto de circunstancias y elementos de 1861.”⁹⁸ Y es que en verdad fueron muchas las “circunstancias y elementos” que se alinearon aquel año y que hicieron que el sueño tan largamente acariciado por Napoleón III, tuviera la oportunidad de convertirse en realidad. Si la voluntad, incluso la necesidad, de llevar a cabo el Gran Designio, existían desde hacía varios años, hasta 1861 se dio también la oportunidad.

En enero, la expulsión del embajador español en México, Francisco Pacheco, predispuso al gobierno de Su Majestad Católica contra el régimen de Juárez; en abril, los disparos sobre el Fuerte Sumter iniciaron las hostilidades entre unionistas y confederados en Estados Unidos; en julio, el decreto del gobierno mexicano que suspendía por dos años el pago de la deuda y convenciones extranjeras le proporcionó a Francia el pretexto que la intervención necesitaba.

⁹⁸ Hidalgo a García Pimentel, Caburgo, 23 de agosto de 1889, citado en Fuentes Mares, *op. cit.* p.36.

Así, una vez que México había dado la justificación, Estados Unidos —ocupado en su guerra civil— daba permiso, España e Inglaterra otorgaban su apoyo, Austria un archiducado y el Papa su bendición, Napoleón III hubiera sido muy torpe de no aprovechar la ocasión, la cual había estado esperando por tanto tiempo. Por si todo esto no fuera suficiente, hubo en aquel instante histórico otros sucesos que, según varios observadores, influyeron sobre el emperador y precipitaron la acción.

Dos años antes, durante la guerra de reforma, el gobierno de Miramón, terriblemente necesitado de recursos, había contraído un préstamo con el financiero suizo Jean-Baptiste Jecker. Aunque la cantidad prestada no excedió, probablemente, los 75 mil pesos, Miramón entregó a Jecker, a cambio de ellos, bonos de la tesorería por un valor de 75 millones de francos. El desarrollo de la guerra perjudicó seriamente tanto al bando conservador como a la banca de Jecker y Co. Para cuando Miramón fue derrotado, en diciembre de 1860, el banco había caído en bancarrota. Cuando tuvo que liquidar, entre su pasivo se encontraban las acciones no vendidas.⁹⁹

Naturalmente, Juárez se negó a reconocer esta y cualquier otra deuda contraída por la facción enemiga, la cual, sin embargo, había sido reconocida por las potencias europeas como gobierno *de facto* y por lo tanto legítimo. Por ello, los accionistas de Jecker, súbditos franceses en su mayoría, se sintieron estafados cuando, en junio de 1861, el gobierno liberal declaró nulos los bonos que ellos habían comprado.¹⁰⁰

Velando por los intereses de los inversionistas perjudicados, Dubois de Saligny, que era ministro francés en México y que poseía, él mismo, algunos de los bonos Jecker, empezó a negociar con el ministro mexicano de Relaciones Exteriores, Francisco Zarco, con el

⁹⁹ A. Guerard, *op. cit.* p. 225.

¹⁰⁰ Carl H. Bock, Prelude to Tragedy. The Negotiation and Breakdown of the Tripartite Convention of London, October 31, 1861, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1966. pp. 60, 67.

fin de que su gobierno reconociera la validez de la deuda y pagara a los accionistas. Sin embargo, antes de que se llegara a un acuerdo, el decreto de suspensión de pagos detonó la crisis diplomática que condujo a la ruptura de relaciones y, finalmente, a la intervención.¹⁰¹

Entre los grandes inversionistas de Jecker se encontraba ni más ni menos que el duque de Morny, quien además era amigo personal del banquero suizo y protector de Saligny. Se dice que fue gracias a las influencias del duque que Jecker había podido obtener la nacionalidad francesa.¹⁰² Años después, el propio Jecker confesó haberle ofrecido un porcentaje importante de las ganancias si convencía a Napoleón III de que interviniera en México de inmediato.¹⁰³

Charles-Auguste-Louis-Joseph, duque de Morny, era hijo natural del general de Flahaut (quien a su vez era hijo ilegítimo de Talleyrand) y la reina Hortensia y, como tal, medio hermano del emperador. Había sido ministro del Interior y, desde 1854, era presidente del Cuerpo Legislativo. Es considerado como un símbolo de su tiempo, como una de las estrellas de la *fête impériale*¹⁰⁴ y como hombre de negocios dinámico y poco escrupuloso. Después de Napoleón, Morny era el hombre más poderoso del Segundo Imperio francés, al menos eso pensaban muchos.¹⁰⁵ Por todo ello, no hubiera sido raro el que, si sus intereses se vieron afectados por el *affaire* Jecker, su influencia tuviese alguna importancia para acelerar la puesta en práctica del Gran Designio.

¹⁰¹ Hanna, *op. cit.* pp. 39-40.

¹⁰² A. Guérard, *op. cit.* p. 225.

¹⁰³ Esta confesión, hecha en una carta escrita por Jecker a un funcionario del gobierno cuando Morny ya había muerto y no podía defenderse, tiene, según Manuel Tello, "un acentuado olor a chantaje". (Voces Favorables a México en el Cuerpo Legislativo de Francia (1862-1867) Recopilación, prólogo, notas y traducción de Manuel Tello, México, Senado de la República, 1967, p. 682).

¹⁰⁴ "La fiesta imperial": expresión usada tanto por los admiradores del régimen como por sus detractores para referirse a la prosperidad (o extravagancia) general y a la intensa (o frívola) vida social del periodo.

¹⁰⁵ A. Plessis, *op. cit.* p. 28.

Este argumento, según el cual la intervención fue una empresa corrupta que sirvió para avanzar intereses particulares, fue muy difundida por los opositores al gobierno imperial y por los enemigos de Morny, que no eran pocos. Sin embargo, según A. Plessis, era muy poca la influencia real que el duque tenía sobre el emperador, el cual siempre desconfió de él.¹⁰⁶ Además, como lo afirma Albert Guérard:

Morny, que sabía que su propio destino estaba ligado al del régimen, debió haber sido un estadista demasiado inteligente y un financiero demasiado astuto para abogar por 'echarle dinero bueno al malo'. Ciertamente no era su estilo cambiar el simple cobro de una deuda por un grandioso esquema de construcción de imperios. El desarrollo de todo el proyecto fue tal que careció del toque realista de Morny.¹⁰⁷

Al respecto, Émile Ollivier escribió: "mucho se ha asegurado que uno de los principales especuladores era Morny. No me encuentro en aptitud de afirmarlo ni de negarlo, pero puedo dar la seguridad más formal de que el emperador no tomó en consideración un solo minuto el crédito Jecker, del que sin duda no había oído hablar cuando se resolvió a enviar sus tropas a México".¹⁰⁸ Todo parece indicar, pues, que si el asunto de los bonos Jecker tuvo alguna influencia en la intervención europea en México, no fue, en modo alguno, determinante. De hecho, su efecto fue más bien perjudicial para la realización del proyecto: la objeción británica a la idea de incluir en las reclamaciones francesas la deuda en acciones de Jecker, fue una de las causas fundamentales de la ruptura de la alianza tripartita.¹⁰⁹

En realidad, la expedición conjunta de España, Francia e Inglaterra estaba predestinada a desintegrarse, (como lo hizo, en efecto, tras los acuerdos de La Soledad) debido a las prioridades de los tres participantes. Mientras los ingleses tenían intereses fundamentalmente económicos y los españoles obedecían órdenes de Prim, quien no creía en la posibi-

¹⁰⁶ *Loc. cit.*

¹⁰⁷ A. Guérard, *op. cit.* p. 226.

¹⁰⁸ E. Ollivier, *L'Expédition du Mexique*, citado en Tello, *op. cit.* p.681.

¹⁰⁹ Hanna, *op. cit.* p. 46.

lidad de una monarquía mexicana,¹¹⁰ Napoleón III no se conformaría con menos que instaurar un imperio en México, de acuerdo con su Gran Designio sobre las Américas. Según Guérard, no fue ni el cobro de la deuda ni la plata de Sonora lo que despertó la ambición en el emperador. Las motivaciones económicas de este tipo fueron apenas mera propaganda para justificar, a los ojos de los demás, su esquema político.¹¹¹ Aún sus críticos más severos han llegado a la conclusión de que Napoleón era, para usar la expresión de Christian Scheffer “deplorablemente desinteresado”¹¹². “Para él, dice Guérard, la política y la economía no eran sino simples instrumentos de su humanitarismo.”¹¹³

Cualesquiera que hayan sido sus verdaderas motivaciones, Napoleón III no se dio prisa en darlas a conocer. Actuando en secreto, según su costumbre, fue levantando poco a poco el velo que cubría sus planes para el Nuevo Continente, los cuales no empezaron a ser revelados al público hasta los últimos días de enero de 1862, cuando la prensa oficial y semioficial empezó a defender la idea de una monarquía en México. Sin embargo, no fue sino hasta el mes de noviembre cuando el diario oficial *Le Moniteur* expuso a la nación francesa la justificación del emperador de la intervención. La información fue ampliada poco después por un panfleto anónimo pero atribuido a la inspiración del propio Napoleón.¹¹⁴

Este folleto, titulado *La France, le Mexique et les Etats-Confédérés* contenía una severa acusación contra la Unión Americana, defendía la independencia de la Confederación y describía los propósitos imperiales de regenerar la América hispana. “El origen de la actual guerra en México —decía— está más que justificado por los agravios que Francia debe

¹¹⁰ Para entender la participación de los españoles en la expedición, *vid.* R. Falcón, *op. cit.* pp. 225-264.

¹¹¹ A. Guérard, *op. cit.* p. 226.

¹¹² Citado en *loc. cit.*

¹¹³ *Loc. cit.*

¹¹⁴ Hanna, *op. cit.* p. 57.

enderezar. El objeto de dicha guerra consiste en ayudar a los mexicanos a establecer, según su propia voluntad, un gobierno que tenga posibilidades de estabilidad.”¹¹⁵

Así pues, fueron los argumentos “humanitarios” los que empleó el emperador para justificar ante Francia y el mundo la expedición a México y la construcción de un imperio ahí. Es probable, en mi opinión, que las ganancias materiales que el proyecto podría aportar para su persona, para su familia y para su imperio, contribuyeran no en poco a decidir a Napoleón III. Unas motivaciones no tienen por qué excluir a otras, en una mente tan compleja como la suya. Incluso la contención del poderío estadounidense a favor del francés tenía para él una connotación altruista: estaba convencido de que la Doctrina Monroe era un seguro contra la civilización.¹¹⁶ El móvil económico, si existió, nunca fue empleado en los medios oficiales para dar justificación al Gran Designio. Pese a todo, Napoleón no era un hombre cínico.

En las instrucciones secretas que el emperador proporcionó al almirante Jurien de la Gravière, para su misión en México, dejaba claro que si la nación mexicana permanecía inerte y no se levantaba para apoyar a las fuerzas extranjeras, como Hidalgo y Gutiérrez Estrada habían prometido, si no existía en México un partido monárquico lo bastante fuerte, entonces “no tenemos más que atenernos a los términos de la Convención del 31 de octubre, y a no ocuparnos más que de los intereses precisos en vista de los cuales ésta ha sido concluida.”¹¹⁷ Sin embargo, para cuando la expedición llegó a costas veracruzanas a principios de 1862, del otro lado del Atlántico ya habían empezado los sondeos en Viena y en Miramar sobre la candidatura del archiduque Maximiliano. No importaba ya si los france-

¹¹⁵ Citado en *ibid.* p.59.

¹¹⁶ *Ibid.* p.62.

¹¹⁷ Thouvenel a Jurien de la Gravière, Instrucciones confidenciales. París, 11 de noviembre de 1861, citado en Fuentes Mares, *op. cit.* p.115.

ses encontraban en México apoyo o franca oposición por parte de la población: la decisión estaba tomada, el proceso estaba en marcha y era demasiado tarde para dar marcha atrás.

En una carta que Juan Prim escribió a Napoleón III, dos meses después de su llegada a México, expresaba su convicción de que había en México muy pocos hombres de sentimiento monárquico. Reconocía que el emperador contaba con el poder necesario para levantar un trono y sentar en él a Maximiliano, pero advertía también que para ese fin contaría sólo con el sostén de los jefes conservadores “emigrados, dispersos y vencidos”. También algunos hombres ricos lo apoyarán —concluía— para abandonarlo el día que el respaldo de Francia les falte “y el monarca caerá del trono elevado por V.M. el día que el manto imperial de V.M. deje de cubrirlo y escudarlo.”¹¹⁸

Ni la profética carta del general Prim ni las noticias de la derrota de Puebla, precisamente el día del cumpleaños de la emperatriz, sirvieron para desanimar a Napoleón. Tanto él como Eugenia estaban decididos a salvar a la nación mexicana y lo harían con o sin el consentimiento de ésta.

¹¹⁸ Prim a Napoleón; Orizaba, 17 de marzo de 1862, citado en Fuentes Mares, *op. cit.* p.121.

3.- EL CUERPO LEGISLATIVO

El papel de las asambleas

—Lord Illingworth, ¿puedo preguntar si considera la Cámara de los Lores mejor que la Cámara de los Comunes?

—Mucho mejor, desde luego: en la Cámara de los Lores nunca entramos en contacto con la opinión pública. Eso nos permite ser una institución civilizada.

OSCAR WILDE

Pese a las características innegablemente autoritarias del Segundo Imperio, éste no era un régimen monolítico. Por muy entusiasmado que Napoleón estuviera con la idea de la intervención en México, no la hubiera podido poner en práctica de no haber contado con la aprobación de los distintos órganos que conformaban su gobierno. Si bien es cierto que, como se dijo antes, las asambleas no fueron concebidas originalmente como contrapesos a la autoridad del emperador sino como meros instrumentos a su servicio, a lo largo de los años fueron cobrando cierta autonomía respecto al poder ejecutivo, especialmente en el caso del cuerpo legislativo. Es por eso que considero importante examinar su papel en el proceso de toma de decisiones.

La constitución de 1852 establecía tres asambleas —el senado, el consejo de estado y el cuerpo legislativo— delimitaba las funciones de cada una y definía su importancia, sumamente dispareja, entre otras cosas por la desproporción de los estipendios otorgados a sus miembros: los “hombres ilustres” que conformaban el senado recibían una pensión vitalicia de 30,000 francos anuales; los “hombres distinguidos” miembros del consejo de estado tenían derecho, mientras durara su cargo, a un estipendio de 25,000 francos; los diputados, en cambio, recibían apenas, de acuerdo a un *senatus consultum* (la constitución no mencionaba provisión alguna) 2,500 francos al mes durante las sesiones del cuerpo

naba provisión alguna) 2,500 francos al mes durante las sesiones del cuerpo legislativo, las cuales duraban sólo tres meses al año.¹¹⁹

El senado estaba compuesto por una pequeña proporción de miembros *de jure* (cardenales, mariscales, almirantes y “príncipes franceses”, es decir, miembros de la familia imperial) y por una mayoría de senadores nombrados de por vida por el emperador. Eran irremovibles, lo cual les confería cierta autonomía, pero, para limitar su independencia, el emperador podía nombrar más y más senadores a su gusto, mientras no hubiera más de 150. Además, el emperador nombraba al presidente y al vicepresidente del senado, y podía aprobar y promulgar sus decisiones, los *senatus consultum*.

El consejo de estado, por su parte, se componía de entre cuarenta y cincuenta miembros nombrados por el emperador y que podían ser destituidos por él. El propio emperador presidía las sesiones y nombraba un presidente que lo hiciera en su ausencia.

Por último estaba el cuerpo legislativo, la más independiente de las tres asambleas. Estaba compuesto por unos 270 diputados electos por sufragio universal (masculino, por supuesto). Cada diputado representaba únicamente a los ciudadanos de su distrito, por lo que la asamblea no reflejaba la voluntad popular sino fragmentada. Aunque los diputados no eran nombrados por el emperador, la inmensa mayoría eran candidatos oficiales.¹²⁰

Las tres asambleas participaban en el complejo proceso legislativo, al principio y al final del cual estaba, empero, el emperador. Éste proponía una ley; después de examinarla el consejo de estado, la pasaba al cuerpo legislativo como ‘propuesta de gobierno’. Una comisión de siete diputados revisaba la propuesta y podía proponer enmiendas, las cuales regresaban al consejo de estado, que tenía la facultad de aceptarlas, cambiarlas o rechazar-

¹¹⁹ A. Plessis, *op. cit.* p. 18.

¹²⁰ *Ibid.* pp.18-21.

las. Entonces, el proyecto de ley era revisado de nuevo por el cuerpo legislativo, el cual ya no podía enmendarlo, sólo aprobarlo o rechazarlo. Si pasaba, el senado se aseguraba de la constitucionalidad de la propuesta. El emperador podía entonces, cuando quisiera, promulgar la nueva ley. Todo esto ocurría en sesiones cerradas, lejos de los ojos del público, el cual sólo se enteraba una vez publicada la ley.¹²¹

Este sistema estaba diseñado para entorpecer la reforma y dificultar el cambio. En todo caso, éste sólo podía ocurrir cuando el emperador así lo deseaba y en el sentido que él quisiera, especialmente considerando que casi todos los miembros de las tres asambleas eran escogidos, directa o indirectamente, por el propio Napoleón, como si se tratase de ministros de su gabinete. Además, el completo desequilibrio de poder entre los tres órganos favorecía al régimen y perjudicaba al pueblo y sus representantes. Como lo dijo Victor Hugo: “En la tienda donde se hacen las leyes y los presupuestos, hay un amo, el consejo de estado, y un siervo, el cuerpo legislativo”.¹²²

Según Albert Guérard, la insignificancia del cuerpo legislativo fue hecha menos humillante gracias al tacto y al prestigio de su presidente, el duque de Morny. Además de ser medio hermano de Napoleón, Morny había dejado sentir su mano de hierro en el golpe de estado, era el más hábil financiero y tenía los modales y el estilo de un *grand seigneur*, lo cual no era poco importante en una época tan frívola como aquella. El emperador era el emperador y vivía en un mundo aparte, pero Morny brillaba en un plano más evidente, como un hombre al que los diputados electos podían entender, admirar y hasta tratar de imitar. “Orquestaba y dirigía, con mano maestra, la música del cuerpo legislativo. Hasta Jules Favre o Émile Ollivier contenían su apasionada elocuencia cuando él alzaba las cejas. Por

¹²¹ *Ibid.* pp.19-20.

¹²² V. Hugo, *Napoléon le Petit*, citado en *ibid.* p.40.

el contrario, podía hacer que un modesto diputado de provincia sintiera que estaba contribuyendo al manejo del poderoso imperio si le hacía una pregunta sobre un camino rural.”¹²³ El emperador sabía que, mientras el duque presidiera la asamblea, no tenía que temer una oposición peligrosa por parte de ésta.

A pesar de todo, según Alain Plessis, el cuerpo legislativo pudo irse librando gradualmente de la tutela del poder ejecutivo. En realidad, desde el principio, los diputados, no eran, ni siquiera los más sumisos, los “siervos” del consejo de estado a los que se refirió Hugo, ni los “reptiles” de los que se burlaba Montalembert. Aunque la candidatura de casi todos ellos había sido lanzada por el gobierno, ¿no eran los ciudadanos de su *arrondissement* quienes los habían elegido? ¿No eran los diputados hombres notables, conscientes de su importancia e independientes del régimen debido a su situación personal? Aunque devotos al emperador, los diputados estaban inclinados a ejercer sus facultades —por limitadas que estas fueran— con seriedad y responsabilidad. “Esta circunstancia —dice Plessis— les otorgaba una legitimidad moral y una autoridad especial: también introdujo en el sistema la fatal semilla de la evolución.”¹²⁴ Aún en su momento más autoritario, el gobierno dependía, en cierta medida, de la mayoría parlamentaria. El emperador tenía, pues, que tomar en cuenta las opiniones del cuerpo legislativo para cualquier decisión importante.

¹²³ A. Guérard, *op. cit.* p.255.

¹²⁴ A. Plessis, *op. cit.* p.41.

El imperio en transición

La libertad nunca ha contribuido a la fundación de un edificio político duradero; cuando el edificio ha sido consolidado por el tiempo, la libertad lo corona.

NAPOLEÓN III

Casi todos los historiadores del período señalan el principio de la década de 1860, precisamente la época de la aventura mexicana, como el punto más alto del Segundo Imperio y, por lo tanto, como el inicio de su declive. Fue ése el instante en que la autoridad imperial terminaba su proceso de consolidación y estaba a punto de empezar a resquebrajarse. Describen también aquel momento como un periodo de transición entre “el imperio autoritario” de los primeros años y el llamado “imperio liberal” posterior a 1869.

Si en ese punto, tras una década de reinado, acabada su misión de restaurar el orden y la prosperidad, Napoleón hubiera muerto repentinamente, si hubiera sido asesinado como lo fuera Enrique IV, aún sus adversarios —siempre exceptuando a Victor Hugo— habrían honrado su memoria como un gobernante bien intencionado, capaz y singularmente afortunado.¹²⁵ Sin embargo, el emperador estaba condenado a sobrevivir otra década. La intervención en México marcaría el principio de su lenta caída.

Pese a ser considerada la época de mayor auge y prosperidad material del régimen de Napoleón III, hacia finales del decenio de 1850, sus problemas y contradicciones intrínsecas no se habían resuelto. Los obreros de las grandes ciudades seguían negándose a reconocer al imperio como una genuina forma de democracia; los ultra conservadores no estaban con el gobierno, el cual apoyaba a la Iglesia, pero no se asumía incondicionalmente católico o clerical; la burguesía liberal, por su parte, añoraba un parlamento poderoso. Una vez consolidado el gobierno, ya que la anarquía no representaba más una amenaza, el reestableci-

¹²⁵ A. Guérard, *op. cit.* p.220.

miento del orden no era una fuente de legitimidad suficiente. El autoritarismo ya no se justificaba.

En verano de 1857, Napoleón III decidió disolver el cuerpo legislativo —el cual le resultaba cada vez menos sumiso— y convocar a elecciones. El resultado, no desfavorable al régimen, pero menos conveniente de lo que el emperador esperaba, reflejaba el descontento, apenas incipiente, de la población. Aunque los candidatos oficiales ganaron en la mayoría de los distritos, cuando la asamblea se reunió en noviembre, tenía a cinco diputados republicanos: Jules Favre, Émile Ollivier, Ernest Picard, Hénon y Darimon¹²⁶, todos grandes oradores y escritores. Esta facción, conocida en toda Francia como *Les Cinq*, se hizo célebre por su oposición, fútil pero franca y, sobre todo, constante, al gobierno. Después de las elecciones de 1863, el número de diputados opositores crecería de cinco a once; pasadas las de 1865 aumentaría aún más.¹²⁷

Consciente de la crisis de legitimidad por la que pasaba el régimen, Napoleón emprendió algunas medidas para liberalizarlo gradualmente. En un intento por congraciarse con los republicanos, proclamó un decreto el 15 de agosto de 1859 concediendo completa y total amnistía a todas las personas condenadas por crímenes y ofensas políticas o sujetas a medidas de seguridad. Los exiliados volvieron a casa, con la excepción de algunos irreconciliables, como Victor Hugo o Edgar Quinet.¹²⁸

El 24 de noviembre de 1860 se publicó otro decreto que sorprendió tanto a los ministros (que no supieron de él sino hasta dos días antes de su publicación) como a la opinión

¹²⁶ Alfred J. y Kathryn A. Hanna dicen que, en vez de los dos últimos, eran Adolphe Thiers y Antoine Berryer (*op. cit.* p.126) dato en que ningún otro autor coincide. En realidad, ni Thiers ni Berryer eran republicanos, ni pertenecían al grupo de Los Cinco ni fueron electos hasta 1863.

¹²⁷ Frank E. Lally, *French Opposition to the Mexican Policy of the Second Empire*, 1931, citado en Hanna, *op. cit.* p.126.

¹²⁸ A. Plessis, *op. cit.* p. 150.

pública.¹²⁹ En él se confería a los diputados y senadores el derecho a votar una alocución o mensaje en respuesta al llamado “discurso del Trono” con el que el emperador inauguraba cada periodo de sesiones. Durante la discusión de la alocución, los ministros designados por el emperador para tal fin, explicarían y defenderían ante las dos cámaras las políticas gubernamentales. De este modo, sería posible revisar, al menos una vez al año, los principales errores de las políticas nacionales.¹³⁰ Como corolario, por un *senatus consultum* del 2 de febrero de 1861, *Le Moniteur* y todos los periódicos obtuvieron permiso para publicar transcripciones estenográficas completas de los debates en ambas asambleas. El público ya no ignoraría el desarrollo de estos procedimientos.¹³¹

Cuando, en referencia a estas medidas, Morny preguntó a Émile Ollivier: “¿Está usted satisfecho?” el diputado republicano respondió “Si lo que usted quiere es no ir más allá, está perdido; si es un comienzo, tiene razón.”¹³² En efecto, el impacto de las reformas no debe exagerarse, no fueron sino matices parlamentaristas o liberales en un régimen que podía catalogarse como autoritario. Sin embargo, creo importante mencionar estos cambios, aunque muy limitados, pues sirven para explicar el contexto en el que se tomó la decisión de gastar millones de francos y mandar a miles de soldados al otro lado del océano para instaurar una monarquía en México.

¹²⁹ *Ibid.* p.150

¹³⁰ A. Guérard, *op. cit.* p.257.

¹³¹ A. Plessis, *op. cit.* p.151.

¹³² A. Guérard, *op. cit.* p.257.

México y el cuerpo legislativo

Honor a los cinco diputados que en la cuestión de México han defendido los derechos de esta pobre República, atacados con felonía por el hombre del 2 de diciembre. Honor a los cinco diputados pertenecientes al número, demasiado corto por desgracia, de esos seres privilegiados que han hambre y sed de justicia, que anteponen a toda consideración el cumplimiento del deber.

JOSÉ MARÍA IGLESIAS

El 17 de enero de 1862, al inaugurarse el período de sesiones del cuerpo legislativo, Napoleón III pronunció un discurso en el cual, por primera vez, se mencionaba el tema de México en dicha asamblea.

Los anamitas resisten débilmente nuestra dominación –dijo- y no nos encontraríamos en lucha contra nadie si, en México, los procedimientos de un gobierno sin escrúpulos no nos hubieran obligado a unirnos con España e Inglaterra para proteger a nuestros nacionales y reprimir atentados contra la humanidad y el derecho de gentes [...] De este conflicto nada puede surgir que sea de naturaleza a alterar la confianza en el porvenir.¹³³

Curiosamente, no fue ninguno de *les Cinq* el primer diputado en reaccionar contra las palabras del emperador, sino un miembro de la mayoría, Achille Jubinal, quien, en palabras de Matías Romero, “fue el primero en hablar respecto de México y lo hizo en términos bastante razonables”.¹³⁴ En un breve discurso pronunciado al inicio de la sesión del 13 de marzo, Jubinal hizo alusión a los rumores, según los cuales, la expedición tenía por fin establecer en México un gobierno monárquico. Luego dijo:

Si vamos a México, señores, para defender a nuestros nacionales y proteger eficazmente nuestros intereses, no tengo sino agradecimiento para el gobierno del emperador. Si, por el contrario, vamos a México con el deliberado propósito, poniéndonos así a la zaga de conspiradores vulgares, cuyos nombres han sido publicados por la prensa, para destituir a un gobierno libre, para derrocar a una potencia independiente y para imponer a una nación, que no depende sino de

¹³³ Citado en *Voces favorables...* *op. cit.*, p.3.

¹³⁴ Citado en *ibid.* p. 655.

ella misma, una forma de gobierno cualquiera, en ese caso me permitiría preguntar al gobierno qué sucede con ese gran principio de la no intervención, que él mismo ha proclamado en otras partes y que tan bien ha hecho respetar.¹³⁵

Jubinal concluyó su discurso pidiendo a “los señores comisionados del gobierno” que tuvieran a bien darle a la asamblea algunas explicaciones sobre la verdadera naturaleza de la expedición. Los diputados republicanos irían aún más lejos. Jules Favre tomó la palabra para defender con enardecida elocuencia la independencia de México y para proponer, en nombre de los cinco diputados de oposición, una enmienda al mensaje del cuerpo legislativo. Ésta era: “Vemos con pena que principia la expedición a México. Aparentemente, su objetivo es intervenir en los asuntos de un pueblo. Instamos al gobierno a que no persiga sino la reparación de nuestros agravios.”¹³⁶

Ese mismo día, la enmienda fue votada y derrotada. Después de todo, la inmensa mayoría de los diputados eran leales al gobierno que los había designado. El texto que se aprobó decía, pues, lo que sigue:

Las expediciones a China, Cochinchina y México han sido emprendidas para vengar el honor de Francia y proteger a nuestros nacionales. Deseamos que esas empresas lejanas y costosas aseguren el respeto debido a nuestro pabellón y abran a nuestro comercio durables mercados.¹³⁷

En una sesión posterior, Jules Favre volvió a hablar contra la intervención en México, la cual, según dijo a la asamblea, no tenía por objeto defender a los intereses de Francia, sino, en todo caso, los intereses de Morny, aludiendo al escándalo de los bonos Jecker.¹³⁸ La tensión que se sintió en la asamblea debió ser grande cuando el propio presidente era acusado en forma tan directa. Como buen republicano, Favre habló a favor del régimen de Juárez y del derecho del pueblo mexicano a elegir su propia forma de gobierno.

¹³⁵ Citado en *ibid.* p. 8.

¹³⁶ Citado en *ibid.* p. 33.

¹³⁷ *Loc. cit.*

¹³⁸ Véase el capítulo 2.

Al principiar el periodo de sesiones del año siguiente, 1863, la alusión al tema en el discurso del emperador fue muy breve. “Las expediciones a China, Cochinchina y México —se limitó a decir— demuestran que no hay países, por lejanos que estén, en donde quede sin castigo un atentado contra el honor de Francia.”¹³⁹ Sin embargo, para entonces ya se tenía noticia de los planes de Napoleón para elevar un trono en México y sentar en él a Maximiliano, se sabía ya del rompimiento de la alianza tripartita y de la derrota en Puebla y se entendían mejor los riesgos de la intervención. Los cinco diputados de oposición no dejarían pasar el período de sesiones sin hacer todo lo posible para detener el Gran Designio del emperador.

A pesar de los enardecidos discursos de Jules Favre y Ernest Picard, pronunciados el 6 y el 7 de febrero, la mayoría seguía estando del lado del gobierno, por lo que no se aprobó la enmienda propuesta por los republicanos, en la cual, después de expresar la admiración de la asamblea por el heroísmo de los soldados franceses, se acusaba a la expedición de estar mal definida, de ser aventurada y de ir en contra de los principios y los intereses de la nación. El mensaje que fue leído al emperador decía, en cambio, como sigue:

Vuestra Majestad había pactado la expedición de México con dos grandes potencias cuya cooperación habría tenido por objeto, sin duda alguna, reducir los esfuerzos de Francia. Ahora que se ha quedado sola para obtener una necesaria satisfacción, tenéis razón en pensar, señor, que el cuerpo legislativo no vacilará en secundaros. Esperamos el término feliz y próximo de esta guerra, en la cual nuestro ejército y nuestra marina dan pruebas de su constancia y de su valor, y deseamos que de todo eso pueda surgir un gobierno estable, respetuoso de las leyes y los tratados y que permanezca aliado a Francia.¹⁴⁰

Aquel año, treinta y dos nuevos diputados de oposición —diecisiete de los cuales eran republicanos— ocuparon asientos en la asamblea. Entre ellos destacaba, por su intransigencia tanto con los conservadores como con los socialistas, el liberal Adolphe Thiers, quien, a

¹³⁹ Citado en *ibid.* p. 69.

¹⁴⁰ Citado en *ibid.* p. 133.

partir de entonces representaría en la cámara el principio del parlamentarismo, esencialmente contrario al cesarismo bonapartista. El emperador sabía que, en adelante, tendría que ser cuidadoso con el cuerpo legislativo, ya que, de lo contrario, podría perder su apoyo.

En su discurso inaugural del periodo de sesiones de 1864, Napoleón se preocupó más que en los años anteriores por justificar la intervención, cuyo propósito real era ya inoculable. Según declaró, las poblaciones mexicanas veían llegar a las tropas francesas “como libertadores.” Los esfuerzos y sacrificios de Francia en México, dijo, se verían recompensados “cuando los destinos de ese país, que nos deberá su regeneración, hayan sido confiados a un príncipe a quien sus luces y sus calidades hacen digno de una misión tan noble”.¹⁴¹

El 8 de enero, al discutirse el presupuesto extraordinario que el gobierno pedía para financiar la guerra, la cual estaba resultando mucho más costosa de lo previsto, el diputado legitimista Pierre-Antoine Berryer dio un discurso en el que criticaba, con argumentos económicos, la intervención. José Manuel Hidalgo, que sin duda leyó la transcripción en *Le Moniteur*, lo narra de la siguiente manera:

El ilustre Berryer, amigo y órgano del conde de Chambord,¹⁴² haciendo caso omiso de que la empresa había de establecer ahí el principio monárquico que le era tan caro, pronunció un discurso violento contra la idea de fundar un imperio, con el mismo encono que hubiera podido hacerlo un republicano, de cuyo partido recibió aplausos que debieron sonrojarlo...¹⁴³

En ésa y en sesiones posteriores, siguieron los discursos de Adolphe Gueroult, de Thiers y de Favre. En todos ellos se pedía la retirada inmediata de las fuerzas francesas de México. Y ya no sólo se defendían los principios de soberanía nacional, de libre determinación de los pueblos y de no intervención, ahora que la guerra parecía prolongarse eternamente, lo que estaba en juego eran los intereses materiales de la propia ciudadanía francesa,

¹⁴¹ Citado en *ibid.* p. 137.

¹⁴² Heredero de los reyes Borbones y pretendiente “legítimo” a la corona de Francia.

¹⁴³ Citado en *ibid.* p. 714.

cuyos impuestos se usaban para financiar la expedición, y cuyos hijos y esposos eran enviados a morir para defender una causa injustificada. A los ojos de la gente, y de los legisladores que la representaban, la intervención ya no parecía valer la pena. En ese espíritu se propuso la siguiente enmienda al mensaje de alocución del cuerpo legislativo:

Al aplaudir el valor y la heroica perseverancia de sus soldados, Francia se preocupa por las proporciones y la duración de la expedición a México y desea ardentemente que una pronta conclusión haga cesar los sacrificios que esta expedición nos cuesta y evite las complicaciones políticas a que pudiera dar ocasión.¹⁴⁴

El 27 de enero, antes de que el duque de Morny, el presidente del cuerpo legislativo, pusiera a votación la enmienda, el ministro sin cartera Eugène Rouher pronunció un largo discurso para refutar los argumentos del grupo de legisladores de oposición que la propusieron. A este pequeño grupo se unieron varios diputados, al grado que la enmienda obtuvo 47 votos a favor. De todos modos, fueron 207 los que votaron en contra y el mensaje pasó sin enmiendas. Aún así, el entusiasmo que se expresaba por la expedición mexicana era ya bastante menor al de años anteriores. Aunque se reconocía que la empresa era digna de respeto —ya no de gloria— el texto concluía expresando la esperanza de los diputados de ver realizados próximamente “los buenos resultados que V. M. nos hace esperar”.¹⁴⁵

En el periodo de sesiones de 1865, ya instaurado el Segundo Imperio en México, los debates del cuerpo legislativo no se enfriaron. Según la retórica oficial, el nuevo trono ya se consolidaba, el país se estaba pacificando y la expedición francesa, cuyos costos habían sido menores a sus éxitos, estaba próxima a llegar a su fin. Tal postura, sostenida por Napoleón en su discurso inaugural y defendida por el ministro Rouher, era cuestionada, sistemáticamente, por los legisladores de oposición. Jules Favre insistió en la importancia de las

¹⁴⁴ Citado en *ibid.* p. 277.

¹⁴⁵ *Loc. cit.*

relaciones amistosas con Estados Unidos. “Es difícil imaginar —decía— con qué profundidad ha herido el corazón de América nuestra expedición a México”; Ernest Picard, por su parte, puso en duda el cuadro color de rosa de la prosperidad y la paz mexicanas pintado por los representantes del gobierno¹⁴⁶; los diputados Pilchon, Glais-Bizoin y Thiers hablaron elocuentemente para lamentar la sangre vertida por una causa injusta.

Para colmo, el 8 de mayo de ese mismo año falleció el duque de Morny, el único hombre que, según A. Guérard, hubiera sido capaz de reconciliar las opiniones de los republicanos con las del emperador.¹⁴⁷ Fue sustituido en la presidencia del cuerpo legislativo por el vicepresidente Eugène Schneider, un empresario infinitamente menos respetado, admirado y temido que su antecesor.

El público francés, que podía leer en la prensa los debates del cuerpo legislativo y los discursos de los diputados de oposición, se mostraba cada vez más hostil a la expedición. Así, al comenzar los periodos de sesiones de 1866 y de 1867, el emperador prometió en sus discursos que, consolidado el gobierno de Maximiliano, los soldados franceses podían regresar a casa. Ya que el “elevado propósito” de la intervención se había cumplido, ésta tocaba a su fin.¹⁴⁸

Hasta que esta promesa no se hizo realidad, los legisladores de la oposición siguieron pronunciando, cotidianamente, enardecidos discursos condenando lo que veían como “la aventura mexicana” y proponiendo enmiendas al mensaje del cuerpo legislativo para exigirle al gobierno poner fin de una vez a la guerra. Sin embargo, y pese a la gran impopularidad en la que había caído la costosa intervención, las reiteradas promesas de Napoleón III, el

¹⁴⁶ *Vid. Hanna, op. cit.* p.126.

¹⁴⁷ *Op. cit.* p.259.

¹⁴⁸ La opinión del público francés sobre la Intervención en México, a la que se refiere el siguiente capítulo, es un factor de gran importancia para explicar la posición de los miembros cuerpo legislativo a ese respecto.

aparente triunfo de la expedición y la lealtad que la mayoría de los diputados aún sentía por el emperador, hicieron que las enmiendas nunca pasaran y que los mensajes del cuerpo legislativo en respuesta al discurso del trono sólo contuvieran felicitaciones al gobierno imperial por sus éxitos allende el océano.

El contenido de los debates del cuerpo legislativo, transcritos en los periódicos franceses, era conocido con bastante rapidez en el resto del Mundo. En México, por obvias razones, se seguían con mucha atención. Tanto las publicaciones liberales como las conservadoras reproducían los discursos pronunciados en la asamblea y los comentaban detalladamente, lo cual permitía al público mexicano enterarse de lo que se decía en un lugar tan lejano como París, pero que tendría implicaciones tan graves y tan directas para el destino de su país.

Uno de los observadores más atentos de cuanto ocurría en el cuerpo legislativo francés fue, sin duda, José María Iglesias, quien era responsable de la redacción de *Las Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*. Esta publicación, órgano de información del gobierno de Juárez, tenía como fin dar a conocer al público mexicano y en los países extranjeros la grave situación por la que atravesaba la República. Dichas revistas — más bien folletos de pocas páginas— fueron publicadas sin interrupción, por lo menos una vez al mes, desde abril de 1862 hasta julio de 1864. Las vicisitudes que experimentó el gobierno de Juárez durante la época del Imperio impidieron la publicación mensual de las revistas, pero de una manera irregular siguieron apareciendo hasta el 30 de octubre de 1866. Al año siguiente fueron publicadas en forma de libro.¹⁴⁹

¹⁴⁹ Vid. José María Iglesias, *Las Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*, Introducción de Martín Quirarte, “Sepan cuántos...” (47) México, Porrúa, 1966.

En ellas, Iglesias hacía referencias constantes a la vida política de Francia, a los debates de su cuerpo legislativo y a la opinión pública en general. A diferencia de lo que hacía la prensa oficial —como *El Diario del Imperio*— que reportaba siempre y sin la menor crítica las palabras de Napolón III y de sus ministros a favor de la intervención, Iglesias las criticaba, las cuestionaba y las confrontaba con los discursos de los diputados de oposición, a quienes no faltaban elogios en las páginas de sus revistas.

Así, por ejemplo, el 12 de agosto de 1862, toda la revista estaba dedicada al comentario del discurso pronunciado por Monsieur Billault, ministro sin cartera, sobre la política del emperador en México. Como muestra de su estilo, y del de toda la prensa liberal, transcribo aquí su primer párrafo:

Los periódicos han publicado en estos últimos días el elocuente discurso de Julio Favre sobre la injusticia de la guerra que nos hace la Francia y la poco satisfactoria respuesta del ministro sin cartera Billault. Aunque lo dicho por el órgano del gobierno imperial revela por sí mismo cuán difícil es defender a una mala causa, cumple a nuestro deber, en asunto de tan vital importancia, no permitir que pasen sin comentario las falsedades, las exageraciones, los absurdos, las iniquidades con que ha pretendido justificarse una empresa por todos títulos atentatoria y bárbara.¹⁵⁰

¹⁵⁰ *Ibid.* p.31.

4.- LA OPINIÓN PÚBLICA

El Segundo Imperio y el “pueblo”

El mito del pueblo es el más fascinante y el más oscuro, al mismo tiempo, el más inmotivado y el más funcional en la lucha por el poder político.

LUDOVICO INCISA

Como he explicado anteriormente, el régimen de Napoleón III distaba mucho de ser una democracia, al menos como ésta se entiende actualmente. Sin embargo, la voluntad popular jugó, desde el inicio, un papel fundamental en el imperio, ya que, según la retórica oficial, era de ahí y no de otra fuente de donde se derivaban tanto la legitimidad como la estabilidad que faltaban en monarquías anteriores. En consecuencia, la opinión del público debía tener la posibilidad de expresarse, en todo momento, mediante sufragio universal. La constitución establecía dos vías para ello.¹⁵¹

La primera y más importante era el canal imperial. Aún siendo emperador, Luis Napoleón permaneció, de acuerdo con la constitución, “responsable ante el pueblo francés, al que siempre tendría derecho a apelar”. La responsabilidad personal del emperador ante su pueblo, el cual, según la proclama del 2 de diciembre, era el único soberano que él reconocía, era consustancial al régimen. Este principio entraba en juego por el mecanismo de “llamado” (*appel*) al pueblo, conocido comúnmente como plebiscito. Éste, que podía incluir tanto temas constitucionales como la elección de un hombre, era bastante similar a lo

¹⁵¹ A. Plessis, *op. cit.* p. 21.

que en la Quinta República se llama referéndum. Así, el imperio, un régimen personal con raíces en las masas populares, recurría a ellas en busca de aprobación para las decisiones cruciales.¹⁵² Pretendía ser, de este modo, la expresión de la democracia directa encarnada en un hombre, habiendo eliminado —en la medida de lo posible— todos aquellos poderes intermedios que, invariablemente, generan privilegios.¹⁵³

En la práctica, de cualquier modo, la importancia relativa de esta vía de expresión se vio bastante limitada. Como el emperador recurría al pueblo sólo cuando así lo deseaba, nada lo obligaba a hacer uso frecuente de los plebiscitos, haberlo hecho así hubiera sido poco conveniente: un resultado negativo o aún medianamente positivo hubiese ido contra la legitimidad napoleónica y provocado una crisis en el régimen. Era mejor, pues, conformarse con los milagrosos resultados de las votaciones anteriores, como aquella que sancionó la coronación de Bonaparte y el principio del imperio. Después de entonces, no se celebró ni un solo plebiscito, sino hasta el último momento, en mayo de 1870.¹⁵⁴

Existía otro canal para la expresión de la voluntad popular. A diferencia del plebiscito, que representaba la democracia directa, éste era la manifestación de la democracia representativa, casi parlamentaria. Se trataba del cuerpo legislativo, del que hablé en el capítulo anterior. Sus miembros eran electos por todos los ciudadanos varones mayores de veintún años que pudieran probar seis meses de residencia ininterrumpida en un mismo lugar. Los candidatos necesitaban la mayoría absoluta de los votos para ser electos, de lo contrario, seguía una segunda ronda en la que bastaba una mayoría relativa. La densidad de población servía como criterio para dividir cada departamento en distritos electorales, cada uno correspondiente a 350 000 votantes. Finalmente, un solo diputado era electo por distri-

¹⁵² *Loc. cit.*

¹⁵³ A. Guérard, *op. cit.* p. 284.

¹⁵⁴ A. Plessis, *op. cit.* p.22.

to. Como cada legislador representaba únicamente al *arrondissement* donde había sido elegido, el cuerpo legislativo no podía reflejar la voluntad de la nación sino de forma fragmentada, como lo haría un espejo roto. Las elecciones legislativas se sucedían con intervalos muy largos, ya que la asamblea no se renovaba sino cada seis años.¹⁵⁵

En principio, los diputados debían representar la voluntad de sus distritos y no de los distintos partidos políticos. Según la concepción de Napoleón III, un Estado eficiente debía estar por encima de toda controversia, de todas las clases y de todas las ideologías, debía representar sólo aquellos intereses que no pueden dividirse y de los que cada uno de los franceses, sin importar sus opiniones particulares, participa; una idea totalmente contraria al sistema multipartidista que fundamenta todo régimen parlamentario.¹⁵⁶ Con ella en mente, se eliminó el 'sistema de listas' para elegir a los miembros del cuerpo legislativo, de modo que las grandes corrientes de opinión no pudieran manifestarse abiertamente. En su lugar se adoptó otro sistema, descrito arriba, en el que los electores votaban por los candidatos con base en su posición personal y no en la de su partido.¹⁵⁷

El duque de Persigny, el máximo exponente del bonapartismo en el gobierno, aún más que el propio Bonaparte,¹⁵⁸ lo expresó claramente cuando dijo: "Un pueblo debe estar unido antes de que pueda ser libre y todo lo que retrase la fusión de los partidos en la gran familia del Estado, también retrasa el disfrute de la libertad."¹⁵⁹ Para él, como para el emperador, la democracia multipartidista, plural y representativa como se la entiende hoy no era sólo innecesaria, era un obstáculo para la libertad.

¹⁵⁵ *Loc. cit.*

¹⁵⁶ A. Guérard, *op. cit.* p. 284.

¹⁵⁷ A. Plessis, *op. cit.* p.22.

¹⁵⁸ Napoleón III llegó a decir, "¿Cómo se espera que el imperio pueda funcionar? La emperatriz es legitimista, Morny es orleanista, mi primo Napoleón es republicano, yo mismo soy socialista. Sólo Persigny es bonapartista, pero él está loco." (A. Guérard, *op. cit.* p.146)

¹⁵⁹ Citado en A. Plessis, *op. cit.* p.14

Dada la ausencia de plebiscitos, las elecciones legislativas eran la única posibilidad para que el gobierno tomara la temperatura del cuerpo electoral y para que la gente pudiera hacerse oír regularmente, aunque fuera sólo cada seis años. Cada una de estas votaciones era una especie de plebiscito, un sustituto de voto de confianza al emperador. De ahí la importancia de sus resultados. Si la maquinaria estatal empleaba cuantiosos recursos y hacía grandes esfuerzos, legales e ilegales, para influir en las elecciones de los diputados y asegurar el triunfo de los candidatos oficiales, no era tanto por miedo a la oposición en el cuerpo legislativo —el cual, de cualquier modo, tenía facultades muy limitadas— sino a causa de la legitimidad democrática que obtenía por ese medio.¹⁶⁰

Como expliqué en el segundo capítulo, el emperador estaba convencido de que el único medio de prevenir una revolución era la satisfacción de las necesidades legítimas del pueblo. Esta concepción, profundamente antirrevolucionaria, entrañaba, al mismo tiempo algo de progresista: Napoleón, quien se decía socialista, sentía una preocupación genuina por el bienestar de ‘las masas’. No es coincidencia que esta palabra empezara a emplearse en el lenguaje político precisamente en esa época. Ya en 1850, cuando era presidente de la república, Madame Donse, la suegra de Thiers, había dicho de Bonaparte: “su caballito de palo es el pueblo”.¹⁶¹ Y es que, como nunca contó con el apoyo incondicional de la nobleza, ni de la iglesia, ni de la burguesía, ni de los obreros, Napoleón III siempre consideró que “el pueblo”, esta categoría imposible de definir, que los englobaba a todos y a nadie, era su principal soporte.

De acuerdo con el *Diccionario de Política* de Bobbio, pueden ser definidas como populistas “aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado como conjunto

¹⁶⁰ *Ibid.* p.23.

¹⁶¹ Citado en *ibid.* p.10.

social homogéneo y como depositario exclusivo de valores positivos, específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia.”¹⁶² Si aceptamos esta definición, el régimen de Napoleón III puede ser considerado, sin problemas, como populista.¹⁶³ Expresiones como ‘el pueblo’, ‘las masas’, ‘la ciudadanía’, ‘la voluntad general’, ‘la soberanía popular’, eran empleadas frecuentemente, en el sentido antes descrito, en el discurso de la élite política del Segundo Imperio. Sólo aquellos opositores al régimen que, como Adolphe Thiers, desconfiaban de la legitimidad carismática del emperador y de la democracia directa, empleaban expresiones como “el populacho” o “la vil multitud”.¹⁶⁴

Según Soledad Loaeza, las todas las versiones de populismo “comparten por lo menos tres elementos: una relación vertical entre un líder y las masas; una visión idealizada del *pueblo* [...] como un actor político interclasista, depositario de virtudes y víctima de los poderosos; y una profunda aversión a las instituciones centrales de la democracia representativa: partidos políticos y parlamentos.”¹⁶⁵ Como expliqué antes, el bonapartismo reunía estas características, lo cual confirma, a mi modo de ver, el carácter populista del régimen.

Si bien la democracia en el Segundo Imperio era más un elemento retórico que una realidad, yo creo, como Albert O. Hirschman, que la ideología expresada en discurso, no es simplemente una máscara al servicio de la clase dirigente que no sirve más que para legitimar *a posteriori* la imposición de sus intereses. De hecho, el discurso descubre, según este

¹⁶² Norberto Bobbio, Incola Matelucci y Gianfranco Pasquino, Diccionario de política Trad. J.Aricó, M. Soler y J.Tula, 6ª ed., México, siglo XXI, 1991, s.v. POPULISMO.

¹⁶³ Para una definición más completa de “populismo”, véase la compilación de artículos de Ernest Gellner y Ghita Ionescu, Populismo. Su significado y características nacionales. Buenos Aires, Amorrortu (Biblioteca de Sociología), 1969.

¹⁶⁴ Vid. A. Guérard *op. cit.* pp.248-9.

¹⁶⁵ Soledad Loaeza, “La presencia populista en México” en Guy Hermet, Soledad Loaeza y Jean-François Prud’homme (compiladores), Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos, México, El Colegio de México, 2001, p. 365.

autor, “los tabúes, restricciones y prejuicios que tienen influencias importantes sobre la naturaleza y el camino de los proyectos que expresan”.¹⁶⁶

Napoleón III no pretendía reinar por derecho divino ni descendía, como los monarcas anteriores, de Carlomagno ni de San Luis, por lo que no contaba con verdadera legitimidad tradicional. Además, para 1860, la legitimidad revolucionaria del régimen, producto de los sucesos de 1848, se estaba agotando. Tampoco podía hablarse, todavía, de una legitimidad de tipo burocrático-legal. Así pues, la mayor parte de la legitimidad del imperio se derivaba de la aprobación de sus súbditos, aprobación cada vez menos incondicional. No debe menospreciarse, pues, la importancia simbólica y real de la opinión pública para el gobierno imperial y la influencia –acotada pero existente- de lo que ahora podríamos llamar la sociedad civil en el proceso de toma de decisiones, incluso de aquellas de política exterior, la cual ha sido considerada, tradicionalmente, como “un deporte de príncipes”.

Un claro ejemplo de ello fue el papel que jugó Francia en la llamada “cuestión romana”. Aunque Napoleón, como defensor de las nacionalidades, simpatizaba con la causa de la unidad italiana, sólo pudo brindarle su apoyo mientras no se amenazara el poder temporal del Papa, debido a la presión de los católicos en su propio país, encabezados por la propia emperatriz. Aunque el emperador en persona había luchado al lado de los ejércitos del Piamonte contra los austriacos, tropas francesas permanecieron en Roma por varios años para proteger la integridad territorial de los estados pontificios. Estas acciones contradictorias se debieron, en buena medida, a la influencia de la sociedad francesa, la cual no le hubiera perdonado a su gobierno cualquier medida en contra de la cabeza de una Iglesia por la que todavía sentía gran devoción.

¹⁶⁶ Albert O. Hirschman, “Ideología: ¿máscara o túnica de Neso?” citado en E. Pani, *op. cit.* p. 25.

Aún sin la posibilidad de agruparse en partidos políticos, sin la capacidad de elegir a sus gobernantes y sin el derecho de expresarse libremente en la prensa, la opinión pública sabía hacerse oír.

El imaginario político de los franceses

Seguimos siendo galos, y si amamos la guerra, no somos menos sensibles a la elocuencia, pues la elocuencia es la libertad.

ÉMILE OLLIVIER

Según Juan Linz, los regímenes autoritarios no se guían por ideologías elaboradas, como los totalitarios, sino que tienen, más bien, mentalidades propias. Éstas se definen como “formas de pensar y de sentir, más emocionales que racionales, que proveen maneras no codificadas de reaccionar ante situaciones diferentes”.¹⁶⁷ Mientras una ideología es *contenido* intelectual, una mentalidad es *actitud* intelectual; es una predisposición psíquica; es amorfa, fluctuante. Las mentalidades son poco estrictas y no requieren el compromiso de los súbditos ni de los gobernantes, son más difíciles de imponer a las masas que las ideologías, “son menos susceptibles de ser usadas en la educación, menos propensas a entrar en conflicto con la religión o la ciencia y más difíciles de emplear como pruebas de lealtad”.¹⁶⁸ El Segundo Imperio francés era, sin lugar a dudas, un régimen autoritario y, como tal, tenía su propia mentalidad.

El ideal napoleónico de gobierno nacional, no partidista, era tan contrario al sistema de partidos múltiples de las democracias como al de un solo partido de los totalitarismos.

¹⁶⁷ Juan J. Linz, Totalitarian and Authoritarian Regimes, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers, 2000. p.162.

¹⁶⁸ *Ibid.* p.163.

Estrictamente hablando, el bonapartismo nunca fue un partido. Quizá haya sido concebido por sus creadores como una ideología, pero nunca pudo ser impuesto a toda la sociedad, ni siquiera a la toda la élite política. Según la expresión citada antes, el propio emperador decía que la emperatriz era legitimista, Morny orleanista, su primo Napoleón republicano, que él mismo era socialista y que sólo Persigny , que estaba loco, era bonapartista.¹⁶⁹

De acuerdo con Linz, “la compleja coalición de fuerzas, intereses, tradiciones políticas e instituciones —parte del pluralismo limitado [que caracteriza a los regímenes autoritarios]— requiere que los gobernantes usen como referente simbólico el mínimo denominador común de la coalición.”¹⁷⁰ Un sistema de pensamiento concreto, articulado, o explícito enajenaría a amplios sectores de la sociedad y haría necesario emplear, sistemáticamente, grandes recursos para reprimir a todos los que se negaran a aceptarlo, cosa que un régimen autoritario, por su naturaleza misma, no puede hacer; una actitud mental poco definida, con límites ambiguos y que no implique compromisos reales, en cambio, logra neutralizar a un máximo de oponentes potenciales, algo muy necesario dada la ausencia de masas movilizadas que apoyen al gobierno. Como no se manifiesta por escrito, puede modificarse con el tiempo y adaptarse a las cambiantes circunstancias. Es este mínimo denominador común de toda la sociedad, este referente simbólico compartido, lo que constituye la mentalidad del régimen o, para usar la expresión de Ortega y Gasset, el imaginario político.¹⁷¹

Para Erika Pani, este neologismo tiene la ventaja de abarcar los conceptos de “ideología” y “proyecto de estado” y trascenderlos. Ella considera preferible usar esta expresión, ya que, según explica,

¹⁶⁹ Citado en A. Guérard, *op. cit.* p.146

¹⁷⁰ Linz, *op. cit.* p.164.

¹⁷¹ José Ortega y Gasset, *Obras*, 1943, citado en E. Pani, *op. cit.* p. 24.

describe mejor el complicado entramado de visiones del mundo; de símbolos y representaciones; de principios, aspiraciones y prejuicios; de experiencias e influencias, de filias y fobias —las reprimidas y las que no lo están tanto— que componen el horizonte intelectual y cultural que comparte un grupo de hombres. El imaginario es también la “arquitectura ideal mediante la cual ordenan su realidad. Al referirnos al imaginario, rescatamos tanto un conjunto de ideas como la matriz social e intelectual que las produjo.”¹⁷²

Dado que la mentalidad o imaginario político de una comunidad tiene, por definición, un carácter tan complejo, tan vago, tan elusivo, resulta prácticamente imposible ofrecer una descripción completa. Yo no puedo —ni quiero— definir aquí la mentalidad de los franceses del Segundo Imperio, pero sí intentaré presentar algunos elementos de ella, especialmente aquellos que se relacionan con la intervención en México y que determinaron, de algún modo u otro, la opinión que se tuvo de ella en Francia.

El imaginario político de la sociedad francesa de mediados del siglo XIX, como el de todas o casi todas las sociedades occidentales de entonces, se nutría de varias corrientes de pensamiento y sistemas de ideas o creencias que no eran, ni tenían por qué ser, coherentes entre sí: una mentalidad, a diferencia de una ideología, puede darse el lujo de ser contradictoria. Cuatro de estos componentes, que considero de particular importancia para el tema que me ocupa, son el romanticismo, el liberalismo, el positivismo y el catolicismo. Si bien ninguno de los cuatro eran compartidos por la totalidad de los súbditos del Segundo Imperio, sí estaban lo suficientemente extendidos entre los franceses decimonónicos para constituir, entre los cuatro, el “mínimo común denominador de la coalición” al que se refería Linz.

Nacido como estilo literario, para la década de 1850, el romanticismo se había convertido en una corriente ideológica que influía en todo el mundo occidental. Isaiah Berlin lo

¹⁷² *Loc. cit.*

considera, ni más ni menos, “el cambio puntual ocurrido en la conciencia de Occidente en el curso de los siglos XIX y XX de más envergadura” y piensa que “todos los otros que tuvieron lugar durante ese periodo parecen, en comparación, menos importantes y estar, de todas maneras, profundamente influenciados por éste.”¹⁷³ Aunque como movimiento artístico de vanguardia ya había perdido mucho terreno frente al realismo y al naturalismo, había permeado la mentalidad de la gente —que seguía llenando los teatros para ver *La Dama de las Camelias*— al punto de convertirse en parte fundamental del imaginario político de la sociedad del Segundo Imperio. El romanticismo puede ser visto como una exaltación de todo lo individual, subjetivo, irracional, imaginativo, espontáneo y sentimental, en oposición a los preceptos de orden, calma, armonía, balance, idealización y racionalidad típicos del clasicismo del siglo XVIII;¹⁷⁴ en este sentido, representaba un claro rechazo al ideal de estabilidad y prosperidad material que, como he explicado, justificaba la dictadura de Napoleón III. Él mismo, paradójicamente, era un romántico en más de un sentido.

El emperador encarnaba, o creía encarnar, la figura excepcional, el héroe, por el que sintieron tanta preocupación los escritores románticos; compartía, además, su predilección por lo exótico y lo remoto, también su interés, casi obsesivo, en la cultura folklórica y los orígenes étnicos y culturales de las naciones.¹⁷⁵ Ambas inquietudes determinarían, en gran medida, el curso de su política exterior. Siempre tuvo la certeza, típica de la ilustración, pero también del romanticismo, en el progreso de la humanidad, de los pueblos y de los individuos. Según Guérard, de hecho, “la definición menos inadecuada [de la ideología de

¹⁷³ Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, edición de Henry Ardí, traducción de Silvina Marí, Madrid, Taurus, 2000.

¹⁷⁴ Vid. R. Falcón, *op. cit.* p.21.

¹⁷⁵ *Loc. cit.*

Bonaparte] podría ser *humanitarismo romántico*.”¹⁷⁶ Se dice que los pensadores románticos no eran filósofos sino profetas y Napoleón cumple perfectamente esta condición.

Pese al sentimiento de nostalgia por el pasado que caracteriza al romanticismo, al traducirse en pensamiento político, no siempre adoptó formas reaccionarias. Hubo románticos conservadores, como Chateaubriand, moderados, como Lamartine, y francamente revolucionarios, como Victor Hugo, cuyo prólogo a su drama *Cromwell* ha sido considerado un verdadero ‘Manifiesto Romántico’. Otros, como Musset y Gautier, eran sencillamente apáticos. La ambigüedad del romanticismo como corriente ideológica permitió que abarcara a los segmentos más variados, políticamente hablando, de la opinión pública francesa. Por ello lo menciono en primer lugar como elemento del imaginario político del Segundo Imperio.¹⁷⁷

Según el propio Hugo, “el romanticismo no es más que liberalismo en literatura”.¹⁷⁸ Y es que el credo liberal era el único que pudo estar tan extendido en la sociedad francesa decimonónica como el romántico, pues ningún otro es tan elástico, tan amplio y heterogéneo. De acuerdo con John Plamenatz, “el liberalismo –cuyo significado es histórico y, por lo tanto, multifacético y cambiante- puede reducirse, exagerando quizás, a la doctrina de pensamiento y acción políticos abocada a la defensa de ‘la libertad’ entendida ya en su sentido moderno, individualista”¹⁷⁹ A ello se debe que puedan considerarse liberales a una gama tan amplia de personajes: legitimistas, orleanistas, socialistas, bonapartistas, todos defendían, o decían defender, lo que cada uno entendía por libertad individual. Hasta José María Gutiérrez Estrada, un monárquico ultra conservador, observó la gran elasticidad del

¹⁷⁶ A. Guérard, *op. cit.* p.57.

¹⁷⁷ Para una caracterización más completa del romanticismo, véase Isaiah Berlin, *op. cit.*

¹⁷⁸ Citado en *ibid.* p.32.

¹⁷⁹ J. Plamenatz, “Liberalism”, citado en Pani, *op. cit.*p.28.

término 'liberal' y dijo, no sin un dejo de sarcasmo: “a pesar de todo, hasta *yo* puedo crearme liberal”.¹⁸⁰

En un régimen que se veía a sí mismo como heredero de los principios de 1789, como lo era el Segundo Imperio, la libertad tenía que ser uno de los conceptos clave en el discurso de la clase política. Aún en su momento más autoritario, el estado imperial justificaba sus acciones, su existencia misma, en nombre de la libertad. Napoleón III ofrecía a sus súbditos libertad de la dominación extranjera, libertad del desorden endémico, libertad de la crisis económica, todo ello a cambio de ceder algunos de sus derechos civiles —como la libertad de prensa— y, aún ello, sólo temporalmente. Como él lo dijo en la inauguración del periodo de sesiones de 1853: “La libertad nunca ha contribuido a los cimientos de un edificio político duradero; cuando el edificio ha sido consolidado por el tiempo, la libertad lo corona”.¹⁸¹ Hacia 1860, el edificio parecía bastante consolidado y listo para ser coronado.

Si bien, como he dicho, todos creían, o decían creer, en la libertad como ideal, eran cosas diferentes lo que cada quien defendía en su nombre. Mientras los republicanos pensaban que sólo la participación relativamente directa y frecuente del pueblo soberano en la cosa pública podía garantizar su libertad, había otros, quizá la mayoría, que opinaban que la libertad moderna era justamente lo contrario: la mayor independencia posible de los ciudadanos frente al Estado. Para este tipo de liberales, seguidores de Benjamin Constant, la libertad podía implicar seguridad, propiedad, ausencia de poder arbitrario, pero nunca igual-

¹⁸⁰ Citado en *ibid.* p.26

¹⁸¹ A. Plessis, *op. cit.* p.14.

dad. En esta versión más bien conservadora del liberalismo, la democracia era un peligro para la libertad, pues podía someter al individuo a la tiranía de las masas.¹⁸²

El movimiento positivista iniciado por Auguste Comte logró conciliar los conceptos, aparentemente opuestos, de orden y libertad, tan importantes ambos en la mentalidad del Segundo Imperio. Para él, después del estado teológico (el antiguo régimen) y del estado metafísico (la época revolucionaria) toda sociedad debe llegar al estado positivo, en el que con la ayuda de la ciencia, se alcanza, por fin, el ideal de “libertad ordenada”. En este nuevo orden todos los hombres reconocerían lo justo de su puesto en la sociedad, porque este puesto dependería de las capacidades de cada uno; pero esto no implicaría un desacuerdo social, sino simplemente el reconocimiento de que todas las clases son necesarias, de que todos tienen algunas obligaciones determinadas que cumplir.¹⁸³ Esta concepción, profundamente antirrevolucionaria, era perfectamente acorde con el pensamiento napoleónico.

Para los promotores de la libertad “justa”, “ordenada”, “razonable”, “positiva” sólo la razón y la ciencia —términos prácticamente intercambiables en el espíritu ilustrado decimonónico— debían dar forma a todas las acciones gubernamentales. En palabras de François Guizot: “Yo no creo ni en el derecho divino ni en la soberanía del pueblo, no puedo ver en ellos más que las usurpaciones de la fuerza. Yo creo en la soberanía de la razón, de la justicia, del derecho: éste es el soberano legítimo que busca el mundo.”¹⁸⁴

Así, en contraposición a los románticos, los positivistas buscaban aplicar los principios de razón y ciencia, tanto a la construcción de la máquina del gobierno —la administración— como a la creación de reglas que habrían de regular la convivencia social: las leyes. “La administración, dice Pani, era vista como el antídoto a la ‘estéril’ política. La política

¹⁸² Vid. E. Pani, *op. cit.* pp. 25-39.

¹⁸³ Vid. Leopoldo Zea, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, FCE, 1985, pp. 48-57.

¹⁸⁴ Citado en Pierre Rosanvallon, *Le moment Guizot*, París, Gallimard, 1985, pp.87-88.

perturbaba, desgarraba, enfrascaba a la sociedad en enfrentamientos irresolubles. La administración ordenaba, aseguraba el 'orden regular' de la cosa pública, sentaba las bases del progreso material."¹⁸⁵ El lema 'Menos política, más administración', antes de convertirse en la consigna semioficial del porfiriato, representó el anhelo de una parte importante de la clase política, no sólo de Francia, sino de todo el mundo occidental.

Para acabar de complicar el panorama, hay que sumar un cuarto elemento al imaginario político del Segundo Imperio: el catolicismo. Y es que, con todas sus ideologías y todas sus revoluciones, la sociedad francesa de mediados del siglo XIX seguía siendo, casi en su totalidad, fervientemente católica.

La religión constituye uno de los elementos centrales de la identidad cultural de un pueblo, tan importante en el ideario romántico. La nación francesa concebía al credo católico como parte primordial de su esencia, a pesar del número considerable de protestantes, judíos y ateos que vivían en Francia, entre ellos Joseph Proudhon, a quien se atribuye la frase "Dios es malo" y Auguste Blanqui, cuyo lema era "sin dios y sin amo". Para muchos, los franceses debían mayor lealtad a la Iglesia de Roma que a su propio gobierno, ya que, como dijera Lammenais: "sin el Papa no hay Iglesia, sin la Iglesia no hay Cristiandad, sin la Cristiandad no hay religión ni sociedad, así que la vida nacional europea tiene su única fuente en el poder pontificio."¹⁸⁶

A diferencia de las corrientes de pensamiento antes mencionadas, la doctrina católica es dogmática y, por lo tanto, menos flexible y menos adaptable a las circunstancias. Era también el componente más antiguo y quizá también el más profundamente arraigado en el imaginario político de los franceses. Y digo imaginario político porque, para muchos, la fe

¹⁸⁵ E. Pani, *op. cit.* p.46.

¹⁸⁶ Citado en R. Williams, *op. cit.* p.73.

católica no era sólo una convicción íntima, sino algo que determinaba su forma de entender la cosa pública y participar en ella. Pese a tratarse de una doctrina más o menos rígida, los católicos franceses la aplicaban de formas muy diferentes, lo que causó serias tensiones aún dentro de la Iglesia misma. Los católicos más intransigentes, como Veuillot, se mantenían fieles al legitimismo y hostiles a los principios de 1789. Otros, como Lacordaire, el obispo Dupanloup y el diputado Montalambert, propugnaban dentro y fuera del cuerpo legislativo por la liberalización del régimen, pues consideraban al liberalismo —ya monárquico, ya republicano, ya imperial— la postura política más acorde con su fe.¹⁸⁷ Había también quienes, como Henri de Saint-Simon, eran socialistas ya que, según sostenían, era ésta la forma más coherente de aplicar los principios cristianos. Con todo, el grueso del clero francés, y con él su feligresía, apoyaba al gobierno imperial, el cual le otorgaba, a su vez, importantes privilegios a la Iglesia, entre los que destacaba el monopolio casi total de la educación.¹⁸⁸

Cualquiera de estas corrientes de pensamiento, en su forma más estricta, sería incompatible con las otras: un convencido del romanticismo tenía que rechazar el objetivismo y el racionalismo de los positivistas, los cuales, a su vez, no podían creer, por principio, en un dogma como el católico. El liberalismo radical, por su parte, se hallaba en franca contradicción con instituciones del pasado como la iglesia y con otras nociones premodernas defendidas por los románticos. Por contradictorio que pueda parecer, empero, todas estas doctrinas se complementaban para conformar la mentalidad de la sociedad francesa, prácticamente de toda la sociedad occidental. Eran relativamente pocos los ciudadanos franceses que no compartían el complejo consenso ideológico resultado de la mezcla heterogénea de

¹⁸⁷ Sobre Montalambert y el catolicismo liberal, *vid. ibid.* pp. 70-96.

¹⁸⁸ Sobre la relación del clero y el gobierno, *vid.* A. Plessis, pp. 135-137 y A. Bellesort, La Société Française sous Napoléon III, Paris, Librairie Académique Perrin, 1960, pp. 131-158.

estas cuatro corrientes —con algunos toques de otras, como el socialismo— y que servía como referente simbólico para justificar el régimen de Napoleón III.

Si una mentalidad, como dice Linz, provee maneras no codificadas de reaccionar ante situaciones diferentes, entender la mentalidad de un grupo de personas hace relativamente predecible su reacción ante un estímulo dado. Así, la idea de la expedición a México, como explicaré enseguida, fue aceptada por la opinión pública de Francia (expresada en la prensa y en los debates del cuerpo legislativo) porque tenía elementos que apelaban a los valores románticos, liberales, positivistas y católicos que componían su imaginario político. Era un plan tan complejo y contradictorio como la misma sociedad francesa.

México y la opinión pública francesa

El mundo se divide en dos clases de personas: las que creen lo increíble, como el público, y las que hacen lo improbable.

OSCAR WILDE

El autoritarismo del Segundo Imperio se expresó, desde su inicio, en el control de la prensa. El decreto del 17 de febrero de 1852 prohibía la fundación de cualquier periódico que tratara cuestiones políticas o sociales sin el permiso del gobierno, permiso que tenía que ser renovado cada vez que hubiera un nuevo editor en jefe. Los dueños de las editoriales tenían que pagar cuantiosos impuestos a la tesorería, lo cual repercutía en un aumento en el precio de los periódicos y la disminución en el número de sus lectores. El decreto señalaba, además que “un periódico puede ser suspendido por decisión ministerial aún si no ha sido condenado por un tribunal, sino después de dos advertencias justificadas, y por un periodo que no exceda dos meses” En otras palabras, además de la persecución judicial, el gobierno y

sus representantes podían también ejercer vigilancia por simple decisión administrativa, esto es, dando advertencias oficiales a un periódico cada vez que publicara algo poco conveniente. Poco importaba que Persigny presentara el decreto como provisional, ya que, como dice Alain Plessis, bajo el Imperio, eran las medidas temporales las que duraban.¹⁸⁹

Al inicio de la década de 1860, la libertad de prensa en Francia distaba mucho de ser real. Los periódicos —cuyos dueños y directores estaban sujetos a la aprobación gubernamental y cuyo contenido estaba sujeto a la censura— constituían, a decir verdad, un medio muy limitado de expresión de la opinión pública. Ninguna publicación, ni la suma de todas ellas, manifestaba íntegramente la voz del pueblo (ni siquiera el periódico anarquista que llevaba ese nombre). Cuando la educación, la prensa y los medios de comunicación en general están bajo el control del estado, la opinión pública no puede diferir mucho de la opinión oficial. Es por eso que, en mi opinión, cualquier análisis hemerográfico resultaría particularmente poco confiable, en el caso del Segundo Imperio, para conocer la postura de ‘la sociedad civil’.

La censura, según los Hanna, era por lo general incoherente y variaba según el estado de ánimo del emperador, el cual toleraba, a veces, críticas ligeras al régimen. Eran pocos, empero, los periódicos que se atrevían a cuestionar las políticas del imperio, muchos de ellos eran clandestinos y tenían muy poca circulación. La pequeña fracción de la población que leía la prensa no encontraba en ella sino artículos de inspiración imperial que tenían por objeto generar la opinión deseada por el gobierno sobre cualquier tema. Normalmente lo conseguían.¹⁹⁰

¹⁸⁹ A. Plessis, *op. cit.* pp.15-16.

¹⁹⁰ Hanna, *op. cit.* p.127.

Tal fue el caso de la expedición a México, al menos al inicio. Si bien no fue hasta noviembre de 1862 cuando Napoleón expuso oficialmente al pueblo francés el objetivo que perseguía con la intervención,¹⁹¹ mucho antes de eso, la prensa oficial y semioficial venía preparando el terreno para que el público acogiera con agrado la idea, lo cual por las razones que argumentaré más adelante, no era una labor difícil.

Del otro lado de los Pirineos, la prensa española venía exigiendo, desde 1857, una intervención armada en México. Publicaciones como *La España*, *La Crónica*, *La Iberia* y sobre todo *La América* bombardeaban al público español con argumentos e ideas basados en categorías raciales que concluían en la necesidad de usar la fuerza contra la antigua colonia.¹⁹² La prensa francesa no actuó tan rápidamente: hasta que se reunieron las circunstancias de 1861 y el emperador se decidió a poner en marcha su Gran Designio, los periódicos no mencionaron la posibilidad de mandar a México soldados franceses. Se limitaron a reportar los sucesos que ahí tenían lugar con una óptica acorde a la percepción de Napoleón.

A partir de la firma de la Convención de Londres, no dejaron de aparecer en la prensa francesa, reportes, artículos y editoriales que aplaudían la expedición. Al principio, se sostenía que el único fin de la movilización era la toma de las aduanas para cobrar la deuda que el gobierno mexicano se negaba a pagar y lavar el honor de Francia. A principios de 1862 empezaron a aparecer, cada vez más frecuentemente, artículos que defendían la idea de establecer una monarquía en México. Para cuando el Gran Designio se hubo revelado y

¹⁹¹ *Ibid.* p.57.

¹⁹² *Vid.* R. Falcón, *op. cit.* pp.187-191.

roto la Alianza Tripartita, la gran mayoría de las publicaciones se dedicaron a alabar, con verdadero frenesí, la intervención.¹⁹³

Sobre el desarrollo de la guerra, se publicaba información muchas veces inexacta, pero siempre optimista, destinada a azuzar el chauvinismo del público y a alimentar la antorcha de la intervención. Además de *Le Moniteur*, el diario oficial del imperio, los principales portadores de la antorcha eran *Le Constitutionnel*, *La France* y *Le Memorial diplomatique*. El director de este último, Debranz de Saldapenha, había sido calurosamente elogiado por el emperador, lo que le confería a su periódico un tipo particular de prestigio.¹⁹⁴

Si, como sostuve, no fue una labor difícil para la prensa oficial el convencer a sus lectores de la conveniencia de invadir México e instaurar ahí un imperio con un príncipe europeo a la cabeza, fue porque la idea encajaba perfectamente en la mentalidad de los franceses del Segundo Imperio, a la que me referí en la sección anterior.

Según relata en su diario Émile Ollivier, el 15 de junio de 1863, le hizo una visita a su amigo, el escritor romántico Alphonse de Lamartine. Hablaron de varios temas de actualidad, entre ellos de la expedición de México, la cual le parecía admirable a Lamartine, “primero, le dijo a Ollivier, porque nos interpone en el centro de América entre las razas latinas y esos anglosajones, los más viles, los más miserables de los hombres, cuya obra perecerá seguramente; luego, porque nos aportará riquezas incalculables por la explotación de las minas de Sonora.”¹⁹⁵ Para él, el designio de Napoleón III era “un pensamiento grandioso, justo como la necesidad, vasto como el océano, nuevo como la oportunidad, un pensamien-

¹⁹³ Hanna, *op. cit.* p.57.

¹⁹⁴ *Ibid.* p.127.

¹⁹⁵ E. Ollivier, *Journal*, texto escogido y anotado por Theodore Zeldin y Anne Troisier, París, Julliard, 1961, *infra.* 15 de junio de 1863.

to de hombre de estado, fecundo como el porvenir, un pensamiento de salvación para América y para el mundo.”¹⁹⁶ Nada menos.

Lamartine asegura, en sus *Entretiens*, haber sido el único que supo comprender bien la cuestión mexicana,¹⁹⁷ pero su opinión a ese respecto distaba mucho de ser única. De hecho, puede considerarse representativa de amplios sectores de la sociedad francesa. En el pensamiento romántico, la raza anglosajona, en particular su versión americana, era casi el símbolo del mal: representaba el vacío, la vulgaridad, la deshumanización de la sociedad industrial; era la mayor amenaza a los valores culturales latinos y católicos, cuya defensa, como he explicado, era tan importante para los románticos; para muchos de ellos, Estados Unidos era, en fin, la encarnación del futuro al que tanto temían. La intervención podía ser vista, en este sentido, como una gloriosa cruzada para salvar a la civilización —la civilización latina, por supuesto— en el nuevo continente de la rapiña de los bárbaros anglosajones. No sólo apelaba al interés estético del romanticismo por los lugares exóticos y misteriosos, también, como una fantasía quijotesca, podía satisfacer su gusto por las aventuras caballerescas.

Pero el proyecto no apelaba únicamente al sentimentalismo de los románticos. La intervención era, o pretendía ser, una idea esencialmente moderna: la forma más racional, incluso científica, de poner fin a la anarquía que reinaba en México, de llevarle el progreso material, el orden, la prosperidad y, en consecuencia, la libertad. La pacificación del país, impuesta por el ejército francés, permitiría la construcción de fábricas, de vías férreas, en una palabra, la modernización del país. Aunque los verdaderos liberales, como Thiers y Ollivier, siempre se opusieron a la expedición, en el discurso oficial, ésta tenía por objetivo

¹⁹⁶ Citado en A. Bellesort, *op. cit.* p.120.

¹⁹⁷ *Loc. cit.*

ofrecerles a los mexicanos libertad frente al caos y al desorden, libertad frente al mal gobierno que los oprimía, libertad, ante todo, frente a Estados Unidos. No importaba que los mexicanos no lo vieran así, siempre y cuando los franceses sí lo hicieran.

Por otro lado, en la mentalidad romántico-liberal-positivo-católica del Segundo Imperio, la idea de orden (y con ella, las de progreso y libertad) estaba estrechamente asociada con la de religión, religión católica en particular. Por ello, defender el catolicismo en el nuevo continente de la amenaza que representaba el protestantismo de los estadounidenses y el anticlericalismo de los juaristas —ambos peligros se confundían en el imaginario de los franceses— era un imperativo moral.

Más allá de estas consideraciones altruistas, las ventajas económicas que, según se decía, proporcionaría la intervención eran, para muchos franceses, justificación suficiente. Estaban convencidos, como Lamartine, que la empresa proporcionaría “riquezas incalculables” para su patria. Según el mito popular, la plata de Sonora era tan abundante o más que el oro encontrado recientemente en California. La explotación de un territorio tan rico y tan desaprovechado haría de Francia un país tan rico como lo fuera España en el siglo XVII.

A todo ello venían a sumarse consideraciones de índole geoestratégica, las cuales databan de tiempos muy anteriores a los de la intervención. Quienes habían leído la obra de Alexis de Tocqueville, *La democracia en América* temían el inmenso potencial de los estadounidenses y de los rusos, que estaban, según este autor, “señalados por la voluntad del Cielo para trastornar los destinos de la mitad del globo terráqueo.”¹⁹⁸ Ya habían sido tomadas medidas para detener a Rusia, faltaba Estados Unidos. Michel Chevalier, quien fuera mentor de Napoleón III, también había visitado el nuevo mundo y escrito sus observacio-

¹⁹⁸ Citado en Hanna, *op. cit.* p.17.

nes, que precedieron a las de Tocqueville y, para algunos, las superaron.¹⁹⁹ El periodista Clement Duvernois fue el primero en señalar que Francia estaba amenazada por el prodigioso desarrollo de Estados Unidos y debía crear un contrapeso. Hippolyte Dommartin fue aún más allá: en su libro *Les Etats-Unis et le Mexique, L'Interet europeen dans l'Amerique du Nord*, publicado en 1852, insistió en que su país debía ayudar a México —que sería para los franceses llave del Hemisferio Occidental— para detener la expansión de Estados Unidos.²⁰⁰

Estos escritos y otros similares animaron a Napoleón a formular su Gran Designio. Sin embargo, él no fue el único que los leyó y sacó conclusiones: la necesidad de interferir en América para bloquear la influencia de Estados Unidos sobre el resto del continente y voltear la balanza de poder a favor de Francia llevaba mucho tiempo latente en el imaginario político de los franceses, como lo prueba la existencia de estos textos. Si no la hubiera ideado el emperador, la intervención se le hubiera podido ocurrir a cualquier otro.

Había un elemento más que contribuía a justificar, a los ojos de los franceses, la expedición a México: la defensa del honor. Según la retórica oficial, reproducida *ad nauseam* por la prensa, la suspensión del pago de la deuda decretada por el gobierno de Juárez era un insulto imperdonable contra la dignidad de Francia, insulto que exigía reparación inmediata. Aunque la sociedad del Segundo Imperio era, en muchos aspectos, frívola y pragmática, todavía eran frecuentes los duelos al amanecer en el Bois de Boulogne para lavar con sangre la mancha en el honor de un caballero. Ahora bien, si era el honor de la patria lo que estaba en juego, si era la bandera tricolor la que había sido insultada, hubiera sido una vergüenza terrible no aceptar el desafío lanzado por un país que, para colmo, era visto como

¹⁹⁹ *Ibid.* p.64.

²⁰⁰ *Ibid.* p.17.

infinitamente inferior a Francia en todos los aspectos. Esta justificación, aunque poderosa, sólo funcionó por poco tiempo: cuando las otras dos potencias de la Alianza se dieron por satisfechas, cuando el ejército mexicano probó ser igual al francés en valor y sólo inferior en número, cuando quedó claro en fin que la expedición no se trataba de vengar las ofensas contra Francia sino de elevar un trono y colocar en él a un príncipe que ni siquiera era francés, resultó evidente que el honor de la patria tenía poco o nada que ver con la empresa.

La intervención y sus opositores

Hombres de Puebla: tenéis razón al creerme con vosotros. No es Francia quien os hace la guerra, es el imperio. Ciertamente que estoy con vosotros. Unos y otros estamos en pie contra el imperio: vosotros de vuestro lado; yo, del mío; vosotros en la patria; yo en el destierro.

VICTOR HUGO

Napoleón III, quien, al igual que su tío, tenía oídos muy sensibles a las expresiones de las masas, nunca confió en la prensa como su vocero. Elaboraba una muestra de la mente de sus súbditos valiéndose de los informes de los prefectos locales, en especial de los *procurateurs généraux*. Sus informes, que comprendían “una descripción exacta de la situación moral y política” de sus respectivos distritos, eran confidenciales y estaban por lo tanto desprovistos de cualquier matiz que buscara un efecto público.²⁰¹ De estas fuentes procedían testimonios, cada vez más frecuentes, de la ansiedad existente en toda Francia respecto a la cuestión mexicana y el auténtico anhelo de retirada de tropas, siempre que pudiera hacerse en forma honorable. Uno de estos informes, proveniente de la provincia de Dijon, expli-

²⁰¹ Lynn M. Case, *French Opinion on the United States and México 1860-1867*, 1936, citado en Hanna, *op. cit.* 130.

caba, a principios de 1863: “La mente pública desea, espera una victoria; lamenta la empresa, se avergonzaría si fuera abandonada y soportará su prolongación con impaciencia.”²⁰²

Y es que, conforme se iba prolongando la guerra que, se suponía, iba a ser muy corta, la paciencia de los ciudadanos franceses empezaba a agotarse. Los retrasos en las campañas de Forey los exasperaban y sus victorias los llenaban de esperanzas de que el final de la expedición estuviera más próximo, cosa que Napoleón no dejaba de prometer. Aunque los periódicos no hablaban más que de éxitos, la correspondencia familiar que llegaba de los soldados que luchaban en México contenía informes críticos que pintaban un paisaje de confusión e incertidumbre.²⁰³ Una de estas cartas, que alcanzó mayor fama que las demás, la escribió el capitán Henri-Pierre Loizillon. Fechada en la Ciudad de México el 27 de julio de 1863 y dirigida a una amiga de la familia, madame Hortense Lacroix de Cornu, la epístola se burlaba acremente de los conservadores mexicanos, criticaba severamente a la expedición francesa y cuestionaba la gloria de su misión. “Pienso que es obligación de un hombre honesto, escribió Loizillon, aclarar a la opinión pública de Francia todas las irregularidades y estupideces que se cometen aquí”. Y no era una opinión aislada: como él mismo concluye: “He dicho francamente lo que pienso, lo que pensamos todos, por eso he hecho esta larga confidencia”.²⁰⁴ Madame Lacroix, quien era ahijada de Napoleón III, mostró la carta al emperador, quien, según se dice, la encontró notable a pesar de su impertinencia y osadía. Esta y otras cartas que el capitán Loizillon escribió en México, fueron recopiladas por su hermana y publicadas en 1890.²⁰⁵

²⁰² Citado en *loc. cit.*

²⁰³ *Vid.* Berta Flores Salinas, Cartas desde México. Dos fuentes militares para el estudio de la Intervención francesa. 1862-1867. México, Miguel Ángel Porrúa, 2001 y Jean Meyer, Yo, el francés. La intervención en primera persona. México, Tusquets, 2002. Ambos libros utilizan fuentes primarias para explicar cómo era vista la intervención por los ojos de los militares franceses.

²⁰⁴ Transcrita en B. Flores Salinas, *op. cit.* pp. 173-179.

²⁰⁵ *Ibid.* p. 179.

El costo de la expedición, en recursos económicos y en vidas humanas, iba en aumento, como lo denunciaban en el cuerpo legislativo los discursos de los diputados de oposición. Ninguno de los motivos que justificaban la empresa era suficiente para compensar la muerte de un hijo o de un esposo del otro lado del océano en nombre de una causa que no se realizaba. En otoño de 1864, cuando el imperio mexicano ya estaba instaurado y la expedición debía llegar a su fin, tuvo lugar sólo un regreso simbólico de tropas, cuyo único efecto fue avivar la impaciencia del público.

Si bien es cierto que el descontento del público tenía pocos canales de expresión, sería una exageración afirmar que toda la prensa francesa apoyaba la intervención en México. Había una publicación periódica de amplia difusión que, eludiendo la censura oficial, la cuestionaba sistemáticamente. Era tolerada por el gobierno porque no contenía acusaciones serias, insultos ni denuncias directas, sino que empleaba el humor como instrumento de crítica. Se trataba de la revista satírica *Le Charivari*.

Sus armas eran el ridículo, la sátira y la ironía, lo cual no hacía su crítica menos incisiva. En abril de 1864, por ejemplo, *Le Charivari* publicó un artículo en el que se felicitaba al diario *La France* por la forma tan imaginativa en que distorsionaba la realidad de lo que ocurría en México.²⁰⁶ En otra ocasión, se burló del Gran Designio publicando una columna en la que se invitaba a los lectores a colonizar México, prometiéndoles un panorama utópico del país, en el que Sonora sería un segundo París. Si los colonizadores resultaban muertos por una bala juarista, no era grave: sus viudas podrían casarse con mexicanos, lo cual sería muy benéfico para el país, pues se mejoraría la raza.²⁰⁷

²⁰⁶ Clément Caraguel, "Bulletin", *Le Charivari*, 16 de abril de 1864.

²⁰⁷ A. Bremond, "Partons pour Sonora", *ibid*, 2 de julio de 1865.

Imitando con gracia el estilo entusiasta de la prensa oficial, en septiembre de 1865, *Le Charivari* publicó una supuesta carta de un lector de Filadelfia, en la cual se aseguraba que Maximiliano estaba causando furor ahí y que los ciudadanos estadounidenses estaban cada vez más dispuestos a dejarse absorber y adoptar las instituciones imperiales: el presidente Andrew Johnson sería pronto Andrew I.²⁰⁸

Las burlas de *Le Charivari* —que dependía, a fin de cuentas, de la tolerancia del régimen— y los discursos que los diputados de oposición pronunciaban cotidianamente en el cuerpo legislativo criticando la intervención no eran sino tímidas insinuaciones si se les compara con las denuncias de aquellos que no reconocían la legitimidad del imperio y que no compartían ni siquiera el “mínimo común denominador” ideológico que servía de fundamento al régimen. Aquellos que vivían en el exilio o eran perseguidos por sus ideas —republicanas, socialistas o anarquistas, pero siempre revolucionarias— no arriesgaban ya nada al oponerse abiertamente a las políticas del gobierno napoleónico y podían expresarse con toda crudeza contra la expedición a México. Aunque no eran representantes electos (ello hubiera implicado reconocer implícitamente la legitimidad de las instituciones del régimen) sí representaban la opinión de segmentos significativos de la población francesa. Sus escritos, publicados y difundidos clandestinamente, eran ampliamente leídos y tenían cierta influencia en la opinión del público. El más célebre dentro de este grupo de irreconciliables era, probablemente, Victor Hugo.

En los días en que el ejército francés mantenía bajo sitio a la ciudad de Puebla, se publicó ahí un periódico impreso a dos columnas, una en francés y otra en español. Todos los números de la publicación comenzaban con una página de *Napoléon le petit*, la obra en que Victor Hugo criticaba a Napoleón III. Con ello, los liberales poblanos pretendían mostrar a

²⁰⁸ Paul Girard, “Latinisation de l’Amérique” *ibid.*, 24 de septiembre de 1865.

los soldados franceses quién era realmente su emperador. Antes de la toma de la ciudad, en mayo de 1863, el periódico publicó un llamado a Hugo para solicitarle su apoyo moral.²⁰⁹ Al enterarse de ello, el autor de *Los Miserables*, que se hallaba entonces exiliado en Bélgica, respondió con una carta abierta dirigida a los hombres de Puebla. En ella, exhortaba a los mexicanos a resistir. “Combatid, luchad, sed terribles —les pedía— y, si creéis que mi nombre sirve para algo, utilizadlo.” Para Hugo, el atentado de Napoleón contra la República Mexicana era ni más ni menos que la continuación de su atentado contra la República Francesa, de la que él era tan fervoroso creyente. Hablaba, pues, en nombre de todos los republicanos franceses cuando escribió, al concluir la epístola: “estoy con vosotros y os ofrezco, si sois vencedores, mi fraternidad de ciudadano; si sois vencidos, mi fraternidad de proscrito”.²¹⁰

Pero no todos los que sentían aversión por el imperio y por la intervención sentían la misma fraternidad por los mexicanos. Cuando llegaron a Francia las noticias de que la Ciudad de México había sido finalmente ocupada y sus habitantes habían recibido con alegría al ejército invasor, Auguste Blanqui, a quien Guérard llama “un monomaniaco de la insurrección”²¹¹ y que era mucho más radical y menos optimista que Hugo, escribió decepcionado, desde la prisión de Sainte-Pélagie, donde se hallaba preso:

Los mexicanos comienzan a hacer un triste papel. La recepción del ejército francés en la Ciudad de México es una vergüenza para el país. Que los clericales reciban a la invasión napoleónica con los brazos abiertos, eso se entiende porque fue hecha en su favor y a petición suya, pero ¿debe toda una capital dejarse llevar por los menos? He ahí un pueblo deshonrado.²¹²

²⁰⁹ Vid. V. Hugo, *Pendant l'exil* París, Jules Rouff, citado en Homenaje a Victor Hugo en el sesquicentenario de su nacimiento, Oficina del historiador de la ciudad de La Habana, 1952, p. 62.

²¹⁰ Citado en *ibid*, pp. 61-62.

²¹¹ A. Guérard, *op. cit.* p. 59.

²¹² Citado en Maurice Dommanget, Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire, París, Armand Collin, 1960, p. 39.

Pero, para contento de Blanqui y para gloria de los mexicanos, la derrota del bando republicano no iba a ser tan sencilla. Para cuando la guerra terminó en Estados Unidos, el imperio mexicano no se había consolidado. Las presiones internas y externas hicieron que, en 1867, Napoleón decidiera retirar lo que quedaba del ejército francés en México y abandonar, inconcluso, su Gran Designio. El triunfo de los liberales en la batalla de Querétaro puso fin al experimento monárquico. Pero, antes de que Maximiliano fuera fusilado, Victor Hugo escribió a Benito Juárez una famosa carta en la que le pedía que le perdonase la vida, “por la gracia de la República”. En esa misma misiva se lee: “es destino de todos los atentados monárquicos desembocar en el fracaso. Toda usurpación empieza por Puebla y acaba por Querétaro”.²¹³ Hugo esperaba que su sentencia no se aplicara sólo al Segundo Imperio mexicano, sino también al francés. No tendría que esperar mucho para que así fuera: cuatro años más tarde, Francia sería también una república.

Así pues, sería un error concebir al “pueblo francés”, como lo hacía el bonapartismo, como un ente homogéneo, que pensaba y actuaba de una sola manera. Ni siquiera aquellos elementos ampliamente extendidos en el imaginario político de la sociedad eran compartidos por todos sus miembros. Por ello, ni siquiera un proyecto que apelara a los valores de esta mentalidad, como lo hacía la expedición a México, podía contar con el apoyo de la totalidad de los ciudadanos. Los sentimientos e ideas que legitimaban al Imperio francés eran, en general, los mismos que fundamentaban la idea del imperio mexicano; quienes no compartían este modo de ver el mundo y no reconocían la legitimidad del régimen, tampoco tenían, pues, por qué aceptar la necesidad de construir un régimen análogo del otro lado del mar.

²¹³ Citado en Homenaje a Victor Hugo... *op. cit.*, pp. 64-67.

El discurso de los intelectuales que se oponían a la expedición por motivos ideológicos, prestó palabras y dio estructura al descontento de la gente que, después de años de guerra infructuosa, también se oponía a ella, pero por razones menos abstractas. Ya me referí a la importancia de la opinión pública en el Segundo Imperio francés, dada la cual, la falta de apoyo popular a la intervención en México llegó a ser, probablemente, un factor decisivo para el abandono eventual del proyecto.

5.- LA CIRCUNSTANCIA INTERNACIONAL

Paz en Europa

Hay escépticos que piensan que el imperio significa la guerra. Yo les digo que no: el imperio significa la paz..

NAPOLEÓN III

Entre los huéspedes de la pareja imperial en la *Villa Eugénie* de Biarritz en septiembre de 1861 se encontraba, además de José Manuel Hidalgo, el escritor Prosper Mérimée. En los mismos días en que tenía lugar la famosa entrevista del mexicano con los emperadores, de la que hablé en el primer capítulo, Merimée estaba angustiado, como escribió a Sir Anthony Panzzini, pues notaba “graves disensiones entre el anfitrión y la anfitriona, especialmente en cuestiones espirituales.”²¹⁴

Si la relación entre Napoleón y Eugenia era tirante, se debía principalmente a sus visiones divergentes respecto a la situación de la península itálica. Víctor Manuel II, que desde marzo se hacía llamar rey de Italia, había conquistado extensos territorios, incluidos las Marcas y la Umbría papal que pertenecían al patrimonio de San Pedro, habiendo reducido el dominio temporal del Papa a la ciudad de Roma. Ésta, que según Cavour debía ser la capital del nuevo reino de Italia, estaba ocupada por tropas francesas, las cuales se interponían entre el nacionalismo italiano y el máximo representante del antiguo poder universal, supranacional. Para el emperador, como para Thouvenel y otros políticos, la libertad del Papa era una cuestión meramente política, mientras que para la emperatriz, como ferviente

²¹⁴ Citado en H. Kurtz, *op. cit.* p.165.

católica que era, se trataba de un asunto espiritual. El dilema no dividía solamente a la pareja imperial, sino a toda Francia.

Esta diferencia cobraba particular importancia ya que la victoria del imperio francés en la guerra de 1859 le otorgaba la posibilidad, casi el deber, de tomar en sus manos el destino de Italia. Napoleón III esperaba lograr de los italianos garantías de que permitirían a Pio IX seguir viviendo en la Ciudad Eterna aún después de la retirada de las tropas francesas, para lo cual había iniciado negociaciones secretas con ellos. La muerte del conde de Cavour, en mitad de la negociación, complicó la situación. Se llegó, sin embargo, a un acuerdo: Francia reconocería el reinado de Víctor Manuel, pero mantendría sus tropas en Roma –provisionalmente- para defender la soberanía del Papa. Esta solución intermedia no dejó contentos del todo ni a los nacionalistas ni a los católicos, pero le sirvió a Napoleón para conservar el título de “árbitro de Europa” y, sobre todo, para mantener la paz en el continente. Era una paz tensa, llena de desconfianzas mutuas, pero era paz.

La estabilidad finalmente lograda en Italia daba a Francia la oportunidad para ocuparse de otros asuntos internacionales, como fue el caso de la expedición a México. Por otro lado, esta empresa, que contaba con la bendición del Papa, representaba para el emperador la posibilidad de congraciarse con los católicos, dentro y fuera de Francia, sin que ello implicara alienar a los liberales ni traicionar sus propios principios. La realización del Gran Designio, en este contexto, contribuiría significativamente para consolidar la posición de Napoleón III como líder incuestionable del mundo latino.

Por otro lado, la selección de un archiduque Habsburgo como candidato al trono imperial mexicano podía ser ofrecida a Austria como una muestra de buena voluntad y una forma de hacerse perdonar por Francisco José las derrotas de Solferino y Magenta. Desde la firma de la paz de Villafranca, cuando se restablecieron las relaciones franco-austriacas,

Napoleón III había buscado la alianza del gran imperio austrohúngaro, indispensable para mantener la balanza de poder en Europa inclinada a favor de Francia. La emperatriz Eugenia, siempre interesada en la política exterior del imperio, era una de las principales defensoras del acercamiento con Austria. Su opinión en esta materia, como en muchas otras, representaba la de los segmentos conservadores de la sociedad y el gobierno francés. El apoyo austriaco cobraría aún mayor importancia en los años siguientes, cuando el creciente poderío de Prusia se volvió una amenaza para el *status quo* europeo.

Existía, empero, otra potencia cuya alianza era aún más importante para Francia; una cuyo desarrollo económico, político y militar la hacían la más poderosa del mundo; cuya amistad era indispensable para la supervivencia misma del imperio. Se trataba de Gran Bretaña. Consciente de ello, Napoleón III hizo cuanto pudo para ganarse la simpatía de la corte de Saint-James, cosa que no era nada fácil dados los antecedentes del primer Napoleón y la gran desconfianza que Francia inspiraba aún en Inglaterra.

Con su participación decidida al lado de Gran Bretaña en la guerra de Crimea, con su política moderada y con la visita que la familia imperial realizó a Londres en 1855, Napoleón III logró ganarse a Lord Palmerston, un viejo enemigo de Francia, a la reina Victoria y aún al príncipe Alberto. Pero éstas eran sólo victorias personales. Según Albert Guérard, el gobierno y la opinión pública inglesa mantuvieron siempre sus dudas respecto al país vecino, de cuyo radicalismo recelaban y cuyo creciente poderío empezaban a temer. En palabras de Guérard:

Inglaterra estaba entonces comprometida —y ¡ay! lo seguiría estando hasta 1939— con la falacia de la balanza de poder. Cualquier país que pareciera dominar el continente tenía que ser humillado, *debellare superbos*, para que la legítima supremacía de Inglaterra no pudiera ser desafiada. Se temía consistentemente, y no sin causa, que Francia pudiera intentar anexarse Bélgica e Inglaterra creía que no podía tolerar que una gran potencia entrara en posesión de la costa belga. [...] La construcción de la base naval de Cherburgo, la expansión y el

asombroso progreso técnico de la flota francesa causaban sospechas naturales en un país destinado a gobernar los mares.²¹⁵

A pesar de la gloria y el prestigio internacional obtenidos gracias a sus victorias en Crimea y en Italia, Francia no podía ni quería enfrentarse a Inglaterra. Napoleón III aspiraba a ser el árbitro de Europa, pero, a diferencia de su tío, nunca pretendió convertirse en el amo. Los impulsos conquistadores del imperio francés tenían pues que ser satisfechos fuera del continente, donde no provocaran la ira británica: las posesiones francesas coloniales en Asia y África llegaron a triplicarse durante el Segundo Imperio. Pero aún en sus expediciones a países remotos, Francia procuró siempre actuar de acuerdo con los ingleses.

Por ello, resultó providencial para los planes del emperador que la deuda que el gobierno de Juárez se negó a pagar fuera compartida por ambas potencias, que el ministro británico en México, Sir Charles Wyke, hubiera reaccionado tan drásticamente como el francés Dubois de Saligny, en fin, que Gran Bretaña se mostrara dispuesta a aliarse con Francia para mandar tropas a costas mexicanas, ocupar las aduanas y cobrarse la deuda.

Como ya he mencionado, Inglaterra no compartía los planes franceses de instaurar una monarquía en México, pero la idea de pacificar el país y asegurar así un mercado importante para los productos ingleses y un acreedor cumplido, resultaba más que tolerable. Por otro lado, el hecho de que la esposa del emperador propuesto fuera ni más ni menos que Carlota Amalia, la hija del rey Leopoldo I de Bélgica —que era pariente cercano del príncipe Alberto y de la reina Victoria— era, para el gobierno de Londres, un punto más a favor de la empresa. Con ello, Francia mandaba el mensaje de no albergar intenciones hostiles hacia Bélgica.

²¹⁵ A. Guérard, *op. cit.* p.181.

Así pues, dadas las circunstancias de 1861, el único país de Europa que podría mostrarse inconforme con la 'aventura mexicana' de Napoleón III era España. No era que el gobierno de Isabel II no creyera en la necesidad de intervenir en México para salvar a la raza latina y a la fe católica en el nuevo continente, sino que creía que debía ser ella la responsable de la noble empresa. Sin embargo, la inconformidad de Madrid no era problema para Francia. Por el contrario, diferenciar su posición lo más posible de la de su vecino del sur le daría a Napoleón la oportunidad de quedar bien ante Gran Bretaña y el resto de la Europa "civilizada", para la cual la monarquía española era un símbolo de atraso y primitivismo, un remanente del antiguo régimen con el que había que acabar. De hecho, corría por Europa el rumor de que Palmerston y Napoleón habían convenido en su reunión en Compiègne un plan para derrocar a los Borbones, inclinado el inglés a colocar en el trono de España al rey de Portugal y el francés por anexar a su imperio la provincia de Navarra.²¹⁶

Haya sido verdadera o no esta supuesta conspiración contra la Casa de Borbón, la participación de España en la expedición a México no fue solicitada por Francia ni deseada por Inglaterra. Por ello, ni el rompimiento de la Alianza tripartita, ni el reembarco de las tropas españolas, ni la constante inconformidad del gobierno de Madrid ante el Gran Designio de Napoleón implicaron para éste obstáculos difíciles de evadir. Desde un punto de vista estrictamente realista, la posición de este país con tan poco peso en la balanza de poder europea, revestía muy poca importancia para los planes franceses.

En conclusión, su alianza con Gran Bretaña y su participación en la guerra de Crimea y en la unificación de Italia le habían permitido a Francia dictar, en buena medida, los términos de la paz que reinaba en Europa al principiar la década de 1860. Antes de que la

²¹⁶ Según escribió el embajador español en Viena, Luis López de la Torre Ayllón, en febrero de 1861, fue el conde Rechberg quien le comunicó la noticia del plan franco-inglés contra los Borbones. (Fuentes Mares, *op. cit.* p.43)

Alemania de Bismark se convirtiera en un rival poderoso, Napoleón III podía considerarse, prácticamente, el director de orquesta de un nuevo concierto europeo. Se trataba, empero, de una posición frágil que debía ser consolidada o podría venirse abajo. Dada la decadencia de España, la reciente derrota de Austria y la inestable situación de Italia, la Europa meridional necesitaba de un líder y Francia —que, sin dejar de ser un país católico y latino, lo era también moderno— estaba más que dispuesta a desempeñar ese papel. Había llegado pues el momento de capitalizar el prestigio adquirido, para lo cual sería necesario que el Imperio Francés empezara a actuar como la potencia que empezaba a ser: la intervención en México le ofrecía una oportunidad excepcional para ello.

Este equilibrio europeo, empero, estaba cambiando lenta pero inexorablemente. La insurrección de Polonia de 1863, el conflicto de los ducados de 1864, la cuestión romana que seguía sin resolverse, demandaban la atención del emperador de los franceses. La gota que derramó el vaso cayó en julio de 1866, cuando Prusia derrotó a Austria y a varios estados alemanes del sur que se le habían unido en la batalla de Sadowa. Napoleón III, que, como he mencionado, estaba aliado con el imperio de Francisco José, resintió el golpe. Ahora tenía, del otro lado de la frontera, a una nueva potencia en expansión, ni latina ni católica, infinitamente más peligrosa para Francia que cualquier otra en Europa, de la que había que defenderse. Para ello, el ejército francés debía estar completamente unido y en pie de guerra. Esta consideración tenía mucho más peso para el gobierno imperial que los ruegos de la emperatriz Carlota, que en agosto acudió a París para pedir a Napoleón y a Eugenia que no retiraran sus tropas de México. Si lo hubiera hecho tan sólo dos meses antes, antes de que estallara la guerra austro-prusiana, habría tenido mucho mayores posibilidades de ser escuchada.

Guerra en América

No olvidemos que los desórdenes, las desgracias, la guerra civil que asuela a los Estados Unidos hoy en día son un accidente temporal; de una manera u otra esta guerra llegará a un término, y entonces pueden ustedes estar seguros de que la república o repúblicas de los Estados Unidos, verán con malos ojos que se establezca en sus fronteras una bandera monárquica.

ADOLPHE GEROULT

Al asumir la presidencia, en 1860, Abraham Lincoln tuvo que enfrentar la crisis más grave en la historia de la Unión Americana: la separación de siete de sus estados miembros. Deseoso de mantener la paz, el presidente expresó su respeto a los derechos y las instituciones del Sur, pero también su decisión de mantener a toda costa la autoridad federal sobre los fuertes y las propiedades nacionales de la región y seguir cobrando los impuestos aduanales. Decididos a mantener su independencia, los Estados Confederados se opusieron y, en la madrugada del 12 de abril de 1861, sus baterías iniciaron el bombardeo del fuerte Sumter, en Carolina del Sur. Con ello inició la Guerra Civil.²¹⁷

Según los Hanna, Lincoln había demostrado, desde antes de ocupar la presidencia, su respeto por América Latina: siendo diputado por Illinois, había se opuesto vigorosamente a la guerra con México.²¹⁸ Distaba, en efecto, de ser un expansionista al estilo de sus antecesores, los presidentes demócratas. No era, ni mucho menos, un James Polk o un James Buchanan. Sin embargo, era un buen defensor de la Doctrina Monroe y hubiera odiado ver a las potencias europeas interviniendo en lo que se consideraba el área de influencia natural de Estados Unidos.²¹⁹ Preservar la independencia de México —respecto de Europa, claro está— cobraba una importancia crucial ahora que su país estaba en guerra y necesitaba de

²¹⁷ E.U.A. *Documentos de su historia política*, tomo II, México, Instituto Mora, 1998, p.26.

²¹⁸ Hanna, *op. cit.* pp.48-49.

²¹⁹ Fuentes Mares, *op. cit.* p.67.

todo el apoyo que sus vecinos pudieran ofrecerle. Entonces era más importante que nunca evitar que México cayera en manos de una potencia como Francia, la cual dependía del algodón de la Confederación, y era su aliada natural.²²⁰

Por ello, se decidió nombrar como representante del gobierno de Lincoln en México a un diplomático con una larga y brillante trayectoria política y con fama de antiexpansionista: Mr. Thomas Corwin.²²¹ El secretario de estado, William H. Seward, le comunicó que el puesto era “tal vez el más interesante e importante dentro de todo el círculo de nuestras relaciones internacionales”²²² Las instrucciones que el nuevo ministro recibió de Washington lo inducían a combatir la influencia confederada en México. Su tarea consistía en convencer al gobierno de Juárez de que la continuación de la Guerra Civil era contraria a los intereses de todos los estados republicanos del hemisferio occidental y de que, por ello, México no debía reconocer la independencia de la Confederación.²²³

Ya sea por la auténtica vocación republicana de Lincoln o por sus intereses geoestratégicos respecto a México —dos motivaciones que, en este caso, no se contraponían— Corwin fue encargado de garantizar al presidente Juárez, ante la amenaza de la intervención de las monarquías europeas, que los Estados Unidos deseaban que México “conservara su completa libertad e independencia” y su forma de gobierno.²²⁴

Hacia mediados de agosto de 1861 se supo en Washington que el gobierno mexicano había decretado la suspensión del pago de la deuda extranjera y Mr. Seward, en previsión de la tormenta, adoptó para conjurarla las medidas a que se refieren las instrucciones que envió a Thomas Corwin el 2 de septiembre (el día siguiente a la entrevista de Biarritz). En

²²⁰ E.U.A. Documentos.... *op. cit.* p.26.

²²¹ Corwin había sido, entre otras cosas, congresista, gobernador de Ohio, senador y secretario del tesoro.

²²² Citado en Hanna, *op. cit.* p.48.

²²³ *Ibid.* p. 48.

²²⁴ *Ibid.* p. 49.

ellas se le pedía al ministro que negociara con el gobierno de México un tratado en virtud del cual los Estados Unidos asumirían el pago de la deuda contraída con los tenedores de bonos, al tipo del 3% anual y durante cinco años contados a partir del 17 de julio, obligándose México, por su parte, a rembolsar dichas sumas en seis años, al tipo del 6% anual, además de garantizar el cumplimiento de estas obligaciones mediante un gravamen específico (*specific lien*) sobre tierras baldías y derechos mineros en la Baja California y en los estados de Sonora, Sinaloa y Chihuahua, derechos y tierras que pasarían “a poder absoluto de Estados Unidos en el caso de que, al expirar el plazo fijado, no se rembolsaran las sumas en cuestión”,²²⁵

Dadas las circunstancias, el gobierno de Juárez no tenía más opción que aceptar el oneroso tratado. Como escribió el ministro mexicano en Washington, Matías Romero:

Antes de que comenzara la Guerra Civil, parecía que los Estados Unidos eran el único enemigo de México [...] porque su política usurpadora nos había privado de la mitad de nuestro territorio y era una amenaza constante. Nada, por lo tanto, más natural que ver con agrado una división que haría impotente contra nosotros a cada una de las dos partes del país. [...] Ahora nos encontramos ante la alternativa bien dura de sacrificar nuestra nacionalidad y nuestro territorio en manos de los Estados Unidos o nuestra libertad y nuestra independencia ante los despóticos tronos de Europa. El segundo peligro es inmediato y más inminente.²²⁶

Sin embargo, México no tuvo que verse ante la “alternativa bien dura” de aceptar o no el tratado, ya que, antes de ofrecerlo formalmente, Estados Unidos pidió la anuencia de Inglaterra, Francia y España, de cuyo asentimiento dependería la firma del tratado, el cual, según Fuentes Mares, “nació muerto, pues era incompatible con los intereses europeos en juego”,²²⁷ No bastaba que Juárez lo aceptara, pues no se podía contar con los ingleses, em-

²²⁵ Seward a Corwin, Instrucciones bajo el no. 17; Washington, 2 de septiembre de 1861, citado por Fuentes Mares, *op. cit.* p. 68.

²²⁶ Citado en Hanna, *op. cit.* p. 55.

²²⁷ Fuentes Mares, *op. cit.* p. 74.

peñados en detener la influencia de los Estados Unidos en el continente americano, ni con los franceses, ya que Napoleón estaba resuelto a “salvar el destino de la raza latina en América”, ni con los españoles, que no tenían interés en ceder poder en el Golfo de México. En condiciones normales, Estados Unidos habría comprado la deuda mexicana con o sin el consentimiento de Europa, pero, en 1861, sus circunstancias distaban mucho de ser normales. La Guerra Civil no hubiera permitido a Lincoln tomar una decisión que pudiera alienar el apoyo de las potencias extranjeras a la causa unionista.²²⁸

Si bien ninguno de los tres gobiernos interventores aceptó la propuesta de Washington, sí tuvieron la cortesía de extender al de Estados Unidos una invitación —contenida en el artículo 4º de la Convención de Londres— a participar en la expedición. Los diplomáticos de Francia y España lo hicieron, en parte, como deferencia hacia Inglaterra y en parte porque estaban seguros que el gobierno de Lincoln no podría aceptar la invitación, ya que, comprometido como estaba en un conflicto interno, no podría afrontar los costos de una guerra con un país extranjero.²²⁹

El 4 de diciembre, Seward les proporcionó a los representantes de Inglaterra, Francia y España en Washington la respuesta oficial del gobierno de la Unión, en la que, además de rechazar la invitación a unirse a la intervención, dejaba clara la posición de Lincoln respecto a ella: no discutía el derecho de las potencias para intervenir en México, de acuerdo a los fines pactados en Londres, pero ratificaba su profundo interés en que ninguna de estas potencias buscara adquisiciones territoriales a costa de este país, ni interfiriera de manera al-

²²⁸ *Loc. cit.*

²²⁹ *Ibid.* P.75.

guna en sus asuntos internos, afectando el derecho del pueblo mexicano a escoger libremente su forma de gobierno.²³⁰

En condiciones normales, el gobierno imperial francés hubiera tomado muy en serio estas palabras y la amenaza que llevaban implícita. Estaba fresco aún, en la memoria de los europeos, el recuerdo del golpe que la marina estadounidense descargó en marzo de 1860 cuando capturó las naves *General Miramón* y *Marqués de la Habana*, proporcionadas por España en apoyo al bando conservador, lo cual había ayudado a decidir el desenlace de la Guerra de Reforma a favor de los liberales. Sin embargo, todo había cambiado desde entonces. La guerra entre confederados y unionistas hacía prácticamente imposible que Estados Unidos intentara siquiera un ataque similar contra la escuadra francesa. Napoleón III sabía que, mientras durara la conflagración, no tenía nada que temer por ese lado. Era una oportunidad única que tenía que aprovechar.

De acuerdo a los planes napoleónicos, no sería necesario venderle a Estados Unidos la deuda contraída por el gobierno de Juárez y con ella el pretexto que requería para intervenir en México. La división de la potencia norteamericana en dos partes, como dijo Matías Romero, hacía impotente a cada una de ellas para tomar cartas en el asunto y hacer valer la Doctrina Monroe. José Manuel Hidalgo estaba consciente de todo esto y no dejó de mencionárselo al emperador cuando se entrevistó con él en Biarritz. Napoleón sabía, empero, que la Guerra de Secesión no iba a durar para siempre, pero también confiaba en que, para cuando terminara, su experimento monárquico hubiera sido coronado por el éxito. No habría entonces nada que Estados Unidos pudiera hacer para derrocarlo, especialmente si, como él lo deseaba tan ardientemente, el triunfo fuera para la Confederación, lo cual implicaría la división definitiva de la Unión Americana.

²³⁰ *loc. cit.*

La simpatía del gobierno francés hacia los estados sureños fue puesta de manifiesto en noviembre de 1863, cuando Napoleón III ofreció su mediación en el conflicto, lo cual implicaba el reconocimiento *de facto* de la Confederación como nación independiente.²³¹ Para Lincoln, que desde el inicio de la conflagración había expresado el deseo de que ningún país extranjero reconociera la soberanía de los estados rebeldes, esta acción de Francia fue un insulto difícil de perdonar. Sin embargo, el secretario de estado William Seward, sabía que su gobierno no podía permitirse, por el momento, un rompimiento total con esa u otra potencia europea, por lo que, mientras durara la guerra, no quedaba más remedio que tolerar las acciones de Francia, incluyendo la instauración del imperio mexicano.

Las cosas, empero, no resultaron como lo esperaba el emperador de los franceses: para cuando la paz se restableció en Estados Unidos, en 1865 —cosa que, para colmo, ocurrió con la victoria del Norte— el imperio mexicano estaba lejos de haberse consolidado. Apenas se hubo recuperado medianamente, cosa que no tardó mucho en ocurrir, el gobierno estadounidense empezó a presionar a Francia para que retirase sus tropas de su “patio trasero”. Finalmente, el 12 de febrero de 1866, Seward le mandó un ultimátum a Napoleón por medio del embajador francés en Washington, el marqués de Montholon.²³² El secretario de estado se refería en él a las promesas hechas por su contraparte, el ministro francés de asuntos externos Drouyn de Lhuys, según las cuales la misión del ejército francés era únicamente hacer cumplir la voluntad legítima del pueblo mexicano. Para Mr. Seward, un campeón del Destino Manifiesto, resultaba claro que el imperio de Maximiliano no representaba, de ningún modo, dicha voluntad; tanto que necesitaba de un ejército extranjero para mantenerse en pie. Por ello le decía a Montholon, al concluir el comunicado:

²³¹ *EUA. Documentos... op. cit.* p. 482.

²³² *Loc. cit.*

Respecto al principal punto hacia el cual no ha dejado de concentrarse nuestra atención, a saber, el alivio de las dificultades mexicanas sin perturbar nuestras relaciones con Francia, quedaremos complacidos cuando el emperador nos dé, ya por vuestro estimable conducto, ya por cualquier otro, el aviso definitivo del momento en que se espera que terminen las operaciones militares francesas en México.²³³

Viniendo de quien venían, estas palabras eran una amenaza apenas velada. Napoleón no quería ni podía correr el riesgo de enfrentarse a un enemigo tan poderoso. Aún sin tener que combatir al ejército y a la armada estadounidense, la campaña de México estaba resultando demasiado larga y costosa para Francia: una guerra contra los Estados Unidos hubiera sido sencillamente impensable. Éste fue, indudablemente, uno de los factores que determinaron la evacuación de las tropas francesas y el fracaso del experimento monárquico en México. Para los Hanna, el mayor mérito del “triunfo americano sobre la monarquía”²³⁴ es de William Seward, quien “en ningún momento de su carrera demostró con mayor plenitud la calidad de su mente y de su genio, como al organizar las fuerzas que acarrearon en México el Waterloo americano de Napoleón III”²³⁵

Si bien puede ser que los Hanna exageren la participación de Estados Unidos en el desenlace del drama, ésta tampoco debe ser menospreciada. El fusilamiento de Maximiliano constituyó, en último término, la reivindicación de la Doctrina Monroe. Desde entonces, los europeos la identificaron como una pieza clave en la política exterior de Estados Unidos. En cuanto a los latinoamericanos, no tardarían en confirmar uno de sus peores temores: en adelante, no contarían con nadie que los ayudase a enfrentar las presiones del Coloso del Norte.²³⁶

²³³ Seward a Charles de Montholon, Washington, 12 de febrero de 1866, citado en *ibid.* p.509.

²³⁴ La frase es el subtítulo de su libro Napoleón III y México.

²³⁵ Hanna, *op. cit.* p.12.

²³⁶ EUA. Documentos... *op. cit.* p. 482.

EPÍLOGO Y CONCLUSIÓN

Años después de la caída del Segundo Imperio mexicano y de la del Segundo Imperio francés, el zar Alejandro II dijo al general Fleury:

Ustedes los franceses no entenderán nunca hasta qué punto esa locura mexicana influyó en los sucesos de 1870. Se lo puedo decir a ciencia cierta: sin el recuerdo reciente de Querétaro, Austria se habría movilizado. Francisco José quería tomar la revancha [contra Prusia], pero para eso debía poner su mano en la mano aún roja con la sangre de su hermano. Y eso no lo quiso.²³⁷

Yo no podría, como el zar, decir a ciencia cierta que el fusilamiento de Maximiliano fue lo que impidió que Austria apoyara militarmente a Francia en la guerra francoprusiana, ni que a ello se debiera la derrota y la caída de Napoleón III. Sin embargo, es indudable que la “locura mexicana” tuvo consecuencias, y consecuencias muy graves, para el régimen, cosa que los franceses sí entendieron. Los contemporáneos lo intuyeron y los historiadores lo confirmaron: la intervención en México fue una de las heridas de muerte del Segundo Imperio. Al referirse a ella, la mayoría de los cronistas del periodo la sitúan como el último acontecimiento de “los buenos años” o como el primero de “la decadencia”. El emperador de los franceses nunca pudo recuperar la legitimidad interna ni el prestigio internacional que perdió con el desastre de su Gran Designio.

Si el experimento monárquico en ultramar tuvo fuertes costos para el régimen, fueron mayores los que tuvieron que afrontar sus protagonistas y ejecutores. Quizá los que pagaron con la vida, como el emperador Maximiliano, fueron menos desafortunados que aquellos que sobrevivieron por años, locos de tristeza, como la emperatriz Carlota, o amargados

²³⁷ Francois Lolié, *La vie d'une impératrice*, París, S.A. 1918. pp.204 y 205 citado en Jean Meyer, *Yo, el francés. La intervención en primera persona*. México, Tusquets, 2000 p.405.

por el arrepentimiento o la culpa, como José Manuel Hidalgo quien, ya viejo, solo y siempre exiliado, escribió: “Fui engendrado y concebido en el dolor y mi alma vino enferma al mundo”.²³⁸ Eugenia de Montijo, que estaba convencida (sin razón, según los Hanna²³⁹) de haber sido ella quien persuadió a su esposo de intervenir en América, cargó por años con remordimientos. También vieja, también sola y también desterrada, explicó a su biógrafo Maurice Paléologue en 1904: “En el asunto de México, el emperador y yo resultaremos para siempre condenados porque todo aquello terminó en Querétaro”.²⁴⁰ También Jean-Baptiste Jecker, el banquero suizo responsable del asunto de los bonos, aunque no escribió nada, debió arrepentirse de su papel en el drama cuando se encontró frente al pelotón de fusilamiento, durante la Comuna de París.

A la luz de estos acontecimientos, el observador actual puede calificar a la intervención en México, como Alejandro II, de locura. Si se le juzga por sus resultados, la aventura mexicana fue, en el mejor de los casos, un grave error. Sin embargo, como intenté demostrar en esta tesis, no fue un error totalmente injustificado, producto de la mente ociosa de Napoleón ni del capricho de Eugenia, por el hecho de descender ésta de Moctezuma II. Por el contrario, si se le observa tomando en cuenta las circunstancias en que fue concebido y ejecutado, resulta claro que el Gran Designio era perfectamente coherente con los valores e ideales que fundamentaban el Segundo Imperio francés y que eran compartidos por una parte significativa de la población de Francia, de Europa y, si hemos de creer a Erika Pani, también de México.

²³⁸ Citado en Fuentes Mares, *op. cit.* p.31.

²³⁹ *Op. cit.* p.258.

²⁴⁰ Citado en *ibid.* p.232.

Si el proyecto fracasó fue porque se basó en una premisa errónea, en lo que Robert Jervis²⁴¹ llama una *misperception*, una falsa percepción. Napoleón III pensó —y con él casi toda la élite política— que los mexicanos reaccionarían del mismo modo en que los franceses lo hicieron en 1852, cuando manifestaron su aprobación a la coronación de un emperador; pensó que estarían dispuestos a ceder algunos derechos políticos a cambio de poner fin al desorden que agitaba al país; que amaban más la paz y la estabilidad que la libertad. Después de todo, así había ocurrido en su caso: la gran mayoría de los ciudadanos de Francia habían aceptado, con un plebiscito, el sacrificio de la república por el imperio. Por eso no le resultaron difíciles de creer a Napoleón las palabras de los exiliados mexicanos cuando aseguraban que la mayor parte de la población mexicana apoyaría al imperio y recibiría, agradecida, al ejército francés. Seguramente, ellos mismos lo pensaban, querían pensarlo así: desde su punto de vista, sería preferible para cualquier mexicano cuerdo una monarquía católica y criolla, protegida por el respaldo de Europa, que una república anticlerical, frágil y expuesta a la invasión de Estados Unidos. Era lógico.

Pero México no era Francia ni sus ciudadanos reaccionarían de la misma forma. Las tropas invasoras se encontraron con una resistencia por parte de la población infinitamente mayor a la esperada. Contra lo que Napoleón y Eugenia hubieran pensado, vencer a los republicanos iba a tomar demasiado tiempo; tanto, que los soldados de la Unión necesitaron menos para vencer a los Confederados y restablecer la paz en Estados Unidos; tanto, que antes de que terminara, la balanza de poder en Europa había dado un vuelco; tanto, que los ciudadanos franceses empezaron a inconformarse con una guerra demasiado lejana y demasiado larga, cuyos costos ellos estaban pagando. Si se hubiera consolidado el imperio

²⁴¹ Vid. R. Jervis, Perception and Misperception in International Politics, Princeton, Princeton University Press, 1976.

mexicano antes de que todo esto sucediera, si los liberales hubieran tenido menos apoyo popular, si hubieran podido ser derrotados antes, entonces el Gran Designio habría podido tener éxito y la historia del mundo sería diferente, posibilidad que en 1861 no parecía remota.

Esta lectura equivocada que el emperador, la emperatriz, los ministros y muchos súbditos franceses hicieron de México es comprensible dada la escasa información disponible sobre la verdadera circunstancia del país. Probablemente, los mismos Almonte, Gutiérrez Estrada e Hidalgo, quienes habían vivido la mayor parte de su vida adulta en Europa, ignoraban la situación real de su patria y tenían de ésta una concepción inexacta, por utilizar un eufemismo. Fue esta visión distorsionada, su visión a fin de cuentas, la que los exiliados mexicanos transmitieron a la corte imperial de Francia. Como lo escribiera, en 1870, doña Dolores Quezada, viuda de Almonte: “Todos, todos se engañaban y engañados engañaban a los demás.”²⁴²

En realidad, no es del todo exacto afirmar que en Francia se careciera del todo de información sobre la verdadera situación de México. Fueron muchos los que advirtieron al gobierno sobre los riesgos de la operación y la falta de apoyo que encontraría en la población mexicana. El conde de Lorencez, por ejemplo, le escribió al ministro de guerra, poco después del desastre de Puebla: “No tenemos partidarios aquí: el partido moderado no existe, el partido reaccionario, reducido a nada, es odioso. No he encontrado a un solo adepto a la monarquía.”²⁴³ No obstante, Napoleón prefirió considerar este y otros reportes pesimistas como exageraciones de Lorencez para justificar las derrotas sufridas que renunciar al esquema previamente concebido. No podía creer que los habitantes de un país sumido en el

²⁴² Carta a J. F. Ramírez, París, mayo de 1870, en *Correspondencia secreta... op. cit* p.273

²⁴³ Citado en Hanna, *op. cit.* p.67 y en R. L. Williams, *The World of Napoleón III*, Nueva York, Collier, 1962. p. 62.

caos y la anarquía, como lo era México, no quisieran aceptar la ayuda que él generosamente les ofrecía para construir un estado sólido y estable, único medio de salvación de la raza latina y de la fe católica. Una vez formada esta imagen mental, de nada servirían las noticias que no encajaran en ella: se las haría encajar a la fuerza, de una u otra manera. Después de todo, como lo dice Jervis,

ignorar información discrepante o asimilarla a las creencias preexistentes perpetúa imágenes inexactas y mantiene políticas no satisfactorias, pero estos procesos son necesarios si los tomadores de decisiones han de actuar en absoluto. Así, los actores que se rehúsan a alterar sus imágenes cuando alguna evidencia no encaja no pueden ser acusados automáticamente de distorsión cognitiva o de ceguera auto-destructiva.²⁴⁴

Así pues, de acuerdo con este autor, una decisión como la de Napoleón III de no retirar las tropas de México hasta no haber consolidado ahí un imperio fue errónea —pues partía de una percepción falsa de la realidad— pero no fue irracional, ni siquiera después de haber recibido información discrepante con la idea que tenía formada de México. No pretendo, en modo alguno, justificar la intervención francesa en México. Se trató, sin duda, de una equivocación imperdonable. Y equivocarse es particularmente peligroso cuando están en juego las vidas y la libertad de millones de personas, tal fue el costo de la empresa. Sin embargo, no fue una locura.

La sociedad francesa de mediados del siglo XIX no era un ente homogéneo y no reaccionó de manera homogénea a la expedición a México: hubo quien, como Lamartine, la consideró “un pensamiento grandioso” y quien, como Victor Hugo, la vio como una “usurpación”, como “la continuación del atentado contra la república francesa”. Sin embargo, como en todo régimen autoritario, existía en el Segundo Imperio una mentalidad, compuesta por elementos de varios sistemas de pensamiento, vaga, heterogénea y contradictoria,

²⁴⁴ R. Jervis, *op. cit.* p.172.

alimentada por el gobierno, pero compartida por amplios sectores sociales y que, como dice Linz, provea “maneras no codificadas de reaccionar ante situaciones diferentes”.

Tradicionalmente, la política exterior se considera el área del quehacer público menos sujeta a la influencia del pueblo, un “deporte de príncipes”, por lo que cabe cuestionar la importancia del imaginario político de una comunidad para la formulación de la política exterior de un Estado, especialmente tratándose de un Estado autoritario. Sin embargo, es precisamente el carácter autoritario de un régimen lo que obliga a los gobernantes a usar como referente simbólico, a falta de una ideología articulada o de un consenso democrático, el mínimo denominador común de la coalición, es decir, la mentalidad.

El *affaire* mexicano ejemplifica claramente como el régimen utiliza los elementos del imaginario político para justificar —aún para instrumentar— el manejo de sus asuntos externos ante los ciudadanos. El proyecto de la intervención apelaba tanto a los sentimientos románticos como a los liberales, tanto a los positivistas como a los católicos, que se mezclaban para conformar esta mentalidad. De ahí que la empresa fuese aceptada, en principio, por buena parte de la opinión pública francesa. Ello es muy relevante, dada la importancia central que tenía el pueblo (al menos como categoría abstracta) en el Segundo Imperio.

Los miembros del cuerpo legislativo, que representaban —hasta cierto punto— la opinión de los ciudadanos, también sancionaron, con excepciones, el proyecto. No fue sino hasta años después de su puesta en marcha, cuando los costos de la guerra empezaron a volverse demasiado onerosos para la población francesa, cuando los discursos de los diputados que se oponían a la intervención empezaron a tener más y más eco, sin dejar nunca de ser minoritarios, en la asamblea.

El modelo desarrollado por Kenneth Waltz determinó el orden de los capítulos de este trabajo: de las decisiones individuales a la política internacional, de lo particular a lo gene-

ral. Dicha estructura, con todas sus limitaciones, resultó útil para sostener la hipótesis que ya enuncié: la idea de la expedición a México no fue una locura. O, si lo fue, no fue exclusiva de Napoleón III. Fueron presa de ella amplios sectores de la sociedad francesa, los legisladores que los representaban y los funcionarios que los gobernaban. Fue este consenso —no universal, pero sí dominante— lo que permitió que esta “locura” fuera llevada a la práctica. Según el diccionario de la Real Academia Española, el término sinrazón se define como “acción hecha contra justicia y fuera de lo razonable o debido”.²⁴⁵ En este sentido, y si se le juzga a la luz de sus consecuencias, la intervención francesa en México bien puede considerarse una sinrazón. Y, sin embargo, no careció de razones.

²⁴⁵ Real Academia Española, Diccionario de la Lengua Española, Madrid, Espasa-Calpe, 2001, s. v. SINRAZÓN.

FUENTES

Fuentes de primera mano (publicadas)

Flores Salinas, Berta, Cartas desde México. Dos fuentes militares para el estudio de la Intervención francesa. 1862-1867. México, Miguel Ángel Porrúa, 2001.

Fuente, Juan Ramón de la, Notas de don Juan Ramón de la Fuente, ministro de México cerca de Napoleón III, Archivo HDM, núm. 10, México, publicaciones de la SRE, 1924.

García, Genaro, Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos, Biblioteca Porrúa (51) México, Porrúa, 1972.

-- -- La intervención francesa en México según el archivo del Mariscal Bazaine, Biblioteca Porrúa (54) México, Porrúa, 1973.

Homenaje a Victor Hugo en el sesquicentenario de su nacimiento, Oficina del historiador de la ciudad de La Habana, 1952.

Iglesias, José María, Las Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México, Introducción de Martín Quirarte, "Sepan cuántos..." (47) México, Porrúa, 1966.

Moyano P., Angela y Jesús Velasco M., EUA Documentos de su historia política, Instituto Mora, México, 1998.

Ollivier, Marie-Therese, J'ai vécu l'agonie du Second Empire, París, Fayard, 1970.

Ollivier, Emille, Journal, París, Julliard, 1961.

Tello, Manuel (ed.), Voces Favorables a México en el Cuerpo Legislativo de Francia (1862-1867), México, Senado de la República, 1967.

Versión francesa de México. Informes diplomáticos. Traducción y prólogo de Lilia Díaz, México, El Colegio de México, 1967.

Fuentes secundarias

Bellesort, André, La société française sous Napoleon III, París, Librairie Academique Perrin, 1960.

Berlin, Isaiah, Las raíces del romanticismo, edición de Henry Ardí, traducción de Silvina Marí, Madrid, Taurus, 2000.

Bobbio, Norberto, I. Matelucci y G. Pasquino, Diccionario de Política trad. J. Aricó, M. Soler y J. Tula, 6a ed. México, Siglo XXI, 1999.

Bock, Carl H., Prelude to Tragedy. The Negotiation and Breakdown of the Tripartite Convention of London, October 31, 1861, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1966.

Black, Shirley J., Napoleon III and Mexican Silver, Silverton, Ferrell Publications, 2000.

Conte Corti, Egon Caesar, Maximiliano y Carlota (Tragedia Romántica), Trad. Jaime Bonfil y Ferro, México, Ed. Latinoamericana, 1957.

Corley, T. A. B., Democratic Despot. A life of Napoleon III, Londres, Barrie & Rockliff, 1961.

Cosío Villegas, Daniel, "El tramo moderno" en Historia Mínima de México, México, El Colegio de México, 1973.

Díaz, Lilia, "El liberalismo militante" en Historia General de México México, El Colegio de México, 1976.

Dommanget, Maurice, Blanqui et l'opposition revolutionnaire à la fin du Second Empire, París, Armand Collin.

Falcón, Romana, Las rasgaduras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX, México, El Colegio de México, 1996.

Ferguson, Niall, "Historia Virtual: hacia una historia caótica del pasado" en Niall Ferguson (comp.) Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...? Madrid, Taurus, 1998.

Fuentes Mares, José, La Emperatriz Eugenia y su aventura mexicana, México, El Colegio de México, 1976.

Galeana, Patricia, "La disputa por la soberanía (1848-1876)" en Blanca Torres (ed.), México y el Mundo. Historia de sus relaciones exteriores, México, Senado de la República, 1990.

García Cantú, Gastón, La intervención francesa en México, México, Editorial Clío, 1998

Gellner, Ernest y Ghita Ionescu, Populismo. Su significado y características nacionales. Buenos Aires, Amorrortu (Biblioteca de Sociología), 1969.

González, Luis, "El periodo formativo" en Daniel Cosío Villegas *et al*, Historia Mínima de México, México, El Colegio de México, 1973.

Guérard, Albert, Napoleon III, Cambridge, Harvard University Press, 1943.

Hanna, Alfred Jackson y Kathryn Abbey, Napoleón III y México, Trad. Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

Jervis, Robert, Perception and Misperception in International Politics, Princeton, Princeton University Press, 1976.

Kurtz, Harold, The Empress Eugénie 1826-1920. Londres, Hamish Hamilton, 1964.

Lecaillon, Jean-Francois, Napoleón III et le Mexique: Les illusions d'un grand dessein, París, Éditions L'Harmattan, 1994.

Linz, Juan J., Totalitarian and Authoritarian Regimes, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers, 2000.

-- -- "An authoritarian regime: the case of Spain" en Erick Allard y Yrjo Littunen (eds.) Cleavages, Ideologies and Party Systems. Helsinki, Westermack Society, 1964.

Loaeza, Soledad, "La presencia populista en México" en Guy Hermet, Soledad Loaeza y Jean-François Prud'homme (compiladores), Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos, México, El Colegio de México, 2001.

Meyer, Jean, Yo, el francés. La intervención en primera persona, México, Tusquets, 2002.

Pani, Erika, Para nacionalizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas. México, El Colegio de México, 2000.

Paso, Fernando del, Noticias del Imperio, México, Diana, 1987.

Plessis, Alain, De la fête imperiale au mur des federes, Nouvelle Histoire de la France Contemporaine (9) París, Editions du Seuil, 1979.

-- -- The Rise and Fall of the Second Empire, The Cambridge History of Modern France, Cambridge University Press, 1985.

Quirarte, Martín, Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1970.

Real Academia Española, Diccionario de la Lengua Española, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

Rivera Cambas, Manuel, Historia de la intervención y el imperio de Maximiliano, México, Academia Literaria, 1961.

Usigli, Rodolfo, Corona de Sombra, México, Cuadernos Americanos, 1947.

Vázquez, Josefina Zoraida, "Los primeros tropiezos" en Historia General de México, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000.

Waltz, Kenneth N. Man, the State and War. A Theoretical Analysis, Nueva York, Columbia University Press, 1954.

Williams, R. L., The World of Napoleon III, Nueva York, Collier, 1962.

Zea, Leopoldo, El positivismo y la circunstancia mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Zeldin, Theodore, The Political System of Napoleon III, Londres, Macmillan, 1958.